

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

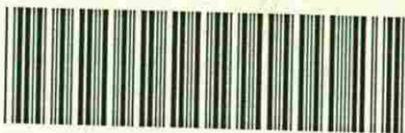
ARNOLD

LA CRITICA

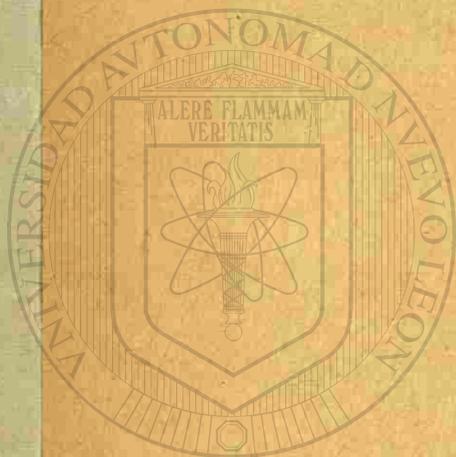
PR4022

C78

R. C.



1020028655

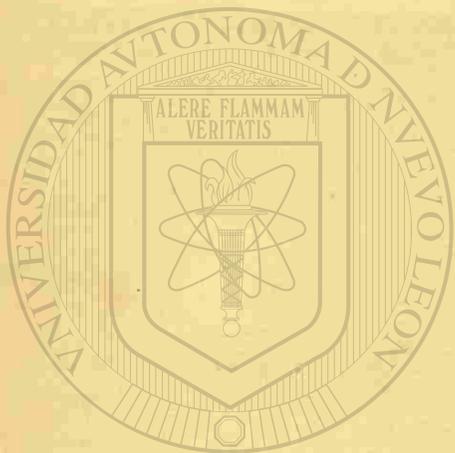


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CRÍTICA EN LA ACTUALIDAD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Escrita por BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELLAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MENÉNDEZ Y PELAYO, PARDO BAZAN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PI Y MARGALL, THEBUSSEM y VALERA. La parte extranjera estará redactada por BOURGET, CANTU, COPPÉE, CHERBULIEZ, DAUBET, DOSTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHELIEU, TOLSTOY, TURGUENIEF y ZOLA.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, 17 pesetas; un año, 30 pesetas.— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, 40 francos, enviando el importe a esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir de los meses de Enero y Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene los siguientes

ARTÍCULOS

Sopas de ajo (cuento), por el Doctor Thebussem.—El collar de perlas (cuadro árabe), por Manuel del Palacio.—Virtudes premiadas (novela), por J. Octavio Picoín.—El poder de la ilusión (poema), por Ramón de Campoamor.—El mechón blanco (cuento), por Emilia Pardo Bazán.—Tisis poética (leyenda), por José Zorrilla.—Chucho (agua-fuerte), por A. Palacio Valdés.—La risa del payaso (cuento), por Emilio Ferrari.—El novenario de ánimas (cuento), por Narciso Oller.—Placidez (cuento), por Eugenio Sellés.—La condesa de Palezuela (cuento), por Antonio de Valbuena.

Contiene más de 200 grabados, y es el libro más bonito é interesante que ha visto la luz en España.

Precio: tres pesetas.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

LA CRÍTICA

EN LA ACTUALIDAD

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR

MATEO ARNOLD



FONDO
RICARDO COVARRUBIA

86328

AL DE BIBLIOTECAS

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cta. Sto. Domingo, 16,
Tel. 260

28306

810

A.

PR4023

C38



Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AGUSTÍN AVRIAL, Impresor.—S. Bernardo, 92.
Teléfono núm. 3.074.

LA CRÍTICA EN LA ACTUALIDAD

En algunas observaciones que hice al traducir á Homero me aventuré á exponer una afirmación, á la que se han hecho muchas objeciones: una aseveración acerca de la crítica y su importancia en los actuales días. Decía: «el mayor empeño en la literatura de Francia y Alemania, como en la de Europa inteligente en general, ha sido desde hace muchos años el tratar de hacer crítica; en todas las ramas del saber, teología, filosofía, historia, arte y ciencia, se pretende ver el objeto como en si es.»

Añadía: «que por obra de ciertas causas, lo último que en la literatura inglesa puede hallarse es precisamente lo que Europa anhela ahora más: la crítica; y que por eso se debilitó su preponderancia y valer. Más de un impugnador declaró que la importancia que yo asignaba á la crítica era excesiva, y sostuvo la inherente superioridad en el ingenio humano del poder creador sobre su facultad crítica. Y el otro día, inducido por un excelente estudio sobre Wordsworth escrito por Mr. Shairp (1) al volver de nuevo

(1) No puedo menos de pensar que la práctica común en Inglaterra en el último siglo, y todavía seguida en Francia, de insertar un estudio de este género—hecho por un crítico competente—como introducción á las obras de un autor eminente, podría renovarse entre nosotros con provecho. A mi parecer, el estudio de Mr. Shairp sería de gran utilidad puesto al frente de todas las subsiguientes ediciones de Wordsworth; está escrito desde el punto de vista de un admirador y discípulo, lo cual es justo; pero el discípulo

á su biografía, encontré en las palabras de este grande hombre, á quien yo, como cualquiera otro, debo escuchar siempre con el más profundo respeto, un aserto que había pasado por alto sobre el ejercicio de la crítica, que parece justificar todo el monosprecio que de ella se haga. Wordsworth dice en una de sus cartas:

«Los que escriben en estas publicaciones (las Revistas), al dedicarse con afán á su mezquina tarea, no es de suponer que estén en un estado de ánimo muy favorable para que les conmuevan las refinadas influencias de una cosa tan pura como la verdadera poesía.»

Y un fiel *reporter* de su conversación cita un juicio más acabado al mismo efecto.

debe ser al mismo tiempo un crítico, un literato, como lo es en este caso, y no ser, como sucede con demasiada frecuencia, algún pariente ó amigo sin otras condiciones ó aptitudes para desempeñar esta tarea que su afecto por el autor.

«Wordsworth tiene en muy poco la facultad crítica, la pone muy por debajo de la inventiva; y hoy mismo decía, que si la cantidad de tiempo gastado en escribir críticas de las obras de otros, se invirtiera en la composición original de cualquier género que fuese, sería mejor empleado; haría que el hombre hallase más pronto su nivel y sería mucho menos perjudicial. Una crítica falsa ó maliciosa puede hacer mucho daño en el entendimiento de las gentes, mientras que una invención absurda, sea en prosa ó en verso, es enteramente inofensiva.»

Demasiado esperar es de la flaca naturaleza humana, pretender que un hombre capaz de producir algún efecto en un ramo de la literatura, se condene á la impotencia y oscuridad en otro por el mayor bien de la sociedad.

Estó es aún menos de esperar en los hombres inclinados á la composición de la crítica falseada ó maliciosa de

que habla Wordsworth. Aunque cada uno convenga en que sería preferible que nunca se hubiese escrito, y como proposición general también todos vendrían voluntariamente en que la facultad crítica es inferior á la creadora. Pero ¿es cierto eso de que la crítica es por sí misma una ocupación venenosa é injuriosa? ¿Es cierto que el tiempo empleado en escribir críticas de las obras de otros, sería de mayor utilidad dedicándolo á la composición original de cualquier género? ¿Es verdad que Johnson hubiera hecho mejor en seguir produciendo más *Irenes* en vez de escribir sus *Vidas de los poetas*; y aún más, es indudable que el mismo Wordsworth se empleó mejor en componer sus Sonetos eclesiásticos, que al hacer su celebrado Prefacio, tan lleno de crítica de las obras de otros? Wordsworth fué un gran crítico, y es de sentir sinceramente que no nos haya dejado más crítica; Goethe fué uno de

los críticos más eminentes, y podemos felicitarnos francamente de que dejase tanta. Sin pasar el tiempo meditando en la exageración que el juicio de Wordsworth á las claras contiene, ni tratar de investigar las causas—fáciles de descubrir, según creo—que le han inducido á hacerlo, puede el crítico aprovechar la ocasión propicia para ensayar su criterio, preguntándose qué servicio verdadero puede hacer en su entendimiento y gusto, así como en el de los demás, el ejercicio de la crítica en algún momento dado.

La facultad crítica es inferior á la creadora. Es verdad; pero al convenir en esto, hay que tener en cuenta una ó dos cosas. Es innegable que el ejercicio de un poder productor, de una ingénita actividad creadora, es la sublime función del hombre, y prueba serlo que encuentra en ese don su verdadera felicidad. Pero también es innegable que los hombres pueden te-

ner la impresión de ejercer esta privilegiada actividad de otros modos que produciendo grandes obras de literatura ó arte; si así no fuese, todos, excepto unos pocos, quedarían excluidos de la felicidad verdadera. Pueden ejercerla en la beneficencia, en la enseñanza y lo mismo en la crítica. Esta es una de las cosas con que hay que contar. La otra es, que el ejercicio del poder creador en la producción de grandes obras de literatura ó arte, por alto vuelo que se le dé, no es posible en todas las épocas y bajo todas las circunstancias; y por lo tanto, el intentararlo puede ser trabajo gastado en vano, que sería más fecundo aplicándolo á prepararlo y hacerlo posible. Esta facultad trabaja con elementos, con materiales; pero ¿y si no tiene dispuestos para su uso estos materiales ó elementos? En ese caso debe, con seguridad, esperar hasta tenerlos. Ahora bien; en la literatura—me li-

mitaré á ella, pues de ella se trata— los elementos con que el cerebro trabaja, son las ideas, las más corrientes en el día sobre cuanto á eso atañe. Sea como fuere, podemos dar por cierto que ninguna manifestación de esa facultad, trabajando sin ellas, puede ser importante ni fértil en las letras modernas. Al decir las más corrientes, no es sólo las de fácil acceso; el ingenio creador no se manifiesta principalmente en el hallazgo de ideas nuevas, eso es más bien cuenta del filósofo. Su gran trabajo es de síntesis y exposición, no de análisis y reflexión; su don consiste en ser felizmente inspirado por cierto orden de ideas, dentro de cierta atmósfera intelectual, coordinándolas con perfección, presentándolas en combinaciones del mejor efecto y atractivo, y en una palabra, convirtiéndolas en hermosas obras. Pero necesita el medio ambiente y encontrarse en ese orden de ideas para

trabajar con libertad; y no es muy fácil tenerlas á la mano. Por esto son tan raras en la literatura las épocas creadoras; por esto en las producciones de muchos hombre de verdadero ingenio hay tanto que no satisface; porque para la creación de una obra maestra es preciso que concurren dos poderes: el del hombre y el del momento; y no basta sólo el del hombre. Para ser bien ejercitada esa facultad, tiene determinados elementos, y éstos no están en su dominio.

Pero tampoco son patrimonio de la facultad crítica, como dije en las palabras ya citadas: «en todas las ramas del saber, teología, filosofía, historia, arte y ciencia, su tarea estriba en examinar el objeto como es en realidad.» De esta suerte contribuye, al menos, á formar una situación intelectual, de la que el poder creador puede utilizarse ventajosamente; tiende á establecer un orden de ideas, que si no

del todo verdaderas, sonlo, sin embargo, en comparación de las que desecha, y hace que prevalezcan las mejores. Estas invaden ahora la sociedad, el influjo de la verdad arde en los espíritus, y hay vida y progreso por todas partes. De este movimiento y progreso brotan en la literatura las épocas creadoras.

O por no extendernos tanto, y dejar estas consideraciones de la marcha general del genio y de la sociedad— que se prestan á llegar á ser demasiado abstractas é impalpables — todos pueden comprender que un poeta, por ejemplo, debe conocer la vida y el mundo antes de tratar de ellos en la poesía; y la vida y el mundo siendo en estos tiempos cosas muy complejas, para que valga mucho la creación de un poeta moderno, habrá de atesorar gran esfuerzo de observación; de otro modo, será en comparación estéril, mezquina y de corta vida. Por esta razón

la poesía de Byron ha sido de poca duración y de tanta la de Goethe; Byron y Goethe tenían admirable potencia productiva, pero la de Goethe, nutrida por maravillosa observación, le suministraba los verdaderos materiales, y la de Byron carecía de ellos; Goethe conocía el mundo y la vida, temas necesarios para el poeta, mucho más á fondo y con más perspicacia que Byron. Los comprendía y discernía como son en realidad.

Se me ha ocurrido hace tiempo que la explosión de actividad creadora en nuestra literatura durante el primer cuarto de este siglo, ha sido algo prematura; y que por esta causa sus producciones, á despecho de las vehementes esperanzas que las acompañaban y aún acompañan, están sentenciadas en su mayor parte á no gozar de más larga vida que las producciones de épocas más remotas y menos liberales. Y esta falta de madurez dimana de adelantar-

se á trabajar sin tener los principios suficientes, sin materiales á propósito. Hablando claro, la poesía inglesa del primer cuarto de este siglo, con gran caudal de energía é impulsión creadora, carecía de la suficiente erudición y observación. Esto hace á Byron tan vacío en sus temas, á Shelley tan incoherente, y aun Wordsworth, profundo como es, carece, sin embargo, de perfección y variedad. Wordsworth tiene en poco los libros y se mofa de Goethe. Yo admiro á Wordsworth tal como es; tanto, que no puedo desearlo diferente, y sin duda un hombre así en vano se lo imaginaria uno diferente aunque *pudiese* serlo. Pero de seguro lo único que le faltó para ser un poeta más sublime de lo que es—para que su talento fuese más grandioso, y su influencia de más extensa aplicación—ha sido que hubiera leído más libros, entre ellos, sin duda, los de ese Goethe de quien se burlaba sin leerle.

Pero hablar de libros y de lectura puede con facilidad producir aquí una equivocación. No fueron en verdad libros y lectura lo que faltó á nuestra poesía en esta época; Shelley leyó con profusión, y Coleridge leyó infinito. Píndaro y Sófocles—según todos decimos con tanta ligereza, y á veces con tan poco discernimiento de la verdadera importancia de las palabras—no tuvieron muchos libros. Shakespeare no fué un lector asiduo. Es cierto; pero en la Grecia de Píndaro y Sófocles, en la Inglaterra de Shakespeare, el poeta vivía en una corriente de ideas que alimentaba y elevaba á su más alto grado la facultad creadora. La sociedad, en su mayor parte, estaba impregnada de un espíritu independiente, inteligente y activo. Y este estado de cosas es la verdadera base para el ejercicio de esa facultad, que en ella encuentra sus principios y materiales dispuestos para la obra; todos los libros y estu-

dio del mundo tan sólo valen cuando á esto se unen. Aun cuando en la actualidad esto no existe, los libros y el estudio pueden hacer á un hombre apto para formarse en su imaginación la apariencia de ello, una especie de mundo de erudición é inteligencia en el que pueda vivir y trabajar. De ningún modo equivale para el artista á la actividad y fusión del pensamiento nacional en las épocas de Sófoeles ó de Shakespeare; pero además de que puede ser un medio de preparación para otros semejantes, hace que se forme, ó tiene gran parte en formarla, una atmósfera vivificante y protectora que es de gran precio. En Alemania, la ciencia en varios ramos y el esfuerzo de observación ampliamente combinados, formaron á Goethe ese medio ambiente. No había actividad ardorosa en los espíritus como en la Atenas de Pericles ó en la Inglaterra de Isabel. De ahí vino la debilidad del poeta. Pero había una

suerte de equivalencia en la perfecta cultura y libertad de pensamiento de una gran masa de alemanes. Esa fué su fuerza. En la Inglaterra del principio de esta centuria no hubo ardor nacional en los espíritus como en el tiempo de Isabel, ni tampoco la cultura y fuerza científica y observadora de Alemania. Por esta razón, á la creación de la poesía le faltó, para un buen éxito en el más elevado sentido, materiales y base, y el mundo le negó necesariamente la perfecta interpretación.

A primera vista, parece extraño que del inmenso movimiento de la Revolución francesa y sus consecuencias, no haya surgido una colección de obras de genio semejante á la que salió á luz en el movimiento del productivo tiempo de Grecia, ó en el del Renacimiento, con su enérgico episodio de la Reforma. Pero la verdad es que la agitación francesa tomó un carácter que la dis-

tinguió esencialmente de estos movimientos. Fueron éstos, en lo principal, desinteresados movimientos intelectuales, en los que la mente humana remontando el vuelo de su actividad se satisfacía á sí misma. La Revolución francesa tomó un carácter político y positivo. El que progresó en Francia bajo el antiguo *régimen*, desde 1700 á 1789, fué más parecido al del Renacimiento que el de la Revolución; la Francia de Voltaire y de Rousseau influyó con mayor dominio en el espíritu de Europa que la Francia de la Revolución. Goethe ha reprochado á esta expresivamente el «haber hecho retroceder la pacífica cultura». Además de eso, ésta es la verdadera clave en cuanto á nuestro Byron, y aun á Wordsworth, que tuvieron su origen en un fuerte sacudimiento de exaltación apasionada, y no en uno importante del entendimiento. No obstante, la Revolución francesa, ese objeto de un amor

tan ciego y de tan ciego odio, halló su fuerza motriz en la inteligencia de los hombres y no en su sentido práctico; esto es lo que la distingue de la revolución inglesa del tiempo de Carlos I. Esto es lo que le da un carácter más intelectual, más vigoroso y más extenso que nuestra Revolución, aunque de menos éxito positivo; porque apela á una serie de ideas universales, incontestables, eternas. 1789, pregunto, ¿es razonable? y 1642, pregunto, ¿es legal? ó cuando fué más allá, ¿está en acuerdo con la conciencia? Esta es la forma inglesa, amoldada á su patrón: ser tratada con el mayor miramiento; y dentro de su condición el éxito ha sido prodigioso. Pero lo que es ley en un lugar no lo es en otro; y lo que aquí impera hoy ni aún aquí imperará mañana; y en cuanto á la conciencia, lo que ata la de un hombre no sujeta la de otro. La vieja que lanzó su taburete á la cabeza del sacerdote revestido de

sobrepelliz en la iglesia de San Gil de Edimburgo, obedeció á un impulso al que muchos millones de seres permanecerían extraños. Pero las reglas de la razón son absolutas, inmutables, de validez universal; *contar por diez es el modo más fácil de contar*, esa es una afirmación con la que cualquiera queda convencido, desde aquí á los antípodas; así al menos lo diría yo si no viviésemos en un país en que no es imposible leer una mañana en el *Times* una carta declarando que la acuñación de moneda decimal es un absurdo. Que toda una nación haya sido penetrada de entusiasmo por la pura razón, y de ardiente celo por hacer triunfar sus prescripciones, es caso muy notable, cuando consideramos cuán poco entendimiento, ó cosa que lo valga, entra en los motivos que, en lo general, impelen á grandes masas de hombres. A despecho de la extravagante dirección dada á ese entusiasmo, á pesar de los

crímenes y locuras á que se entregó, de la fuerza de las ideas sinceras y generales que tomó por bandera la Revolución francesa, y de la pasión que inspiró por ellas á una multitud, se deriva un dominio sin igual que todavía subsiste; es—y probablemente será por largo tiempo—el acontecimiento más formidable y de mayor resonancia en la historia. Y como ninguna pasión sincera por las ideas, aunque llegue á malograrse en cualquier respecto, se desperdicia del todo, ni es estéril por completo para el bien, Francia ha logrado de ella un fruto, el fruto natural y legítimo, aunque no precisamente el magnífico que esperaba; es el país de Europa en que el pueblo es más activo.

Pero la manía de dar una inmediata aplicación política y práctica á todas estas lindas ideas de la razón ha sido fatal. En este punto un inglés está en su elemento; sobre este tema todos po-

demos continuar hablando horas y horas. Y todo lo que acostumbramos á decir tiene sin duda gran parte de verdad. Las ideas por sí mismas nunca son valuadas en demasia interiormente, ni se puede dejar de vivir con ellas; pero transportarlas de repente al terreno de la política y de la práctica, poniendo todo á su orden en violenta revolución, eso es harina de otro costal. Una cosa es el mundo de las ideas y otra el en que vivimos. Los franceses quieren con frecuencia suprimir el uno, y los ingleses el otro; pero no se ha de suprimir ninguno de los dos. Un miembro del Parlamento me decía el otro día: «Que una cosa sea anómala, considero que no es una objeción para hacerla.» Me figuro que no tenía razón; siendo una anomalía, *es* una objeción absoluta en la esfera de las ideas, y no tiene dificultad en el terreno de la práctica, bajo tales ó cuales circunstancias y en un momento dado. Joubert lo ha dicho

perfectamente: «La fuerza y el derecho son los que todo lo gobiernan en este mundo; la fuerza mientras se apresta el derecho.» *La fuerza mientras se apresta el derecho*, y mientras el derecho no está dispuesto, la fuerza, ó sea el orden de cosas existente, está justificada, es la gobernadora legítima. Pero el derecho es una entidad moral que implica examen interior, libre asenso de la voluntad; no estamos dispuestos para el derecho—el *derecho*, en cuanto á nosotros incumbe, *no está dispuesto*—hasta que hayamos alcanzado esta facultad de examinarlo y resolverlo. La manera en que por nosotros cambie y se transforme la fuerza, el orden de cosas actual, y llegue á mandar el derecho, depende del modo que lo miremos y resolvamos cuando nos toque la vez. Por esta razón, el que otro pueblo enamorado de su novísimo discernimiento del derecho tienda á imponérselo como juicio nuestro, y

con violencia quiera sustituirlo á nuestra fuerza, es un acto de tiranía, y hay que resistirse. Es hacer caso omiso de la mejor parte de nuestra máxima, *la fuerza hasta que el derecho esté pronto*. Este fué el gran error de la Revolución francesa, y su movimiento de ideas, al dejar la esfera intelectual lanzándose con furioso arrebató al terreno de la política, corrió, en verdad, una carrera prodigiosa y memorables; pero no produjo un fruto intelectual semejante al del Renacimiento, y creó en su oposición lo que podemos llamar una *época de concentración*. Inglaterra era la principal fuerza de esa época, y su poderosa voz fué la de Burke. Está de moda el calificar los escritos de Burke sobre la Revolución francesa como anticuados y desprestigiados por los sucesos; como invectivas del fanatismo y preocupaciones, elocuentes pero sin filosofía. No negaré que los empañó á veces la violencia y la pasión del momento,

y que el alcance de vista de Burke era limitado en algunas direcciones, y, por tanto, su observación defectuosa. Pero en conjunto, y para los que corrijan lo necesario, lo que distingue estos escritos es la profunda verdad, indudable, fecunda y filosófica. Contienen la verdadera filosofía de una época de concentración, disipa la cargazón que suele engendrar en su atmósfera, y hace su resistencia racional, en vez de mecánica.

Pero Burke es tan eminente, porque casi solo en Inglaterra lleva la opinión á sostener la política, y la satura de reflexiones. Hizo la casualidad que sus ideas hayan estado al servicio de esa época en vez de una de expansión, y lo que le caracteriza es haber vivido con las ideas, teniendo en su interior tal marejada, que pudo flotar con ellas á pesar de la época y la política conservadora. No le injuria que el doctor Price y los liberales estuviesen enco-

rizados contra él, ni le daña que Jorge III y los tories quedasen encantados. Su grandeza estriba en que ha vivido en un mundo en el que ni el liberalismo ni el torismo inglés tienen idoneidad para entrar—el mundo de las ideas, no el de los reclamos y rutinas de partido.—Muy lejos de ser verdad lo de que entregó al partido cuanto había pretendido para el linaje humano, al fin y remate de su violenta lucha con la Revolución francesa, después de todas las andanadas contra sus pérfidas, falaces y extravagantes pretensiones, en la convicción sincera de su malignidad, terminó un memorandum sobre los mejores medios de combatirla—las *Reflexiones sobre los asuntos franceses*, Diciembre, 1791—(de las últimas páginas que escribió), con estas notables palabras:

«A mi juicio, el mal está presentado tal cual es. Espero que el remedio esté donde la autoridad; el juicio y la sufi-

ciencia se unan á las buenas intenciones más de lo que en mí pueden unirse. Creo haber concluido con esto para siempre. En los dos últimos años me ha dado muchos momentos de ansiedad. *Si ha de haber un cambio radical en los destinos humanos, el juicio de los hombres habrá de estar preparado; las opiniones é impresiones del vulgo lo retardará; cada temor y esperanza lo adelantarán, y entonces los que persistan en oponerse á esta poderosa corriente, se resistirán, no á los designios de los hombres, sino más bien á los decretos de la providencia. No serán resueltos y constantes, sino perversos y obstinados.*

Este retorno de Burke sobre sí mismo siempre me ha parecido una de las cosas más excelentes de la literatura inglesa ó de cualquiera otra. Eso es lo que yo llamo vivir por las ideas: cuando un lado de la cuestión ha tenido por largo tiempo vuestro más firme apoyo, y le habéis consagrado todos vuestros

sentimientos, y no oís á vuestro alrededor más que un sólo lenguaje, que en vuestro partido resuena como máquina de vapor sin poder imaginar otro, ser todavía capaz de pensar, de ser, si puede decirse así, arrastrado irresistiblemente por la corriente del pensamiento al lado opuesto de la cuestión, y como la burra de Baiaam, no poder decir sino *lo que el Señor os ha dictado*, no conozco nada más sorprendente y menos propio de un inglés. Pues el inglés en general es como mi amigo el miembro del Parlamento, y cree á pies juntillas, que porque una cosa es una anomalía no hay absoluta objeción á hacerla; es como el lord Auckland del tiempo de Burke, que en un memorandum sobre la Revolución francesa habla de «ciertos malvados que, tomando el nombre de filósofos, se han juzgado capaces de establecer un nuevo sistema en la sociedad». El inglés ha sido llamado animal político, y da tanto valor

á lo que es político y práctico que las ideas con facilidad llegan á ser á sus ojos objetos de aversión, y los pensadores «malvados», porque ideas y pensadores se atrevieron á mezclarse en la política y en la práctica. Todo esto sería muy bueno si la aversión y menosprecio se limitasen á las ideas transportadas fuera de su elemento interponiéndose oficiosamente á la práctica, pero se extiende á las ideas como tales y á toda la vida de la inteligencia; la práctica lo es todo, y el ejercicio independiente del entendimiento no es nada. La noción de que este ejercicio sobre todas las materias es en sí mismo un placer, un objeto de anhelo, un proveedor esencial de elementos sin los cuales el vigor de una nación, aunque tenga compensaciones de cualquier género que sean, se debilita á la larga y muere de inanición, con dificultad entra en el magín de un inglés. Es de observar que la palabra *curiosidad*,

usada en otros idiomas en buen sentido, para significar una cualidad noble y refinada de la naturaleza del hombre, precisamente esta afición desinteresada á ejercer la libertad de pensamiento sobre todas las materias por puro gusto, es de observar, repito, que esta palabra no tiene en nuestro idioma un sentido por el estilo, sino más bien uno malo y de injuria. Es así que la crítica, la verdadera crítica, es en su esencia el ejercicio de esta misma cualidad. Obedece al impulsivo instinto de tratar de conocer lo mejor que se ha discurrido y sabido en el mundo sin consideraciones á la política, á la práctica, ni á otra cosa por el estilo, y apreciar el conocimiento y saber según la altura de superioridad sin la intrusión de ningún género de miramientos. Esto es una aptitud para la cual hay, según creo, poca simpatía original en la positiva naturaleza inglesa, y por eso se ha sufrido un largo período de entor-

pecimiento, revisión y represión en la época de concentración que siguió á la Revolución francesa.

Pero esas épocas no pueden durar siempre; la corriente natural de las cosas trae las de expansión. Tal parece ser la que comienza en este país. En primer lugar, hace mucho tiempo que ha desaparecido todo peligro de una presión forzosa y hostil de las ideas contrarias á nuestra práctica; como el viajero de la fábula, empezamos á llevar nuestra capa con desenvoltura. Luego, con una larga faz, las ideas de Europa introdujéronse gradual y amigablemente, mezclándose á las nuestras aunque en dosis infinitesimales. Además de eso, á pesar de todo lo que se ha dicho de la influencia absorbente y brutal de nuestro apasionado progreso material, me parece, según todas las apariencias, irrefutable, aunque no claro, que este progreso ha de guiar al cabo á una

nueva era de vida intelectual; y que el hombre, después de haberse hecho confortable en todo, tiene que determinar qué va luego á hacer consigo, y comenzar á recordar que tiene un entendimiento, y que éste puede hacerse manantial de gran placer. Doy por supuesto, que al presente, la fe tiene el principal privilegio de discernir el fin de nuestros caminos de hierro, nuestros negocios y nuestro afán de enriquecernos; pero veremos si aquí, como en otras partes, la fe no es al cabo la verdadera profeta. Nuestras comodidades, viajes, é ilimitada inmunidad para asirnos con tanta fuerza como gustemos á lo positivo que originaron nuestras opiniones, tienden ahora á producir una afición á tratar con más libertad estas opiniones, examinándolas un poco para comprender su verdadera naturaleza. Agitaciones de curiosidad, en la acepción extranjera de la palabra, surgen entre nos-

otros, y con estas es con las que ha de contar la crítica. La crítica primero; cuando ésta haya hecho su obra, quizá venga después la actividad creadora, que según he dicho, debe ser precedida entre nosotros, inevitablemente, por una era de crítica.

Es de la mayor importancia que la crítica inglesa distinga con claridad el rumbo que debe tomar para aprovecharse del campo que se le abre y producir fruto en lo futuro. La norma puede resumirse en una palabra: *imparcialidad*. ¿Y cómo ha de mostrarse imparcial? Apartándose de lo que se llama el modo de ver las cosas prácticamente; siguiendo con resolución su ley natural, que es la manera de pensar independiente sobre todas las materias de que trata. Rehusando con firmeza prestarse á esas ulteriores consideraciones políticas y usuales acerca de las ideas que muchas gentes unirán á ellas, acaso con razón, y de cualquier modo

es seguro que en este país se unen lo bastante, pero que la crítica no tiene por qué atenderlas. Su tarea es, como he dicho, conocer simplemente lo mejor que se ha hecho y pensado en el mundo, creando á su vez, por medio de este conocimiento, una corriente de ideas independientes y vigorosas. Su deber es hacer esto con inflexible rectitud y la aptitud necesaria, dejando á un lado todas las cuestiones de resultados y aplicaciones positivas, que no dejarán nunca de tener sus prerrogativas. De otro modo, además de ser, en realidad, contraria á su esencia, no hará más que seguir la antigua rutina que llevó hasta aquí en este país, y desperdiciará la oportunidad que se le presenta. Pues ¿cuál es ahora el mal de la crítica? Las consideraciones de costumbre que se le adhieren y la ahogan, subordinándola á intereses que no son los suyos. Nuestros órganos de crítica lo son de hombres y partidos que sir-

ven á fines positivos, y para ellos esto es lo primero, y la representación de pensamiento lo segundo; lo que se necesita es tanta libertad de ideas como sea compatible con el empeño de llevar adelante sus fines. No tenemos un órgano como la *Revista de Ambos Mundos*, cuya principal atribución es conocer y publicar lo mejor que se discurre y hace en el mundo, ó sea un órgano para ejercitar la libertad del pensamiento. Pero tenemos la *Revista de Edimburgo*, que se publica como órgano de los antiguos *whigs* (liberales), y, por tanto, con el modo de pensar que á ellos conviene; tenemos la *Revista Trimestral*, órgano de los *tories* (conservadores), con las inspiraciones de su partido; la *Revista Trimestral Británica*, órgano de los *disidentes*, y, por lo tanto, sujeto á sus influencias; el *Times*, órgano del inglés vulgar y satisfecho, con las ideas que le son propias. Y así en todas las diversas frac-

ciones políticas y religiosas de nuestra sociedad: cada fracción tiene, como tal, su órgano de crítica; pero la idea de unir todas las fracciones en el placer común de un ejercicio del espíritu independiente é imparcial no encuentra favor. El juego de este resorte necesita primeramente más espacio y olvidar un poco la presión de los respetos á la práctica; está oxidado de no girar por tanto tiempo. La desaparición, tan de sentir, de la *Revista del Interior y del Extranjero*, nos hizo comprender esto el otro día. Quizá en ningún órgano de crítica hubo ideas de tan alto vuelo; pero esto no la salvó. La *Revista de Dublin* vive porque subordina el pensamiento á los asuntos del catolicismo inglés é irlandés. Debe ser necesario que los hombres se agrupen en sectas y partidos, y cada uno de éstos tenga su órgano que favorezca los intereses de su acción; pero también sería bueno que hubiese una crítica, no

para servir esos intereses ni los contrarios, sino con absoluta independencia de ellos. Ninguna otra obtendrá verdadera autoridad ni hará algún camino hacia su objeto: la creación de una corriente de ideas verdaderas é innovadoras.

Por no haber sostenido la crítica como debiera en la pura atmósfera intelectual sin desligarse de lo positivo, y por haberse empeñado tanto en la polémica y controversia, es por lo que ha cumplido tan mezquinamente su obra espiritual, que consiste en apartar al hombre de la satisfacción de sí mismo que le atrasa y vulgariza, para guiarle hacia la perfección, haciendo que su entendimiento se fije en lo que es excelente de por sí, y en la absoluta belleza y propiedad de las cosas. Una crítica de polémica de partido hace á los hombres ciegos á la imperfección de su ideal positivo, les hace defender su perfección con tenacidad

para sostenerlo contra el ataque; y esto es á todas luces innoble y perjudicial para ellos. Si estuviesen tranquilos en cuanto á sus intereses, podrían admitir gustosos las reflexiones teóricas de una perfección inteligente, y su horizonte espiritual se ensancharía poco á poco. Sir Carlos Adderley dice á los agricultores de Warwickshire:

«¡Se habla de mejorar la educación! La raza que hombres y mujeres representamos, la antigua raza anglo-sajona, es la mejor educada de todo el mundo..., nuestro clima fresco, la carencia de cielo despejado y naturaleza exuberante no enerva, y ha producido un pueblo de raza muy vigorosa, haciéndonos superiores á todo el mundo.»

Mr. Roebuck dice á los fabricantes de cuchillos de Sheffield:

«Yo miro á mi alrededor y me pregunto; ¿cuál es el estado de Inglaterra?

La propiedad, ¿no está segura? Cada hombre, ¿no puede decir lo que quiere? ¿No podéis recorrer la Inglaterra de un extremo al otro en completa seguridad? Decidme, ¿en qué sitio del mundo ó en la historia pasada hay algo como esto? No hay nada. Ruego á Dios que dure siempre nuestra felicidad sin rival.»

En tan satisfecho engreimiento, hay en palabras y pensamientos un peligro evidente para la pobre naturaleza humana mientras no estemos en salvo en las calles de la Ciudad Celestial.

«Lo poco que se ha hecho, parece nada cuando miramos adelante y vemos cuánto hay que hacer todavía», dice Goethe. Para la flaca humanidad, este es mejor punto de reflexión mientras permanezca en este campo terrenal de trabajos y pruebas.

Pero ni sir Carlos Adderley ni mister Roebuck son por naturaleza dados á consideraciones de este género. Las

pierden de vista en la vida de controversia que todos llevamos y en la forma material que damos á toda teoría. Tienen enfrente antagonistas cuyas aspiraciones son menos positivistas, y en su celo por sostener las suyas contra estos innovadores, van demasiado lejos atribuyéndoles perfecciones ideales. Alguien ha querido introducir el sufragio universal, abolir derechos de iglesia, obligar á hacer estadísticas de agricultura y disminuir la administración local. En contestación á tales proposiciones impropias ó más bien inoportunas, cuán natural es extralimitarse y decir con voz estentórea: «¡Somos una raza superior á todas las demás! ¡La antigua raza sajona es la mejor educada en todo el globo terráqueo! ¡Ruego á Dios que dure nuestra felicidad sin rival! ¿En qué sitio del mundo hay algo igual á esto?» Y mientras la crítica responde á este ditirambo insistiendo en que la raza sa-

jona sería más superior si no hubiese derechos de iglesia, ó que esa dicha sin rival duraría más tiempo con la libertad de votar, el estribillo de «¡la mejor educación del mundo!» seguirá en crescendo, y toda imagen mental y refinada se desvanecerá, y el agresor y sus críticos persistirán dentro de un círculo falto de vitalidad en que el progreso mental es imposible. Pero que la crítica deje á un lado derechos de iglesia y libre sufragio, y con la intención más cándida, sin un solo pensamiento oculto de innovación, confronte con nuestro ditirambo este párrafo de un periódico que cayó en mis manos en seguida de haber leído á Mr. Roebuck:

«Acaba de cometerse en Nottingham el horrible asesinato de un niño. Una muchacha llamada Wragg dejó el hospicio, el sábado por la mañana, con su hijo ilegítimo. Poco después apareció el niño muerto en Mapperly-

Hills: había sido estrangulado. Wragg está en la cárcel.»

Nada más que eso; pero en contraposición á los grandes elogios de sir Carlos Adderley y Mr. Roebuck, ¡cuán elocuentes y claras son esas pocas líneas! «¡Nuestra educación anglosajona, la mejor del universo!» ¡Qué áspero y feo suena el nombre de *Wragg* en este *mejor!* Si hablamos de la perfección ideal de ese «mejor en todo el mundo», cualquiera tiene que reflexionar qué pruebas de rudeza hay en nuestra raza, qué desdichada interpretación demuestra de las nociones más delicadas del espíritu con el natural desarrollo entre nosotros de nombres tan repugnantes, ¡Higginbottom, Stiggins, Bugg! En Jonia y Atica tuvieron más suerte en este respecto que «la mejor raza del mundo»; pero la *Ilissus* no era *Wragg*, ¡pobrecilla! Y «nuestra felicidad», ¡qué elemento de grima, de laceria y horror se mezcla

con ella y la mancha, el hospicio, el horrible sitio de Mapperly Hills—los que lo hayan visto lo recordarán—la oscuridad, el humo, el frío, el niño ilegítimo estrangulado! «Os pregunto si en el mundo y en la historia pasada hay nada como eso.» Quizá no, está uno tentado é responder, pero en ese caso el mundo es muy de compadecer. Y el rasgo final, breve, helado é inhumano: *Wragg está en la cárcel.* El sexo, perdido en la confusión de nuestra felicidad sin rival, ó (¿lo diré?), ¡el superfluo nombre de cristiana borrado al instante por la rectitud enérgica de nuestra educación anglosajona! La mente utiliza contrastes como éste, y por medio de la crítica sirve la causa de la perfección haciendo fijar la atención en ellos. Eludiendo estériles conflictos, rehusando permanecer en el terreno donde sólo tienen algún valor y aprecio las concepciones relativas y limitadas, la crítica puede disminuir

su momentánea importancia, pero sólo de este modo tiene probabilidad de obtener admisión para esas concepciones más acabadas y de más vuelo á que sus deberes los obligan á atender. Mr. Roebuck tendrá una pobre opinión de un adversario que á su provocador canto de triunfo replique murmurando en voz baja: *Wragg está en la cárcel*; pero de ninguna otra manera se conseguirá que esos himnos exaltados afinen por grados las discordancias que en su tono hieren el tímpano del oído y se bajen á un diapason más suave y más natural.

Se dirá que es una acción muy sutil é indirecta la que estoy señalando á la crítica, y que adoptando de esta suerte la costumbre indiana de aislamiento y abandono en el terreno de la vida, se condena á una labor lenta y oscura. Puede ser lenta y oscura, pero es el único trabajo que le es propio. La multitud nunca tendrá un gran afán por

ver las cosas como son; las ideas inadecuadas siempre le satisfarán. Sobre ellas reposa y debe reposar la práctica general del mundo. Que es tanto como decir que cualquiera que trate de ver las cosas como son se hallará en un círculo muy pequeño; pero sólo haciendo estos pocos su labor, las ideas adecuadas llegarán á formar corriente. La agitación y gritería de la vida tendrá siempre un efecto vertiginoso y atrayente sobre el espectador más sosegado y tenderá á arrastrarle á su vértice: este caso tiene que ocurrir, sobre todo, en Inglaterra, donde la vida es tan activa. Pero sólo permaneciendo sereno y rehusando prestarse al punto de vista del hombre positivo, puede el crítico hacerle algún servicio; y sólo siguiendo su senda con la mayor franqueza, puede convencerle de su sinceridad, para que evite las equivocaciones que de continuo le amenazan.

Pues el hombre práctico no está apto para distinciones sutiles, y sin embargo, en estas distinciones es principalmente donde la cultura más elevada y más noble halla su acomodo. Mas no es fácil guiar á un hombre práctico—á menos que le tranquilicéis; en cuanto á vuestras intenciones positivistas, no tendréis probalidad de guiarle—la cosa que está acostumbrado á mirar siempre por un lado, que aprecia en mucho, y mirada así merece quizá toda la estimación y admiración que le concede—es difícil hacerle ver que, mirada por otro lado, aparece menos beneficiosa y agradable, pero conserva, sin embargo, todos sus títulos á nuestro homenaje. ¿Dónde hallaremos un lenguaje bastante sencillo, como haremos evidente, la pureza inmaculada de nuestras intenciones para autorizarnos á decir al político inglés, que la constitución británica, que vista por el lado práctico parece un magni-

fico órgano de progreso y eficacia, observada por el lado teórico—con sus compromisos, su amor á los hechos, su horror á las teorías, su estudiada manera de evadir la libertad del pensamiento—¡perdóname, sombra del lord Somers!—parece una máquina colosal para la fabricación de filisteos? ¿Cómo Cobbett ha de decir esto y ha de ser comprendido, ennegrecido como está con el humo de una larga contienda en el campo de la política práctica? ¿Cómo Mr. Carlyle ha de decirlo y ha de ser atendido después de su furiosa invasión dentro de este campo, con su *Ultimo día de los folletos*? ¿Cómo mister-Ruskin después de su pelea en la economía política? Yo digo que el crítico debe sostenerse fuera de la región de la práctica inmediata y dentro de la esfera humanitaria, política y social, si quiere dar un paso hacia teorías más francas, que acaso un día hagan sentir sus beneficios en este te-

rreno de una manera natural y por lo tanto irresistible.

Empero, haga lo que quiera, el crítico quedará expuesto á frecuentes equivocaciones, y en este país más que en ninguna parte. Pues aquí las gentes no están dispuestas á comprender que sin esta franca imparcialidad no se puede obtener una cultura elevada y verdadera. Están tan sumergidos en la vida práctica, tan acostumbrados con sus ideas y hechos, que están prontos á pensar que pueden alcanzarse con eso la verdad y la cultura, y que es una singularidad el pensar en obtenerlas de otro modo. «Todos somos *terre filii*», exclama su elocuente abogado, «todos los filisteos estamos á una. Fuera toda idea de proceder de otra suerte que la grata á los filisteos; hagamos un movimiento social, organicemos y combinemos un partido para adoptar la verdad y la idea moderna, llamémosle *partido liberal* y unámonos unos á otros

apoyándonos mutuamente. Dejémos de disparates acerca de la crítica y delicadezas intelectuales, y demás tonterías. No nos inquietemos por razonamientos extranjeros; inventaremos todo por nosotros mismos según vayamos andando. Si uno de nosotros habla bien, aplaudidle; si habla mal, aplaudidle también; todos hacemos el mismo movimiento, todos somos liberales, todos vamos en busca de la verdad». De esta manera la persecución de la verdad llega á ser un asunto agradable, social y práctico, requiriendo casi un presidente, un secretario, y carteles de bando; con la excitación de algún escándalo ocasional y un poco de resistencia para dar la apariencia de una dificultad vencida; pero en lo general mucho barullo y muy pocas ideas. Como dice Goethe, jobrar es tan fácil y pensar es tan difícil! Es verdad que el crítico tiene muchas tentaciones para ir con la corriente, para hacerse

del partido de estas *terra filii*, parece descortés rehusar el ser un *terra filius* cuando lo son tantas gentes excelentes; pero el deber del crítico es resistirse, ó si la resistencia es en vano, gritar al menos con Obermann: *Périssons en résistant*.

He tenido buena oportunidad de experimentar cuán seria es la cuestión de resistirse cuando hace algún tiempo me atreví á criticar el celebrado primer volumen del obispo Colenso (1).

(1) Tan sincera es mi aversión á todo ataque personal y controversia, que después de haber transcurrido tanto tiempo de la ocasión que los produjo, me abstengo de reimprimir los ensayos en que critiqué el libro del doctor Colenso; no obstante, después de todo lo que ha pasado, me creo obligado á hacer aquí una declaración final de mi franca impenitencia en el pecado de haberlas publicado. Además, no puedo dejar de repetir una vez más, en beneficio suyo y de sus lectores, este párrafo de mis observaciones sobre él: *hay verdad de la ciencia y verdad de la religión; la de la ciencia no llega á ser verdad de la religión*

El eco de la tormenta que entonces se levantó murmura todavía á mi alrededor. Esa tormenta se originó de un error de inteligencia casi inevitable. Alcanzar la percepción clara de que la ciencia y la religión son dos cosas enteramente diferentes, es el resultado de no poca cultura. La muchedumbre siempre las confundirá, pero por dicha no es de verdadera importancia, pues mientras la muchedumbre se imagina vivir con la engañosa ciencia, vive en realidad con la verdadera religión. No obstante, el doctor Colenso hizo todo lo que pudo por aumentar la confusión (1) en su primer volumen y ha-

hasta que se hace religiosa. Y añadiré: Tomemos toda la ciencia que haya de los hombres de ciencia; de los hombres de religión tomemos la religión.

(1) Se ha dicho que hice «un crimen contra la crítica literaria y la cultura más elevada, intentando instruir á los ignorantes». ¿Necesito indicar que los ignorantes no se enteran por ser confirmados en una confusión?

cerla peligrosa. Admito sin restricciones que hizo esto con las mejores intenciones y con la ignorancia más cándida del efecto que iba á causar; pero, dice Joubert, «la ignorancia, que en cuestiones morales atenúa el crimen, es en si misma un crimen de primer orden en las cuestiones intelectuales». Yo critiqué la teórica confusión del obispo Colenso. Inmediatamente se levantó un grito; «¿qué es esto? ¿Hay aquí un liberal atacando á otro liberal? ¿No formáis parte del movimiento? ¿No sois amigo de la verdad? El obispo Colenso ¿no anda en busca de ella? Pues entonces hablad de su libro con el debido respecto. El doctor Stanley es otro amigo de la verdad y habláis de su libro con el respecto debido; ¿por qué hacer esas envidiosas diferencias? Ambos libros son excelentes, admirables, liberales; el del obispo Colenso quizá lo es más, porque es el más osado, y tendrá las mejores consecuencias po-

sitivas para la causa liberal. ¿Queréis animar á que ataquen á un liberal, colega suyo y vuestro, á nuestras implacables enemigas la *Revista de la Iglesia y del Estado* ó el *Registro*, á la alta Iglesia, tarda como un rinoceronte, y á la evangélica, feroz como una hiena? Callaos pues, ó, más bien, hablad, gritad tan alto como podáis, y extasiaos con los ochenta y tantos medrosos palomos.» Pero la crítica no puede seguir este método confuso y rastrero. Por desgracia, es posible que un hombre buscando la verdad escriba un libro fundado en un concepto erróneo. Ni aun los resultados positivos de un libro son recomendación para la crítica imparcial, si el libro es imprudente, en el sentido más lato. Observo que una señora que también anda en busca de la verdad, y escribe con admirable capacidad, aunque quizá algo de más, en su inspección del estado religioso de Europa, bajo la influencia del es-

píritu práctico del movimiento liberal inglés, clasifica el libro del obispo Colenso y el de M. Renán como hechos de un mismo orden, obras las dos de «suma importancia», de «gran poder, autoridad y habilidad»; más eficaz, acaso, el del obispo Colenso; miss Cobbe, al menos, expresa de una manera especial su gratitud porque al obispo Colenso «le hayan sido concedidos fortaleza y valor para enseñar verdades de tan honda importancia». Del mismo modo, más de un escritor popular le ha comparado á Lutero; y precisamente esta clase de criterio falseado es al que, á mi parecer, el talento crítico está obligado á resistirse. La prueba más contundente de la decadencia en que está la crítica en Inglaterra, es, que mientras el libro del doctor Strauss es el objeto de observación en la literatura religiosa de Alemania, y el libro de M. Renán en la de Francia, el del obispo Colenso sea el blanco de la de

Inglaterra. La obra del obispo Colenso se funda en una equivocación completa de los elementos esenciales del problema religioso tal como está presentado para su solución. Por tanto, la crítica que anda investigando lo que mejor se ha discurrido y escrito sobre este problema, aunque lo haga de buena fe, no tiene ninguna importancia. El de M. Renán plantea una nueva síntesis de los fundamentos que los cuatro Evangelios nos demuestran. En mi opinión, ensaya una síntesis quizá prematura, imposible acaso, de seguro sin éxito. Sea como fuere, por ahora debemos someternos al dictamen de Fleury sobre estas refundiciones de la narración del Evangelio: *Quiconque s' imagine la pouvoir mieux écrire, ne l'entend pas.* M. Renán pronunció con anticipación una especie de sentencia sobre su obra, al decir «si me ofreciesen una nueva demostración del carácter de Jesús, la rechazaría; su misma perspicacia sería

á mi juicio la mejor prueba de su insuficiencia». Sus amigos pueden replicar con perfecta justicia, que á la vista de la Tierra Santa, y de la escena en que sucedió el relato evangélico, todas las ideas de M. Renán pueden haber variado de curso, siéndole sugerida irresistiblemente una nueva forma de esa historia; y que este es un caso para el que es aplicable la máxima de Cicerón: el cambio de opinión no es inconsecuencia—*nemo doctus unquam mutationem consilii inconstantiam dixit esse.*— De todas suertes, para la crítica, el primer pensamiento de M. Renán es el más cierto, en tanto que su nueva forma no acabe de recomendarse más en absoluto, para que (usando la feliz frase de Mr. Coleridge acerca de la Biblia) nos *decida* por completo. La empresa de M. Renán es, sin embargo, del mayor interés é importancia, puesto que con todos sus argumentos establece una síntesis nueva del Nuevo Testa-

mento—sin hacer la guerra á datos anteriores, á la manera de Voltaire, sin excluirlos de la memoria, á la manera de las gentes, sino reedificando sobre ellos, tomándolos por convencional punto de vista, y colocándolos á la luz con otro nuevo prisma;—esta es la verdadera esencia del problema religioso, como se ha presentado; y sólo por los esfuerzos que se hagan en esta dirección puede dársele solución.

Por otra parte, miss Cobbe, como tantos otros vehementes liberales de nuestra generación, con el mismo ardor con que juzga al obispo Colenso se dedica activamente á la fundación de una religión positiva para lo futuro, ó por lo menos intenta formarla. No debemos descansar en lo que ella y ellos están siempre pensando y diciendo en la crítica negativa, debemos crear y construir; de aquí es que tengamos obras tales como su reciente *Deber religioso*, y obras acaso más notables de

otros, que todos recordarán. Esos trabajos suelen tener mucha capacidad, suelen originarse de convicciones sinceras y puro deseo de hacer bien, y á veces lo hacen. Su falta (si se me permite decirlo así) es por el estilo de la del Colegio Británico de Salud, en el New Road. Todos conocen ese colegio; el edificio con el león y la estatua de la diosa Hejea delante; del león, por lo menos, estoy seguro, aunque no tanto de la diosa Hejea. Este edificio acredita, tal vez, los recursos del doctor Morrison y sus discípulos; pero deja mucho que desear cuanto á la idea de lo que debe ser un Colegio Británico de Salud. En Inglaterra, donde odiamos la intervención pública y gustamos de la empresa particular, tenemos gran número de edificios como ese colegio; el magnífico nombre sin la magnífica institución. Estimables como son para la empresa individual, tienden por desgracia á empeorar nuestro gusto haciéndonos

olvidar el carácter grandioso, noble y bello que una institución pública debe tener. Lo mismo puede decirse de las religiones del futuro de miss Cobbe y otros. Como el Colegio Británico de Salud, dando crédito á los recursos de sus autores, tiende, sin embargo, á hacernos olvidar el carácter grandioso, noble y hermoso, que pertenece á las interpretaciones religiosas. A pesar de todas sus faltas, las religiones históricas han tenido esto; que pertenece al sentimiento religioso, cuando florece sinceramente, y nosotros empobrecemos nuestro espíritu si aprobamos una religión del futuro que no lo tenga. ¿Cuál, es, pues, el deber de la crítica? ¿tomar el punto de vista positivo para aplaudir el movimiento liberal y todas sus obras incluso las religiones del futuro, su edificio de New Road, en atención á su utilidad general? De ningún modo; sino estar en perpetuo descontento con esas obras mientras

no estén á la altura de un ideal perfecto.

Para la crítica estas son leyes elementales; pero nunca pueden ser populares, y en este país han sido muy poco atendidas, porque encuentran inmensos obstáculos para seguir las. Esa es una razón para sostenerlas cada vez más. Debe separarse con independencia del espíritu práctico y sus conveniencias, y expresar su descontento hasta de los esfuerzos que se hagan de buena intención que no deben satisfacerle, si á la luz del entendimiento los ve infecundos y limitados. No debe apresurarse á llegar á la meta á causa de una importancia positiva. Debe tener paciencia y saber esperar, y tener la flexibilidad de apegarse á las cosas y desembarazarse de ellas. Debe tener aptitud para estudiar y aprobar elementos que faltan para la plenitud de la perfección mental, aun cuando pertenezcan á un poder que sea perjudi-

cial en el terreno de la práctica; debe tener idoneidad para comprender los desaciertos ó ilusiones del espíritu y desaprobarnos. Y esto sin ninguna intención de favorecer ó injuriar á una facultad ó la otra, sin ninguna idea de poner en juego un poder contra el otro. Cuando uno considera, por ejemplo, el tribunal de divorcio inglés, institución que tal vez tiene sus conveniencias positivas, pero que en la esfera de las ideas es tan repugnante, una institución que ni hace imposible el divorcio ni lo hace decente, que permite á un hombre desembarazarse de su esposa, ó á una esposa de su marido pero arrastrando primero uno al otro, para edificación del público, por el lodazal de indecible infamia; cuando uno considera, digo, esta encantadora institución, con sus vistas y juicios tumultuosos, sus noticias detalladas en los periódicos y sus compensaciones de dinero; esta institución en la que el

estúpido y atrasado filisteo británico ha estampado la imagen de sí mismo, puede uno permitirse hallar la teoría del catolicismo sobre el matrimonio consoladora y elevada. O cuando el protestantismo, en virtud de su supuesto origen razonable é intelectual, da ley á la crítica en tono demasiado magistral, ésta puede y debe recordar que sus pretensiones en este punto son engañosas y causan daño; que la Reforma fué un acontecimiento más bien moral que intelectual, y la teoría de la gracia de Lutero no refleja con más exactitud el deseo del espíritu que la filosofía de la historia de Bossuet; y que no hay más antecedente probable de que el fondo de las ideas del obispo de Durham sean más agradables á la pura razón que las del Papa Pío IX. Pero no por eso ha de echar en olvido las hazañas del protestantismo en lo moral y práctico; y que, aun en lo tocante á la inteligencia, llevó adelante

el Renacimiento, aunque á ciegas y á tropezones, mientras el Catolicismo lo apartó de su senda con violencia.

No ha mucho oí á un hombre de talento y energía comparar las faltas de ardor y actividad que hay entre los jóvenes de este país con lo que él recordaba de su juventud, hace veinte años. «¡Qué reformadores éramos entonces!» exclamaba, «¡qué ardor teníamos! ¡cómo examinábamos cada institución de la Iglesia y el Estado, y nos preparábamos á rehacerlas todas sobre excelentes principios!» Al decirlo sentía cierta triste languidez por la calma presente. Yo la considero más bien como una pausa en la que se verifica un nuevo progreso espiritual.

Para los jóvenes y los vehementes de entre nosotros, todo está muy visto en inseparable consorcio con la política y la vida práctica; hemos agotado lo suficiente en beneficio de ver las cosas en esta relación, y hemos sacado todo

el partido posible de considerarlas así. Ensayemos otro modo de contemplarlas más desinteresado; consagrémonos á la vida serena del entendimiento y el genio. Este puede tener también sus excesos y peligros, pero por ahora no los hay. Pensemos en ensanchar tranquilamente nuestro acopio de ideas modernas, y cuando tengamos una ó media, no echemos á correr con ella á la calle, tratando de que domine allí. Después de todo, nuestras ideas, sazónándose un poco, reformarán mejor el mundo. Acaso dentro de cincuenta años, en la Cámara de los Comunes, se hará objeción á alguna ley por ser una anomalía, y mi amigo, el individuo del Parlamento, se estremecerá en su sepultura. Pero entre tanto, esforcémos en que dentro de veinte años, en la literatura inglesa, cuando se haga una proposición, sea objeción para aceptarla el que sea absurda. Eso será un cambio tan enorme, que la imagi-

nación apenas puede abarcarlo. *Ab integro saeculorum nascitur ordo.*

Si he insistido tanto en el camino que la crítica debe tomar en lo que atañe á la política y á la religión, es porque cuando se trata de estas ardientes cuestiones, lo más probable es extraviarse. Deseaba, sobre todo, insistir en la actitud que la crítica debe adoptar en general para todas las cosas, con imparcialidad y templanza. Pero hay otra cuestión en cuanto al principal objeto á que debe atender la crítica literaria. Por lo regular, su senda está trazada por el principio, que es ley de su existencia: el principio de tener un empeño desinteresado en saber y propagar lo mejor que se ha sabido y pensado en el mundo, estableciendo de esta suerte una corriente de ideas modernas y verdaderas. Como es natural, no componiendo Inglaterra todo el universo, mucho de lo mejor que se discurre y sabe no es de procedencia

inglesa. Como es natural, repito, esto es justamente lo que hay menos probabilidad que sepamos, mientras que lo que se piensa aquí llega á nuestros oídos por todos lados. Por lo cual, el crítico debe fijarse en la opinión y juicio extranjeros, prestando particular atención á lo que, además de ser en sí fecundo y significativo, puede pasársele inadvertido por alguna razón especial. Por otra parte, suele decirse que su tarea es formar opinión, y en cierto sentido, así es; pero el juicio que un criterio recto y sereno se forma casi insensiblemente unido á profundos conocimientos, es el que vale, y aumentar siempre estos conocimientos debe ser el mayor cuidado del crítico. Y propagándolos, dando al mismo tiempo su dictamen—pero insensiblemente y en segundo lugar, como una especie de sostén y guía, no como un legislador abstracto—es como el crítico hará el mayor bien á sus lectores. Algunas

veces, sin duda, por el gusto de señalar la plaza de un autor en la literatura y su relación con la bandera central (y si esto no se hace, ¿cómo vamos á sostener nuestra *superioridad?*), puede tratarse de un asunto tan familiar, que los conocimientos modernos estén fuera de sazón, y entonces todo debe ser opinión y detallada aplicación de principios. La mejor salvaguardia para esto, es no llegar á ser nunca metafísico, escribir siempre con la conciencia íntima de la sinceridad de lo que uno dice, y en el momento que esta seguridad nos falte comprender que hay algún error. De todas suertes, esta opinión y aplicación de principios no es en todas las circunstancias labor satisfactoria; como en las matemáticas, es una circunlocución, y no puede darnos, como ciencia moderna, una sensación cabal de la actividad creadora. Pero deteneos, dirá alguno; esta conversación no nos es de ningún pro-

vecho; esta crítica vuestra no es la que tenemos en nuestras imaginaciones cuando hablamos de eso; al hablar de críticos y crítica, damos á entender la de la literatura inglesa que en el día corre; cuando ofrecisteis decir cuál era la incumbencia de la crítica, era á ésta á la que esperábamos os dirigiéseis. Lo siento, pero temo frustrar esas esperanzas. Me obliga á ello mi propia definición: *un empeño desinteresado e imparcial en saber y propagar lo mejor que se sabe y piensa en el mundo*. ¿Cuánto hay de esto mejor en la literatura inglesa del día? Temo que no mucho en la actualidad; de seguro, menos que en la de Francia ó Alemania. ¿Voy, pues, á alterar mi definición, para contrarrestar los cargos de un número de críticos ingleses que, después de todo, son libres en la elección de oficio? Eso sería hacer que la crítica se prestase precisamente á esas extrañas consideraciones positivas que dije serle

tan fatales. Con verdad, puede decirse á esos que tienen que tratar con la masa común de los escritores del día (mejor fuera desdeñarla), que á todo evento pueden animarse á ensayarla guiados por la regla de conocer lo mejor que se discurre y sabe; aproximándose á esta norma de que todo crítico debe poseer profunda erudición en la literatura general, además de la de su país, y cuanto más diferente á la suya, mejor. Pero después de todo, la crítica que en realidad me interesa—la crítica que puede ayudarnos para el porvenir, que por toda Europa se significa en el día, cuando tanto valor se da á la importancia del espíritu crítico—es la que se considera como una gran confederación para los propósitos intelectuales, obligada á unir acción y trabajo para un resultado común, cuyos individuos están dotados del conocimiento de la antigüedad griega, romana y oriental, y alguna otra. Dejando

fuera de cuenta las ventajas especiales, locales y temporales, la nación moderna que hará más progresos intelectuales, habrá de ser la que más se ajuste a este programa. ¿Y qué es eso sino decir que también nosotros individualmente lo haremos por ese camino?

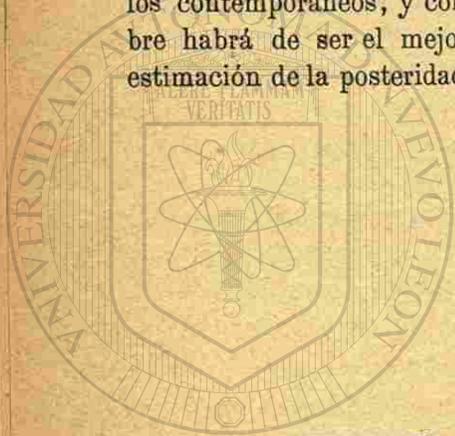
¡Nos invitan tantas sendas de progreso! ¿Cuál vamos a tomar? ¿Por cuál encontraremos fuerzas y alimento para desarrollarnos hasta la perfección? Esa es la pregunta a que el crítico tiene que responder por sí y por los demás, contemplando el dilatado campo que la vida y la literatura pone ante él.

Concluyo con lo que he dicho al principio: poseer la percepción de la actividad creadora es una felicidad sublime y la mayor prueba de vitalidad, y no le es negada a la crítica; pero tiene que ser sincera, franca, flexible, ardiente, y ensanchar siempre sus horizontes. Entonces puede tener esa gozosa sensación en medida no despre-

ciable, sensación que un hombre de vasta erudición y justa conciencia preferirá a la que pudiera derivar de una inadecuada creación, pobre y ruin. Y en algunas épocas no es posible otra.

No obstante, la percepción de esa actividad sólo pertenece de lleno a la genuina creación; en literatura nunca debemos olvidar eso. ¿Pero qué literato verdadero puede olvidarlo? No es materia vulgar para una naturaleza bien dotada llegar a la posesión de una corriente de ideas activas y vitales, y producir inspirado por ellas eso a que hemos de dar infinito valor. Las épocas de Esquilo, de Shakespeare, nos hacen sentir su superioridad. En una era así está, sin duda, la verdadera vida de la literatura; allí está la tierra prometida, a la que la crítica sólo puede hacer un cortés saludo. No entraremos en esa tierra prometida, y moriremos en el desierto; pero haber

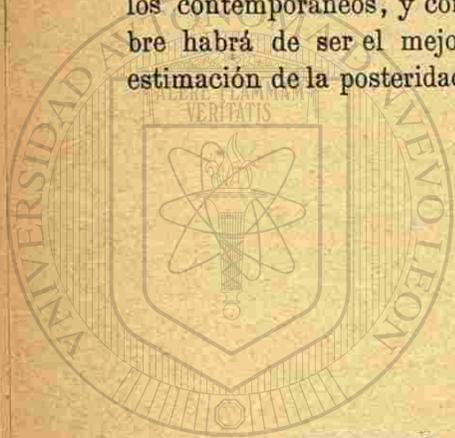
deseado entrar y haberla saludado de lejos, es ya quizá el mayor honor entre los contemporáneos, y con certidumbre habrá de ser el mejor título á la estimación de la posteridad.



LA INFLUENCIA LITERARIA DE LAS ACADEMIAS

Es imposible dejar un libro como la *Historia de la Academia Francesa*, por Péllisson y D'Olivet, que Mr. Carlos Livet ha reeditado recientemente, sin inclinarse á reflexionar sobre la carencia que hay en nuestro país de una institución como la Academia Francesa, las causas probables de no haberla y sus resultados. Mil voces se dispondrán á decirnos que esto es una señal evidente de nuestra superioridad nacional; que en gran parte se debe á esta falta el que las graciosas palabras de lord Macaulay,

deseado entrar y haberla saludado de lejos, es ya quizá el mayor honor entre los contemporáneos, y con certidumbre habrá de ser el mejor título á la estimación de la posteridad.



LA INFLUENCIA LITERARIA DE LAS ACADEMIAS

Es imposible dejar un libro como la *Historia de la Academia Francesa*, por Péllisson y D'Olivet, que Mr. Carlos Livet ha reeditado recientemente, sin inclinarse á reflexionar sobre la carencia que hay en nuestro país de una institución como la Academia Francesa, las causas probables de no haberla y sus resultados. Mil voces se dispondrán á decirnos que esto es una señal evidente de nuestra superioridad nacional; que en gran parte se debe á esta falta el que las graciosas palabras de lord Macaulay,

dadas á conocer últimamente por su discreto sobrino Mr. Trebelyan, sean una verdad muy profunda: «Puede decirse con seguridad, que la literatura existente ahora en el idioma inglés, es de mayor valor que toda la literatura que había hace trescientos años en todos los idiomas del mundo juntos.» Me atrevo á decir que así es; sólo que, recordando la máxima de Spinoza, de que los dos grandes males de la humanidad son el amor propio y la pereza que trae consigo, imagino que nos sea conveniente mirar con más atención si esto es así y tan sin límites, en vez de confiar en nuestra superioridad.

Pero antes de nada debo conceder algunas palabras á la historia que se conserva de la Academia Francesa. Por el año de 1629, siete ú ocho personas en París, aficionadas á la literatura, formaron una especie de pequeño club para reunirse en las casas de unos y otros y discutir asuntos literarios.

Se habló de sus reuniones, y el cardenal Richelieu, ministro entonces y poderoso, oyó hablar de ellas. Tenía él también una noble pasión por las letras y por toda refinada cultura, y le interesó lo que oyó de la sociedad naciente. Era hombre que poseía como ningún otro un estilo brillante, y tuvo el talento innato de comprender qué valioso instrumento, de un estilo escogido, estaba á su disposición. Comenzaba para Francia un siglo ilustre, el xvii; los cerebros de los hombres trabajaban, el idioma francés se formaba. Richelieu envió á preguntar á los miembros de la nueva sociedad si querrian formar una corporación de carácter público y tener reuniones metódicas. No sin alguna vacilación—pues al parecer se hallaban muy bien como estaban, y esos siete ú ocho caballeros de posición social y literaria no estaban muy tranquilos cuanto á lo que el ilustre y terrible ministro podía querer de

ellos—consintieron. Los favores de un hombre como Richelieu no se rehusan fácilmente, sean bien ó mal intencionados; pero este favor era de buena intención. No obstante, el Parlamento tuvo sus dudas para esto. No tenía el entusiasmo de Richelieu por las letras y la cultura, y estaba celoso de la aparición en el Estado de una nueva corporación pública, sobre todo por ser traída á la existencia por Richelieu. La carta-patente del Rey, estableciendo y autorizando la nueva sociedad, fué concedida en los comienzos de 1635; pero por la antigua Constitución francesa, esa patente requería la aprobación del Parlamento. Transcurrieron dos años y medio—hacia el otoño de 1637—antes que el Parlamento la diese, y entonces lo hizo solamente después de apremiantes solicitudes y vehementes seguridades de las puras intenciones de la naciente Academia. Las gentes chanceras decían que esta

sociedad, con su misión de purificar y embellecer el idioma, llenaba de terror á una corporación de letrados como los del Parlamento francés, asilo de inculca jerigonza y de embrollo.

Este perfeccionamiento del idioma era, en verdad, la declarada y elevada aspiración en las operaciones de la Academia. Los estatutos de fundación, aprobados por Richelieu antes que el edicto real se hubiese expedido, decían expresamente: «La principal atribución de la Academia será trabajar con todo el cuidado y diligencia posibles en dar reglas fijas á nuestro idioma, y hacerlo puro, elocuente y capaz para tratar las artes y las ciencias.» Este celo por hacer un brillante instrumento para el pensamiento de una nación—su idioma—correcto y digno, es, sin duda, un signo lleno de promesas, una importante balanza de su poder futuro. Se ha dicho que Richelieu tenía en su mente la idea de que el francés suce-

diese al latín en su general ascendencia, como el latín había sucedido al griego; si fué así, este deseo se ha cumplido en cierto grado. Pero, de todas suertes, las influencias *éticas* del estilo en el idioma, sus estrechas relaciones con el carácter, tan á menudo indicadas, son importantísimas. Richelieu, hombre de inmensa cultura, y al mismo tiempo, de elevado carácter, las sentía profundamente; y el que haya tratado de regularizarlas, fortalecerlas y perpetuarlas por una institución que perfeccionase el lenguaje, es una admirable prueba de su espíritu de gobierno y de su genio.

Sin embargo, no era esto todo lo que tenía en su imaginación. La nueva Academia, aumentada á corporación de cuarenta miembros, y con propósito de contener los principales literatos de Francia, iba á ser un *tribunal literario*. Antes de ser publicadas las obras de sus individuos, habían de

traerse para ser criticadas, y si las encontraban en regla, se publicarían con su aprobación declarada. Las obras de otros escritores, que no fuesen miembros de la Academia, podrían también pasar por su revisión, á petición de ellos mismos. Además de esto, la Academia examinaba y juzgaba con pruebas y discusiones las obras ya publicadas, de autores que estuviesen vivos ó muertos, y los asuntos literarios en general. El famoso dictamen sobre *El Cid* de Corneille, dado por la Academia en 1637, por urgente petición de Richelieu, cuando este poema, que ocupaba fuertemente la atención pública, fué atacado por M. Scudery, demuestra cuán de lleno asignaba Richelieu á su nueva creación el deber de actuar como un tribunal supremo de literatura, y cuan pronto comenzó á ejercer de hecho esta función. Una persona (1) que había cono-

(1) La Mesnardière.

cido á Richelieu, declaró después de la muerte del Cardenal, que tenía proyectada una institución aún más grandiosa que la Academia, una suerte de asamblea europea de arte, ciencia, y literatura, un Prytaneum, donde los principales autores de toda Europa se reuniesen en una residencia central, y viviesen con tranquilidad, comodidades, y honor; ese era un sueño que no se desarraigará por haberse arrancado con violencia. Pero el proyecto de formar un alto tribunal de las letras no fué un sueño para Francia; Richelieu lo cumplió en gran medida. Esto es lo que por su representación es la Academia; lo que siempre ha pretendido ser; lo que de vez en cuando ha sido; por ser, ó procurar ser ésto, más aún que por lo que ha hecho en el idioma, tiene en Francia tanta importancia. Su tarea es dar ley y tono á la literatura, y que ese tono sea elevado. «Richelieu», dice M. de Sainte-Beuve, «quería que fuese

un *haut jury*,» un jurado el más escogido y autorizado que pudiera hallarse para todas las materias literarias de importancia que estuviesen en litigio ante el público; para ser como lo fué en efecto en la última mitad del siglo XVIII, «un órgano soberano de la opinión.» «El deber de la Academia», dice M. Renán, «*est maintenir la délicatesse de l'esprit français*—conservar intacta la brillante cualidad del ingenio francés; representa una especie de *maitresse en fait de bon ton*» la autoridad de una maestra reconocida en materias de esquisito tono y gusto.

«Todas las edades, dice otra vez M. Renán, han tenido su literatura inferior; pero el gran peligro de nuestro tiempo es, que ésta tiende cada vez más á alcanzar plaza de superior. Nadie tiene una prerrogativa como la de la Academia para combatir este mal»; la institución, como dice no sé dónde, que tiene facilidades especiales para

«crear una forma de cultura intelectual que se impondrá en todas partes.» Monsieur de Sainte-Beuve y M. Renán, son críticos muy sagaces; y lo manifiestan señaladamente por reconocer y dar este carácter tan sobresaliente á la Academia francesa. Un empeño tal de erigir una autoridad reconocida, imponiéndonos un noble modelo en materias de inteligencia y gusto, tiene muchos enemigos en el linaje humano. A todos nos gusta ir por nuestro camino, sin que nos obliguen á salir de la atmósfera de la vulgaridad, que es la habitual para los más;—*was uns alle bändigt*, dice Goethe, *das Gemeine*.» Queremos que se nos deje acostar cómodamente en la paja vieja de nuestros hábitos, especialmente de los intelectuales, aunque esta paja no esté muy limpia y escogida. Pero si el esfuerzo en limitar esta libertad de nuestra condición inferior encuentra, como es regular que suceda, enemigos en la

humanidad, también halla auxiliares. Dice Cicerón, que de las cuatro mayores partes de lo *honestum* ó bueno que forma la materia sobre la cual el *officium* ó deber humano encuentra empleo, una es la de fijar un *modus* y un *ordo*, una medida y una regla, para amoldar y reprimir saludablemente nuestra facultad de acción, levantándola por encima del nivel que tiene si se la deja entregada á sí misma, y aproximarla á la perfección. De las criaturas vivientes, dice, sólo el hombre se siente impulsado tras el *quid sit ordo quid sid quod deceat in factis dictisque qui modus* la revelación de un método, de una ley del buen gusto, de una regla para sus palabras y acciones. Los demás animales siguen sumisamente la ley de su naturaleza; solo el hombre tiene un impulso que le guía á instituir alguna otra ley para dominar la tendencia de su índole.

Por supuesto, que esto tiene tanta

influencia en las materias morales como en las intelectuales, pero generalmente es en las morales en las que solemos pensar cuando lo aseguramos. M. de Sainte-Beuve, no tenía por lo visto, en la memoria, esas palabras de Cicerón cuando hizo, acerca de la nación francesa, la aserción que voy á citar; pero, á pesar de todo, el aserto se apoya en la verdad que encierran las palabras de Cicerón, y las explica y confirma admirablemente. «En Francia, dice M. de Sainte-Beuve, la primera consideración para nosotros no es si quedamos recreados y complacidos con una obra de arte ó de imaginación, ni si nos conmueve. Lo que buscamos sobre todo, es saber si *tenemos razón* en estar recreados, en aplaudirla y en ser conmovidos por ella.» Estas son palabras muy notables, y según creo, verdaderas en lo principal. Un francés tiene en alto grado, en materias de la inteligencia, lo que uno puede

llamar conciencia; y una viva creencia de que hay en ellas bueno y malo, que está obligado á honrar y obedecer lo bueno, y que se deshonra adhiriéndose á lo malo. Todo el mundo tiene, ó profesa tener, esta conciencia en asuntos morales. La palabra *conciencia*, en el uso popular, ha llegado á quedar confinada casi, á la esfera moral, por que esta viva susceptibilidad de sentimiento es en lo moral mucho más común que en lo intelectual; cuanto más viva es en lo moral, más dispuesto está un hombre á admitir una norma severa de acción, un ideal autorizado para enderezar sus costumbres diarias; y la admisión voluntaria de tal autoridad es debida á la sensibilidad de conciencia. Como la deferencia á un modelo más ilustrado que el propio, y al reconocimiento respetuoso de un ideal superior, es causada, en la esfera intelectual, por la sensibilidad de la inteligencia. Los que tienen la inteligencia

más despierta, más viva y sensible, están prontos á guardar esta deferencia; los que la tienen menos delicada y sensible están menos dispuestos á reconocer esta superioridad. Ahora ya estamos en camino de ver por qué los franceses tienen su Academia y nosotros no la tenemos.

¿Cuáles son las cualidades esenciales del espíritu de nuestra nación? De ningún modo las de una imaginación franca y despejada, ni una inteligencia viva y flexible. Nuestros admiradores más fervorosos no pretenderían que nos los concediesen en un grado máximo; podrían decir que los tenemos más de lo que creen nuestros detractores, pero no afirmarían que sea nuestra cualidad principal. Más bien alegarían como principales dotes nuestros, la energía y la rectitud; y si somos juzgados favorablemente y en absoluto, sin envidia é injusticia, sin duda la energía y la rectitud son nuestras

principales cualidades, y no una imaginación franca y clara, ni una inteligencia viva y flexible. En tiempos antiguos, la claridad de imaginación y viveza de la inteligencia fueron propiedades muy señaladas del pueblo ateniense, y esas mismas cualidades son notablemente características del pueblo francés en los tiempos modernos; por lo menos, le distinguen con evidencia comparado con el nuestro. Creo que todos ó casi todos conocerán eso. No preguntaré ahora qué otras cualidades tiene el espíritu ateniense ó el francés, ni qué poco afortunadas pueden ser las que tengan en contra; lo que quiero indicar es que tienen estas y nosotros las tenemos en grado mucho menor.

Que se me permita observar, sin embargo, que no sólo en la esfera moral, sino también en la intelectual y espiritual, la energía y la rectitud son propiedades más importantes y fértiles;

que, por ejemplo, la parte más esencial de lo que llamamos ingenio vigoroso. Asignando así á una nación la energía y rectitud como sus principales cualidades espirituales—al rehusarle entre sus cualidades eminentes, la claridad de imaginación y flexibilidad de inteligencia—de ningún modo disminuimos, como algunas gentes podrían suponer, su importancia y su poder para mostrarse eficiente en lo intelectual y en lo moral. Sólo indicamos sus condiciones especiales de actividad próspera en la esfera intelectual, y, como es cierto, algunas imperfecciones y faltas á las que estará siempre sujeta. El genio es sobre todo un asunto de energía, y la poesía lo es de ingenio; por lo tanto, una nación cuyo talento se distingue por la energía, puede ser eminente en poesía, y nosotros tenemos á Shakespeare. El más elevado alcance de la ciencia se puede decir que es la potencia inventiva, una facultad de intuición

semejante al dominio más elevado ejercido en la poesía; por lo que, una nación cuyo espíritu está caracterizado por la energía, puede ser eminente en la ciencia, y tenemos á Newton. Shakespeare y Newton: en la esfera intelectual no puede haber nombres más esclarecidos. Y lo que la energía, que es el alimento del genio, pide por encima de todo, es libertad; independencia completa de toda autoridad, prescripción y rutina, el espacio más amplio para extenderse como quiera. De suerte, que una nación cuyo rasgo espiritual característico es la energía, no será muy apta para instituir en asuntos intelectuales un modelo fijo, una autoridad como la de una academia; con esto evita ciertas inconveniencias y peligros reales, y al mismo tiempo puede, como hemos visto, alcanzar innegables y espléndidas alturas en la poesía y en la ciencia.

Por otra parte, algunos de los requi-

sitos del trabajo intelectual son especialmente asunto de viveza de imaginación y flexibilidad de inteligencia. En la labor intelectual, la forma, el método de evolución, la precisión, las proporciones y las relaciones de las partes con el todo, dependen principalmente de ellas. Y esos son los elementos que están más en comunicación y pueden aprenderse y adoptarse, y hacer el mayor efecto en la composición intelectual de los demás. Aun en la poesía, son muy importantes estos requisitos, y la poesía de una nación que no es eminente por las dotes de las cuales depende, sufrirá más ó menos por esta desventaja. Sin embargo, en la poesía, después de todo, son secundarios, y la energía es lo principal; pero en la prosa son de primera importancia. En su literatura en prosa, y en la rutina del trabajo intelectual, una nación que no tiene dotes particulares para eso no será tan afortunada.

Estas son las que, como he dicho, pueden aprenderse y adaptarse, mientras que la genuina actividad del genio no se adquiere. Las academias las consagran y sostienen, y por tanto, una nación con notables aptitudes de adaptación, es natural que las establezca. En tanto que la rutina y la autoridad tiendan á embarazar la energía y el genio inventivo, pueden ser un obstáculo para su desarrollo, y hasta cierto punto para el del espíritu humano en general. Pero este mal está compensado con creces por la propagación en gran escala de las aptitudes y pretensiones mentales que la flexibilidad y viveza inteligentes engendran, y á la larga el ingenio toma también gran parte en esta propagación, y corporaciones como la Academia Francesa, tienen tal poder para promoverla, que su existencia es, en conclusión, quizá más bien favorable que embarazosa para el progreso del espíritu humano en general.

¡Cuánto más importante es nuestra nación en la poesía que en la prosa! En las producciones de su espíritu, ¡cuánto mejor se manifiestan las cualidades del ingenio que las de la inteligencia! En las obras individuales puede uno observar esto constantemente. Un inglés de buen talento, pero que no está significado como poeta, ¡cuánto más notable es en verso que en prosa! Sus versos se resienten en parte de que no sea poeta en realidad, y en cierto modo de los mismos defectos que, sin duda, echan á perder su prosa, y no puede expresarse con todo acierto. ¡Pero cuánto más se destaca su personalidad, por la fuerza del sentimiento y de la originalidad y movimiento de las ideas, que escribiendo en prosa! Con un francés de igual temple sucede lo contrario: ponedle á escribir poesía, es limitada, artificial é impotente; ponedle á escribir en prosa, y es galano, natural y eficiente. El poder de la literatura

francesa está en sus prosistas, el dominio de la inglesa en sus poetas. Y aun muchos de los poetas franceses muy celebrados dependen en cierto modo para su fama de las cualidades de inteligencia que demuestran, cualidades que son el principal sostén de la prosa; la fama de muchos prosistas ingleses célebres depende enteramente en sus cualidades de ingenio é imaginación que son el distintivo apoyo de la poesía. Pero, como he dicho, las condiciones del ingenio son menos transmisibles que las de la inteligencia; no se pueden aprender inmediatamente ni apropiarse su producto; son menos directas y comunicativas, aunque pueden ser más hermosas y divinas. Shakespeare y nuestro ilustre grupo del reinado de Isabel eran escritores mejor dotados que Corneille y su grupo; pero cuál fué la continuación de esta ilustre literatura, de la literatura de ingenio, como podemos llamarla, ampliándola

desde Marlow á Milton, ¿á dónde llevó á la literatura inglesa? á nuestra tosca literatura de segunda clase del siglo xviii.

Por otra parte, ¿qué secuela ha tenido la literatura francesa del «gran siglo», como, por comparación con la nuestra del tiempo de Isabel podemos llamarlo; á dónde la condujo? A la del siglo xviii, una de las intervenciones intelectuales más poderosas y penetrantes que han existido, la fuerza mayor de Europa en ese siglo. En la ciencia, pues, hemos tenido á Newton, un genio del orden más elevado, el tipo del genio en la ciencia, si hubo alguno. En el continente, como una especie de equivalente á Newton, brilló Leibnitz; hombre, que me parece aún que en estas materias hablo sin competencia, de mucha menos energía creadora, y mucho menos poder de intuición que Newton, pero de admirable inteligencia, el tipo de la inteligencia en la cien-

cia, si hubo alguno. Y bien, ¿á dónde llevaron directamente á la ciencia? ¿qué generación intelectual se originó de uno y otro? No hago más que repetir lo que los hombres de ciencia han indicado. El hombre de genio fué continuado por el analizador del siglo xviii, discípulos ineptos en comparación del renombrado maestro. Al hombre de inteligencia siguieron sucesores como Bernouilli, Euler, Lagrange y Laplace, los nombres más insignes en las matemáticas modernas.

Lo que deseo que el lector vea, es que la cuestión, cuanto á la utilidad de las academias para la vida intelectual de una nación, no está aclarada cuando decimos, por ejemplo: ¡Oh, nunca tuvimos una academia, y sin embargo tenemos reconocidamente una literatura muy importante! Resta preguntar: ¿que suerte de literatura importante? ¿Lo es por las especiales condiciones del ingenio ó por las cualidades especiales

de la inteligencia? Si en el primer caso no es de ningún modo seguro que la literatura ó la vida intelectual de nuestra nación en general haya adquirido ya sin academias todo lo que éstas pueden proporcionar á una y otra, pueden faltarles algunas de las cualidades de inteligencia que dimanar de una corporación como la Academia Francesa, y que ésta contribuye mucho á extender y confirmar. Nuestra literatura, á pesar del ingenio que manifiesta, puede ser deficiente en la forma, método, precisión, proporciones y arreglo, cosas propias de la inteligencia. Puede ser floja en la prosa, ramo de la literatura que es peculiar á la inteligencia, para decirlo todo de una vez. En esta rama pueden verse muchas faltas graves ligadas á la carencia de una inteligencia viva y flexible, y de la estricta norma que esa tiende á imponer; puede estar llena de accidentes, crudezas, provincialismos, excentricidades y yerros. Puede

ser un medio intelectual menos comunicativo y eficaz, sobre nuestra nación y á la larga sobre el mundo, que otras literaturas que demuestran acaso menos genio, pero más inteligencia.

La verdadera conclusión es, de cierto, que deberíamos ensayar, hasta donde podamos, el enderezar nuestras desventajas; y para este fin en lugar de fijar siempre nuestros pensamientos en los puntos en que nuestra literatura está fuerte, los fijemos de vez en cuando en los que está débil, y aprendamos así á percibir con claridad lo que tenemos que enmendar. ¿Cuál es nuestro segundo rasgo espiritual, nuestra rectitud, y para qué es buena si no para esto? Pues lo será—estoy seguro—cada vez más, según transcurra el tiempo. ®

Pues bien; una institución como la Academia Francesa—que debe su existencia á una tendencia nacional hacia las cosas del entendimiento, hacia la cultura, la claridad, corrección y pro-

piedad en el pensar y hablar, y á la vez promueve esta afición fija—modelos en diversas direcciones, y crea en todas ellas una fuerza de opinión educada, que separa y rechaza las que no siguen esos modelos ó los menosprecian.

Aquí, como en Francia, existe la opinión ilustrada; pero en Francia, la Academia sirve de centro de donde irradian todas y la dan una fuerza que aquí no alcanza. ¿Por qué todo el trabajo del obrero de la literatura, como yo lo llamaría, es mucho peor hecho aquí que en Francia? No deseo herir las susceptibilidades de nadie; pero, ciertamente, que esto es así. ¡Pensad en la diferencia entre nuestros libros de consulta y los franceses, entre nuestros diccionarios biográficos (como ejemplo patente) y los suyos; pensad en la diferencia entre las versiones de los clásicos traducidos para la librería de M. Bohn, y los traducidos para la colección de Mr. Nisard! Como regla ge-

neral, con dificultad cualquiera de entre nosotros que sepa bien el francés y el alemán, usaría un libro inglés de consulta si podía tener uno francés ó alemán; ni compraría la versión en prosa inglesa de un autor antiguo cuando pudiese adquirir una francesa ó alemana. No es que no exista en Inglaterra como en Francia, un número de personas perfectamente capaces de discernir lo que es bueno en esas cosas, de lo que es malo, y de preferir lo bueno; pero están aisladas, no forman un poderoso núcleo de la opinión, no son bastante fuertes para fijar un modelo al que la literatura diaria sea sometida, si se ha de vender. La ignorancia y el charlatanismo en este género de trabajo, tratan siempre de que sus trabajos sean admitidos como excelentes y claman contra la crítica como la voz de una minoría insignificante y fastidiosa; cuando la minoría está esparcida como aquí, persuaden

fácilmente á la multitud de que esto es así; cuando está congregada como en la Academia Francesa, no es tan fácil. Así, pues, las extravagancias traficando con el idioma, tienden á empañar su poder y belleza; ¡y cuánto más comunes son en nosotros que en los franceses! Tomando un ejemplo familiar; todos han reparado la manera cómo *El Times* escribe la palabra «Diocese»; siempre escribe *diocess* (1), derivándolo, supongo de *Zeus y census*. El *Diario de los Debates* podría también escribir «diocess» en lugar de «diocèse», pero ¡imaginaos al *Diario de los Debates* haciéndolo así! ¡Imaginaos un francés ilustrado permitiéndose una ortografía antigua de este género, frente al grave acatamiento con que la Academia y su diccionario revisten al idioma francés! Algunas gentes dirán que estas son pequeñeces y no lo son,

(1) *El Times* ha dejado ya de escribirlo así, y se sirve de la manera usual.

porque dan mal ejemplo. Tienden á esparcir la perjudicial idea de que no hay cosa como la de un modelo correcto en materias intelectuales; que puede cada uno tomar su camino, y están en oposición con la severa disciplina necesaria á toda cultura verdadera; nos confirman en las hábitos de la obstinación y excentricidad que malea nuestros entendimientos, y perjudica nuestro crédito entre las personas serias. El difunto Mr. Donaldson fué, ciertamente, hombre de gran capacidad, y yo, que no soy un orientalista, no pretendo juzgar su *Jashar*: pero que el lector observe la forma en que da su opinión sobre él un orientalista extranjero. M. Renán lo llama una *tentative malheureuse*, un disparate, en pocas palabras; puede que sea así ó que no sea; yo no soy juez. Pero él continúa: «Es asombroso que un artículo reciente (alude á un periódico francés), haya dado á luz, como la última palabra de

clara interpretación alemana, una obra como ésta, compuesta por un doctor de la Universidad de Cambridge, y universalmente condenada por los críticos alemanes.» Ya veis lo que da á entender; una extravagancia de este género, no podía venir de Alemania, donde hay una fuerza poderosa de opinión crítica que censura los caprichos de un literato y le endereza; viene de la tierra natal de la excentricidad intelectual de todas clases (1)—de Inglaterra, de un doctor de la Universidad de Cambridge—me atrevo á decir que no esperaría mejores cosas de un doctor de la Universidad de Oxford. Además, después de hablar de lo que Alemania

(1) Un crítico declara que estoy equivocado, al decir que las palabras de M. Renán dan á entender esto. Sigo creyendo que en el lenguaje de M. Renán hay un matiz, una *nuance*, que tácitamente lo implica; pero declaro abiertamente, que la única persona que puede zanjar esta cuestión es el mismo M. Renán.

y Francia han hecho para la historia de Mahoma, «América é Inglaterra, continúa M. Renán, también se han ocupado de Mahoma». Menciona *La Vida de Mahoma*, de Washington Irving, que, según dice, no demuestra mucho sentimiento histórico, un *sentiment historique, fort, élevé*; «pero, prosigue, este libro demuestra un verdadero progreso cuando uno piensa que en 1829 Mr. Carlos Forster publicó dos gruesos volúmenes que encantaron á los *reverendos* ingleses, para probar que Mahoma fué el cuerno pequeño del macho cabrío que figura en el capítulo octavo de Daniel, y que el Papa era el cuerno grande. Mr. Forster fundó sobre este ingenioso paralelo toda una filosofía de la historia, según la cual el Papa representaba la corrupción de la cristiandad del Occidente y Mahoma la del Oriente; de ahí los notables parecidos entre el mahometanismo y el papado».

Y en una nota, M. Renán añade: «Este es el mismo Mr. Carlos Forster, que es autor de una mixtificación acerca de las inscripciones sinaíticas, en la que declara que halla el lenguaje primitivo.» Que es tanto como decir: «es un inglés, no hay que sorprenderse de ninguna extravagancia». Si estas insinuaciones no tuviesen fundamento y fuesen hechas por odio ó malicia, no valdrían un momento de atención; pero vienen de un grave orientalista, sobre el asunto que le es peculiar, y señalan un hecho verdadero; la ausencia en este país, de alguna fuerza de opinión ilustrada, literaria y científica, que deje fuera de debate aberraciones como la del autor de *El Idioma primitivo*. No sólo el autor de tales aberraciones, siendo con frecuencia hombre despejado, padece por la falta de censura, por no ser enderezado y gastar en vano la fuerza en una senda falsa, la que, con mejor disciplina, hubiera

usado útilmente en una verdadera, sino que todos sus parciales, «reverendos» y demás, padecen también, y la clase general de información y opinión quedan de este modo muy malparadas. En una producción que todos hemos leído últimamente, impresa con una propiedad literaria muy rara en este país, y de la que tendré que decir una palabra inmediatamente, con *urbanidad*; en esta producción, obra de un hombre que ningún hijo de Oxford puede nombrar sin simpatía, hombre que el único de su generación de Oxford, y único de muchas generaciones, nos transmitió con su genio ese mismo encanto, é inefable sentimiento que causa ese precioso sitio, quiero decir, el Dr. Newman, se usa con frecuencia una expresión que es más común en el lenguaje teológico que en el literario; pero que me parece á propósito para un servicio general, la *nota* de esto y lo otro, la nota de Catolicismo, de anti-

güedad, de santidad y demás. Adoptando esta expresiva palabra, digo que en la mayor parte de la labor intelectual de una nación que no tiene un centro, una metrópoli de la inteligencia como una Academia, como el «soberano órgano de la opinión» de M. de Sainte-Beuve, «la reconocida autoridad en materias de tono y gusto» de M. Renán, se observa una *nota de provincialismo*. Desembarazarse de eso es un cierto progreso de cultura, un paso para el resultado positivo al que no damos demasiada importancia, pero que es, sin embargo, indispensable, para llevarnos á la altura donde puede decirse que justamente comienza la labor superior. La obra hecha por el modelo de los hombres que alcanzaron esta llanura es *clásica*, y la única que habrá de subsistir. La *hez* que hay en las obras de los hombres de gran talento que no han arribado á esta altura á eso se debe. El ingenio les alza por mo-

mentos, y las partes de su trabajo que son inmortales están hechas en estos momentos; pero muchas más serian inmortales si no hubiesen alcanzado la altura sólo por momentos, y hubiesen tenido la cultura de los hombres que viven en ella. Cuanto menos una literatura ha sentido la influencia de un supuesto centro de correcta información, juicio y gusto, más hallaremos en ella esta nota de provincialismo, y si la tiene por estar lejos de tal centro, al no haberlo se hace todavía más visible y más común. Pues las mayores facultades del entendimiento no bastan al hombre, esas grandes facultades le harán guiarse á sí mismo, y pensar con profundidad, en medio de la ignorancia y vulgaridad que le rodee; pero no conservará su gusto y estilo perfectamente puros y firmes, si permanece demasiado entregado á sí mismo, sin un «soberano órgano de la opinión» en las materias que le ocupan. Aun en hom-

bres como Jeremías Taylor y Burke, se echa de menos. Ved este pasaje del sermón funeral sobre lady Tarbery:

«Del mismo modo que he visto un río, hondo y apacible, pasando con silenciosa corriente y mansa superficie, ir á pagar al *fisco*, á la inmensa tesorería del mar, un tributo liberal y copioso; y muy inmediato á él un arroyuelo, saltando en burbujas y bullicioso, sobre su fondo desigual y cercano; pagando al ajustar su cuenta después de todo su estrépito jactancioso, nada más que la renta de una nubecilla ó el agua que puede contener una vasija, así he comparado algunas veces el fervor de su religión á las solemnidades y exterioridades famosas de la piedad de otras.»

Ese pasaje ha sido muy admirado, y tiene, á la verdad, un ingenio innegable. Por mi parte diría que el ingenio, divinidad que dirige la poesía, estuvo demasiado solícito, y la inteligencia,

divinidad que dirige la prosa, no lo fué bastante. Pero nadie que tenga en su mente los mejores modelos de estilo, puede dejar de advertir la nota de provincialismo, la falta de sencillez, de medida y de todas las cualidades que hacen clásica á la prosa. Si no advierte lo que digo, que coloque al lado del pasaje de Taylor este del panegírico de San Pablo, de Bossuet, contemporáneo de Taylor:

«Il ira, cet ignorant dans l'art de bien dire, avec cette locution rude, avec cette phrase qui sent l'étranger, il ira en cette Grèce polie, la mère des philosophes et des orateurs; et malgré la résistance du monde, il y établira plus d'Eglises que Platon n'y a gagné de disciples par cette éloquence qu'on a crue divine.»

Ahi tenemos prosa sin nota de provincialismo, prosa clásica, prosa del centro.

O leed á Burke, nuestro prosista in-

glés más ilustre, á mi juicio; ved su manera de expresarse:

«Ofuscados ellos mismos, como toros que cierran los ojos para embestir, empujan con las puntas de las bayonetas á sus esclavos, no menos cegados, por cierto, que sus dueños y poniendo en circulación sus invenciones, como cosas de valor corriente, les hacen tragar píldoras de papel á la dosis de treinta y cuatro millones de libras esterlinas.»

O esto:

«Ellos lo usaban (el nombre real) como una especie de cordón umbilical para alimentar su abortada prole desde las entrañas de la realeza misma, ahora que el monstruo provee por sí á su subsistencia, únicamente lo llevará como una marca, como una señal de haber sido arrancado del vientre que lo engendró.»

O esto:

«Sin la pena natural, él (Rousseau)

arroja como si fuesen desperdicios de basura el fruto de sus asquerosos amores, enviando sus hijos á la iuclosa.»

O esto:

«Confieso que jamás me ha gustado esta continua charla de resistencia y revolución, ni la costumbre de hacer su pan de cada día con la medicina extrema de la constitución. Eso hace el trato social peligrosamente valetudinario, es tomar dosis de mercurio sublimado periódicamente, y tragar repetidos estimulantes de cantáridas por amor á la libertad.»

Encuentro que esto es una prosa extravagante, entregada á su capricho y tolerada en demasía, muy alejada del centro del buen gusto, y por consiguiente, con la nota de provincialismo. Las gentes acaso repliquen que es rica en colorido. Sí, así es en efecto; es prosa *asiática*, como dirían los antiguos críticos, prosa rica y sobrecarga-

da de barbarismos. Pero la prosa verdadera y pura es la *ática*.

Pues la prosa de Addison es *ática*. Y entonces, ¿dónde está su nota de provincialismo? Contesto, en la vulgaridad de las ideas (1). Es asunto que vale la pena de una observación. Addison pretende ir á la cabeza de la fila como mo-

(1) Un crítico dice que esto es paradójico, y arguye que muchos académicos franceses de segundo orden han expresado las ideas más vulgares. Convengo en eso; pero Addison no es un hombre de segundo orden. No diré que sea como Pascal, pero de cualquiera manera, es de la categoría de La Bruyère y de Vauvenargues: ¿por qué no se pone á su nivel? Yo digo que es por el medio en que se encuentra, por el medio ambiente en que vive y trabaja, ambiente que es adverso, ó más bien, que *tiende* á serlo (pues ese es el modo más verdadero de suponerlo) tanto en el estilo como en las ideas; tiende á igualar á un hombre de gran capacidad, sea á un Mr. Carlyle ó sino á un Mr. Macaulay.

No obstante, hay que observar que el estilo de Mr. Macaulay ha sufrido menoscabo por falta también de ideas, y no puede decirse esto de Addison.

ralista. Para hacer eso debéis tener ideas de primer orden sobre vuestro objeto—las mejores ideas asequibles en vuestro tiempo—como también ser capaz de expresarlas en un estilo perfectamente puro y seguro. De otro modo mostraréis en esa materia la distancia en que estáis del centro de las ideas, sois provinciano en vuestra materia, aunque no lo seáis en el estilo. Poco importa comparativamente expresarse uno bien, si sólo se expresan ideas vulgares; el problema es expresar ideas nuevas y profundas en estilo perfecto, puro y clásico. En cada siglo, el que hace eso, es el clásico verdadero. Y Addison no tiene sobre asuntos morales la fuerza de ideas de los moralistas de primera clase; de los moralistas clásicos no tiene la superioridad en las ideas de su tiempo que entonces flotaron en el aire y fueron después acogidas por los espíritus refinados: en sagacidad, eficacia y delicadeza de pen-

samiento no tiene comparación con Pascal ó La Bruyère ó Vauvenargues; en este punto, más bien está al nivel de un hombre como Marmontel. Por eso, digo que tiene como moralista la nota de provincialismo; lo es en su asunto aunque no en el estilo.

Aclararé mis palabras con un ejemplo. Addison, como moralista, dice sobre estabilidad en la fe religiosa: «Los que se recrean en leer libros de controversia, llegan raras veces á tener una perseverancia en la fe fija y serena. La duda que se aquietó revive á través, y se manifiesta en nuevas dificultades; y por esta razón, es por lo que la imaginación, que se agita en controversias y disputas, está pronta á olvidar las razones que la tranquilizaron y á inquietarse con la perplejidad anterior al aparecer en otra forma ó ser suscitada por diferente causa.»

Puede decirse que es inglés clásico, perfecto en lucidez, modo y propie-

dad. No tengo objeción que hacer; pero, á mi vez, digo que la idea expresada es de todo punto trivial y estéril, y que es una nota de provincialismo en Addison, el hombre á quien una nación presenta como uno de sus insignes moralistas, no tener una idea de más fundamento y más efecto sobre este importante asunto. Comparad estas palabras, sobre el mismo argumento, de un moralista de primer orden, que en realidad es del centro por sus ideas, Joubert: «*L'expérience de beaucoup d'opinions donne à l'esprit beaucoup de flexibilité et l'afermit dans celles qu'il croit les meilleures.*» ¡Con qué llamarada de luz ilumina eso el tema! ¡Cómo nos deja meditando! ¡Qué sincera contribución es para la ciencia moral!

En suma, donde no hay un centro como una academia, si tenéis ingenio y vigorosas ideas, no por eso estáis en disposición de poseer el mejor estilo; si tenéis precisión de estilo y no in-

genio, no sois idóneo en las mejores ideas.

Además, el espíritu provinciano exagera el valor de sus ideas por falta de no tener á la mano una elevada norma para probarlas. O más bien, por no tener tal norma, da demasiado valor á una idea á espensas de otras; las ordena mal; la fantasía lo atropella, y le agradan y desagradan con demasiada pasión y exclusivismo. En la admiración llora lágrimas histéricas, y en la desaprobación echa espumarajos de cólera. Por eso tenemos en la literatura dos maneras: la *volcánica* y la *agresiva*; la primera prevalece en nuestra crítica, y la última en nuestros periódicos. Pues no teniendo la lucidez de una vasta inteligencia colocada como punto central, el espíritu provinciano no tiene su benignidad; no persuade, hace la guerra; no tiene urbanidad, el tono de la ciudad, del centro, que siempre aspira á un efecto in-

telectual, y no excluyendo el uso de la zumba no la separa de la cortesía y de la afabilidad. El tono provinciano es más violento y parece pretender más bien hacer efecto en los sentidos materiales que sobre el espíritu y la inteligencia; le gusta más pegar fuerte que persuadir. El periódico, con su espíritu de partido, su marcha y su manera resuelta de evitar matices y distinciones, sus artículos sucintos, punzantes y recargados, su estilo que en nada se parece á ese estilo, *lenis minimeque pertinax*—comedido y sin insistir con demasiada violencia—que los antiguos admiraban tanto, es su verdadera literatura; al espíritu provinciano le gusta en el periódico justamente lo que lo hace de mal alimento, precisamente lo que hizo decir á Goëthe cuando se le apremió acerca de la inmoralidad de los poemas de Byron, que después de todo no eran tan inmorales como los periódicos. Los france-

ses hablan de la *brutalité des journaux anglais*. Lo que les sorprende viene de las tendencias inherentes á periódicos escritos sin tener en Inglaterra un centro de espíritu inteligente y cortés que les contenga, y ser más bien estimulados por estar en contacto con el espíritu provinciano. Hasta un periódico como la *Revista del Sábado*, ese antiguo amigo nuestro, periódico que aspira expresamente á la exención del vulgar espíritu de sus colegas, pretendiendo ser una especie de órgano de la razón—y por esto merece mucha gratitud y ha hecho gran bien—hasta la *Revista del Sábado*, replicando á alguna crítica extranjera sobre nuestras precauciones contra la invasión, cae en un tono de este género: «Nos parece que hacer esto (tomar estas precauciones), es eminentemente digno de una gran nación, y hablar de eso, como indigno de una nación poderosa, nos parece eminentemente digno de un gran tonto.»

A cosas así se refieren los franceses cuando hablan de la *brutalité des journaux anglais*; ved ahí un estilo tan apartado de la cortesanía como es posible, con la nota que yo llamo de provincialismo. Y no deja de observarse con frecuencia la misma nota en las ideas de este periódico, lleno como está de entendimiento y habilidad; se permite ciertas ideas fijas que prevalecen demasiado en absoluto. No hablaré del presente inmediato, pero volviendo un poco atrás, ha hecho la crítica que tanto disgustaba al Emperador de los franceses, que tanto desagrada al objeto de mis presentes observaciones, las academias; la crítica, que fué tan apasionada del elemento alemán en nuestra nación y en todas partes, que aprieta los dientes si uno dice *Charlemagne* en lugar de *Carlos el Grande*, y, en suma, que veía todas las cosas en el teutonismo como Malebranche las veía todas en Dios. Cierto que cual-

quiera puede muy bien encontrar faltas en el emperador Napoleón ó en las academias, y mérito en el elemento alemán; pero es una nota de provincialismo no apoyar ideas de este género con más serenidad sin alborotarse por ellas y sin convertirlas en manías.

En Inglaterra hubo necesidad de un milagro de ingenio como el de Shakespeare para producir una balanza de entendimiento, y un milagro de delicadeza intelectual como la del Dr. Newman para producir la urbanidad de estilo. Como se nota en nuestro alrededor la falta de una balanza en una y otra cosa, ¡cuánto, sin duda, se echa de menos en nosotros mismos, en cada uno de nosotros!; pero tal como está constituido el linaje humano, puede verlo más claro en sus contemporáneos. Y, sobre todo, deberíamos reflexionar por qué razón ellos y nosotros estamos expuestos á las mismas influencias; y vale más hacer las consideraciones

fijándose en un contemporáneo de talento esclarecido, porque con eso siente uno más lo que le desmerece, y comprende mejor cuán superior sería libre de ellas. Hay que pensar en la diferencia de cómo sería Mr. Ruskin ejerciendo su ingenio, y cómo es ejerciendo su inteligencia al considerar el colorido y la belleza de esto.

« Al pasear, en tiempo de primavera, por las praderas que se extienden en declive desde las orillas de los lagos suizos hasta el principio de las colinas, ved cómo crece la hierba, espesa y lozana, mezclada con las más erguidas gencianas y los lirios blancos; y cuando seguís las tortuosas sendas de las montañas, bajo las frondosas bóvedas que forman las arqueadas ramas cubiertas de flores—sendas que serpenteando por las verdes eminencias y mesetas descienden en ondulaciones perfumadas hasta las azuladas aguas, junto á las que se ven aquí y allá mon-

tones de heno recién segado embalsamando el aire con el olor más suave—mirad hacia las montañas más altas, donde las ondas de un verde eterno se mueven silenciosamente en sus distantes espesuras entre las sombras de los pinos...»

Eso es lo que hace la imaginación, el sentimiento, el temperamento de Mr. Ruskin, la parte original é incommunicable, ¡y cuán exquisita es! Todo lo que le sería posible sugerir á la crítica como objeción, sería quizá que Mr. Ruskin hace más de lo que puede para escribir en prosa; que lo que intenta así, sólo en la poesía es capaz de cumplirlo á su completa satisfacción; pero lo hace con tal galanura, que el crítico puede vacilar al hacer la advertencia. Colocad al lado de este fragmento encantador otro acerca de los nombres de los personajes de Shakespeare, donde la inteligencia y criterio de Mr. Ruskin, la parte comunicable,

adquirida, enseñada, está en juego y ved la diferencia:

«De los nombres de Shakespeare hablaré después con más despacio: son curiosos, y á menudo con barbarismos mezclados de varias tradiciones é idiomas. Tres de significado más claro han sido ya anotados. Desdémona, *suerte desdichada*, es también bastante sencillo. Otelo es, según creo, el receloso; toda la calamidad de la tragedia nace del único defecto y error en su magnífica fuerza reunida. Ofelia, servicial, la ingenua esposa perdida para Hamleto, tiene un nombre griego como el de su hermano Laertes; y su significación alude á la vez de un modo delicado á la última palabra de ese hermano sobre ella, que opone su dulce encanto á la inutilidad del grosero clero: «mi hermana será un ángel de *caridad*, mientras tú molestas aullando». Hamleto está, en mi creencia, relacionado con recto; pues el completo

enredo de la tragedia está en hacer traición al respeto del hogar. Hermione, como columna, Titania la reina; Benedick y Beatriz, bendita y bendición; Valentina y Proteo, perseverante ó fuerte (*valens*) y veleidosa. Yago y Yachimo tienen evidentemente la misma raíz, es probable que sea el Yago, Jacobo, español, el suplantador.»

¡Qué trozo extravagante es todo ese! no diré que el significado de los nombres de Shakespeare (dejo aparte la cuestión cuanto á la corrección de las etimologías de Mr. Ruskin) no haga algún efecto á primera vista, pero darle ese grado de preeminencia es soltar las riendas á la fantasía, olvidar toda moderación y proporción para perder la balanza del entendimiento. Es para mostrar en la crítica la nota de provincialismo al mayor grado.

Además, ahí está Mr. Palgrave, dotado ciertamente de un tacto crítico

muy delicado: su *Tesoro de oro* lo prueba en abundancia. El orden del plan trazado para esa obra, el modo con que siguió su plan, la incorporación para aumentar su continuación con dos composiciones como las de Wordsworth y Shelley que forman los volúmenes 285 y 286 de su colección, demuestran una delicadeza de sentimiento en estas materias que es sin disputa extraordinaria. Y sus notas están llenas de observaciones que también lo hacen ver. Lo más sorprendente son ciertas extravagancias en la crítica de Mr. Palgrave, asociadas á tan justo criterio, que se pueden achacar á la aislada posición del crítico en este país, á sentirse demasiado entregado á sí mismo, sin ninguna autoridad central que represente la cultura elevada y el sano criterio, por la cual pueda ser, por un lado, como ratificado contra los ignorantes, y por otro contenido, cuando se incline á tomarse libertades. Me re-

fiero á tales cosas como esta nota al tratar de Milton: «El ilustre conquistador Emathian mandó conservar...»

«Cuando Tebas fué destruida, Alejandro ordenó que se conservase la casa de Pindaro. *El era tan incapaz de apreciar al poeta, como Luis XIV de apreciar á Racine; pero aun el entendimiento limitado y bárbaro de Alejandro comprendió la ventaja de un acto ostentoso de homenaje á la poesía.* Una nota como esa, la llamo un capricho ó una violencia; si esta comparación burlesca de Alejandro y Luis XIV, tan poco conforme á la manera de ver corriente, es mala — si el modo de ver corriente es, después de todo, el más verdadero — la nota es un capricho; pero aun siendo justo el propósito de menosprecio, la nota es una violencia; pues abandonando la ingenua manera de la acción intelectual, la persuasión, la insinuación de la convicción sorprende é irrita al oyente, por contradecir sus

ideas fijas y familiares sin una palabra de prueba ó preparación; y esto no es más que una violencia. En cualquier caso, la propiedad, la medida, la centralización, que es el alma de todo crítico bueno, se pierde mostrando la nota de provincialismo.

De esta suerte, en el famoso *Handbook*, se notan señales de un fino criterio, pero también las hay de la falta de una balanza segura, del sostén y restricción que da el saber que habla uno delante de jueces justos y severos. Cuando á Mr. Palgrave le desagrade una cosa, no siente la presión que le contenga, sea para probar con más atención su aversión ó para expresarla con moderación; no se para en barras, hace ver su desagrado como quiere, y su criterio y su estilo ganarían si estuviesen más sujetos. «El estilo que ha llenado á Londres con la monotonía apagada de las calles de Gower ó de Harley, ó la insípida vul-

garidad de Belgravia, Tyburnia y Kensington; que ha penetrado en París y en Madrid con las febles frivolidades de la calle de Rivoli y la calle de Toledo.» Le desagrada la arquitectura de la rue Rivoli, y la pone al nivel de la arquitectura de Belgravia y Gower Street; las reúne en una sola condena, pierde de vista el matiz, la distinción, que es el todo en eso, á saber: la distinción de que la arquitectura de la rue Rivoli expresa ostentación, esplendor y placer, cosas indignas quizá de expresarse solas y á su manera, pero que las expresa; mientras que la arquitectura de Gower Street y Belgravia sólo expresan la impotencia del arquitecto para expresar nada. Después, en cuanto al estilo, «la escultura que prevalece en contraste con la de Woolner con dificultad es más ignominiosa que divertida... pasando de Davy ó Faraday al arte del juglar ó á la ciencia de machamartillo... es la

vieja y antigua historia de Marochetti, la rana tratando de hincharse hasta las dimensiones de un toro; se hincha cuanto puede, pero no llegará á eso. Todos recordamos qué turbión de amonidades llovieron sobre el pobre M. Marochetti. Además, Mr. Palgrave nos da oportunidad para formar un contraste que nos haga ver lo que es la presencia de una academia para el estilo; pues cita una crítica de M. Gustavo Planche sobre este mismo Marochetti. M. Gustavo Planche era un crítico de primer orden, con opiniones resueltas que expresaba con severidad; condenaba también la obra de M. Marochetti, y Mr. Palgrave le llama como testigo para justificar lo que dice; la traducción de Mr. Palgrave no exagerará la urbanidad de Mr. Planche, tratándose de M. Marochetti, pero aun en esta traducción, se ve la diferencia en sobriedad y moderación entre el crítico que escribe en París y el que escribe

en Londres. «Estas condiciones son tan elementales, que no puedo comprender cómo M. Marochetti las ha descuidado. Son soldados como los de plomo con que juegan los niños pequeños; es casi imposible conjeturar si hay un cuerpo debajo del uniforme. Esta no es cuestión de estilo, ni siquiera de gramática; no es más que el alfabeto del arte. Quebrantar estas condiciones es lo mismo que ignorar cómo se escribe.»

Esa es una crítica más formidable que la de Mr. Palgrave, y sin embargo, ¡qué estilo tan perfectamente templado! La ventaja que tiene M. Planche, es que sabe que está hablando delante de jueces competentes, que apela á una fuerza de opinión ilustrada. Por esta razón, no necesita ser extravagante prorrumpir en invectivas; debe satisfacer la razón y el gusto, esa es su tarea. Mr. Palgrave, por su parte, siente que está hablando delante de una multitud confusa, con los pocos jueces jus-

tos tan esparcidos como sin autoridad; por lo cual, no tiene serena confianza ni dominio sobre sí mismo; se apoya en la fuezza de sus pulmones, sabe que las pabras fuertes se imponen al populo, y que si son ultrajantes, los que le oyen están dispuestos á decir aún más (1). Los dos primeros volúmenes de la *Invasión de la Crimea* de Mr. Kinglake, fueron ciertamente de los que han tenido más éxito y renombre entre los libros ingleses de nuestro tiempo. Su estilo era de lo mejor en ellos, y sin embargo, ¡qué falta evidente en el estilo de Mr. Kinglake en este modo de recargar de que ya he hablado! Mr. James Gordon Bennett, del *New York Herald*, dice, según creo, que la mayor hazaña de la inteligencia humana es

(1) Cuando escribí esto tenía á la vista la primera edición del *Handbook* de Mr. Palgrave. Estoy obligado á decir que se han suprimido en la segunda edición muchas de las palabras duras, y que su estilo queda suavizado.

conseguir lo que él llama «un buen editorial». Esto no es así del todo; pero si lo fuese, ¿á qué altura estarían esos dos volúmenes de Mr. Kinglake? Ya he hablado de los estilos ático y asiático; hay además el corintio, que es el estilo para «un buen editorial» y Mr. Kinglake ha alcanzado en él la perfección. No tiene vehemente calor, el alegre movimiento y suave flexibilidad de la vida, como la tiene el ático, ni la recargada abundancia y encumbrado tono del asiático; tiene brillo sin calor, volubilidad sin facilidad y eficiencia sin encanto. Su cualidad es no tener *alma*; para lo que existe es para llegar á sus fines, decir sus agudezas y hacer daño á sus adversarios, para ser admirado y triunfar. Un estilo tan inclinado á hacer efecto á expensas del alma, sencillez y delicadeza, tan poco estu- dioso del encanto de los buenos modelos, tan lejos de la verdad y gracia clásicas, puede decirse que tiene la

nota de provincialismo. Aunque el talento de Mr. Kinglake es en realidad eminente, y tan en armonía con nuestras tendencias y hábitos intelectuales, que, para la mayor parte del pueblo inglés, las faltas de su estilo le parecen méritos, lo que se necesita más es que la crítica no se ofusque por ellos.

No debemos comparar á un hombre del talento literario de Mr. Kinglake con escritores franceses como M. de Bazancourt. Debemos compararlo con M. Thiers. ¡Y qué superioridad de estilo tiene M. Thiers, por haber sido formado con severas tradiciones y saludables influencias de límite! Aun en este tiempo de Mr. James Gordon Bennett, su estilo no tiene nada de corintio, su ligereza y brillantez lo hacen casi ático. No obstante, no lo es del todo, no tiene la infalible seguridad del gusto ático.

Algunas veces se le calienta la cabeza con los humos del patriotismo, y entonces traspassa la línea, pierde la

moderación, declama, y hace asomar una sonrisa momentánea. Francia condenada «à être l'effroi du monde, dont elle pourrait être l'amour». César, á quien M. Thiers admira tanto por su exquisita sencillez, no hubiera escrito eso. Si se me permite decirlo así, hay un mínimo toque de fatuidad en tal lenguaje, de esa falta de buen sentido que viene de demasiada vehemencia y satisfacción propia. Pero comparad este lenguaje con el del mariscal Saint-Arnaud de Kinglake «despedido de la presencia» de lord Raglan ó lord Stratford, «intimidado y aplastado» con sus «severas censuras», ó bajo «la majestad del ceño de Kanning, el gran Elchi y los gruesos labios inhumanos». La falta de buen sentido y buen gusto va más allá de lo que los franceses dan á entender por *fatuity*; lo llamarían con otra palabra que expresase un defecto de perturbada inteligencia, palabra para la que no tenemos equiva-

lencia exacta en inglés, *bête*. Es la diferencia de un exceso de buen carácter venial y momentánea, en un hombre de mundo, de una debilidad amable y social, la vanidad; y un error serio, fijo, violento, mezquino y provinciano, de todo el valor relativo de las cosas de unos y de las de otros. Tan perjudicial para el estiló puede ser la falta total de freno, aun para el hombre más despejado.

En todo lo que he dicho, no pretendo que los ejemplos dados prueben mi regla cuanto á la influencia de las academias; sólo la explican. Es probable que podrían hallarse contra ella muchos otros; la verdad de la regla depende, sin duda, en si la balanza de todos los ejemplos está ó no en su favor, pero herir actualmente esta balanza queda siempre fuera de cuestión. Aquí, como en todas partes, la regla, la idea, si es verdadera, se recomienda por sí sola á los prudentes, y luego los

ejemplos se la ponen más claro. Este es el verdadero uso de los ejemplos, y esto sólo es el propósito que yo me he propuesto. Hay también otro punto en toda la cuestión: el de la acción perjudicial y restrictiva que pueden tener las academias; pero este punto más bien les toca estudiarlo á los franceses y no á nosotros.

El lector preguntará por alguna conclusión definitiva acerca del establecimiento de una academia en este país, y acaso con dificultad le daríamos la que espera. Pues las naciones tienen sus propios modos de obrar, y éstos no se cambian fácilmente; están consagrados, cuando se han hecho grandes cosas por medio de ellos. Cuando una literatura ha producido á Shakespeare y á Milton, cuando ha producido á Barrow y á Burke, no puede abandonar del todo sus tradiciones; en el día de hoy, con dificultad puede empezar con una institución como la

Academia Francesa. Creo que las academias, con una mira limitada, especial y científica, en las diversas ramas del trabajo intelectual—como, por ejemplo, las de Berlín—con el tiempo probablemente las estableceremos. Y no hay duda de que harán bien; de que la presencia de tales centros de información influyente y correcta, tenderá á levantar entre nosotros el modelo para lo que hemos llamado el *obrero de la literatura*, y nos librará del escándalo de diccionarios biográficos, tales como el de Thalmers, ó de traducciones como una reciente de Spinoza, ó quizá de caprichos filológicos como el de Mr. Forster acerca del primitivo lenguaje. Pero una academia como la francesa, un órgano soberano de la opinión literaria más elevada, una autoridad reconocida en materias de tono y gusto intelectual, difícilmente la tendremos, y acaso no debemos desear tenerla. Pero por esta razón, cada

uno de entre nosotros, con alguna disposición para la literatura, hará bien en recordar á cuántos desaciertos y excesos estamos sujetos de los que una academia tiende á corregir; y más propensos, por supuesto, por no tenerla. Hará bien en precaverse constantemente respecto á éstos, en ampliar con firmeza su cultura y reprimir severamente el espíritu provinciano; y lo hará tanto mejor, cuanto más conserve en la memoria que toda glorificación de nosotros mismos y de nuestra literatura, por el estilo de las palabras que cité de lord Macaulay al comenzar estas observaciones, es muy vulgar, y, además de ser vulgar, es un atraso.

ENRIQUE HEINE

No sé si merezco que algún día pongan sobre mi ataúd una corona de laurel. A pesar de lo tiernamente que he amado la poesía, nunca ha sido para mí más que un juguete sublime. En ningún tiempo he dado gran valor á la celebridad poética; y me inquieta poco que las gentes elogien ó censuren mis versos. Pero depositen sobre mi ataúd una *espada*; pues siempre he sido un soldado intrépido en la guerra de la independencia de la humanidad.»

Heine tenía su buena parte de amor por la fama, y le importaba tanto como

uno de entre nosotros, con alguna disposición para la literatura, hará bien en recordar á cuántos desaciertos y excesos estamos sujetos de los que una academia tiende á corregir; y más propensos, por supuesto, por no tenerla. Hará bien en precaverse constantemente respecto á éstos, en ampliar con firmeza su cultura y reprimir severamente el espíritu provinciano; y lo hará tanto mejor, cuanto más conserve en la memoria que toda glorificación de nosotros mismos y de nuestra literatura, por el estilo de las palabras que cité de lord Macaulay al comenzar estas observaciones, es muy vulgar, y, además de ser vulgar, es un atraso.

ENRIQUE HEINE

No sé si merezco que algún día pongan sobre mi ataúd una corona de laurel. A pesar de lo tiernamente que he amado la poesía, nunca ha sido para mí más que un juguete sublime. En ningún tiempo he dado gran valor á la celebridad poética; y me inquieta poco que las gentes elogien ó censuren mis versos. Pero depositen sobre mi ataúd una *espada*; pues siempre he sido un soldado intrépido en la guerra de la independencia de la humanidad.»

Heine tenía su buena parte de amor por la fama, y le importaba tanto como

á cualquiera de sus colegas de *genus irritabile* que las gentes encareciesen sus versos ó los censurasen. Tenía en sí escasas dotes de héroe. La posteridad de seguro decorará su tumba con el emblema del laurel antes bien que con el de la espada. No obstante, para sus contemporáneos, para nosotros, para la Europa del siglo actual, tiene significativa importancia, principalmente por la razón que indican sus citadas palabras. Es importante porque fué un soldado en la guerra de liberación de la humanidad, si no en extremo valiente, por lo menos el más fervoroso y de mayor ingenio.

Fijar la corriente dominante en la literatura de una época, y diferenciarla de toda otra corriente de menor cuantía, es uno de los más severos deberes del crítico; al cumplirlo, demuestra hasta dónde posee la cualidad más indispensable de su profesión: la rectitud de juicio. El escritor que más ha

hecho para que los autores alemanes sean conocidos, hombre de talento, pero que acaso carece precisamente de esta cualidad de rectitud de criterio—me refiero á Mr. Carlyle—pienso que da prueba en sus trabajos sobre la literatura alemana, de cuán necesaria es esta cualidad para el crítico. Mr. Carlyle habló de Goethe admirablemente; pero Goethe se alza ante los ojos de todos los hombres como centro indudable de la literatura alemana; y desde este céntrico manantial parten muchos ríos. ¿Cuál de esos ríos lleva la corriente principal? ¿Cuál de los elementos de ingenio que vemos activos en Goethe lleva la corriente que influirá más en el porvenir, y engrosará seguida por los más viriles sucesores de Goethe?—esa es la cuestión. Me parece que Mr. Carlyle concede demasiada importancia á la escuela romántica de Alemania—Tieck, Novalis, Juan Pablo Richter—y da á estos escrito-

res, de verdadera valía dos de ellos, inmerecida preeminencia. Estos escritores, y otros con igual tendencia y pretensiones que las suyas, no son los verdaderos herederos y continuadores del poderío de Goethe. A las obras de Heine es adonde afluye más esta corriente esencial; Heine, mucho más que Tieck ó Juan Pablo Richter, es el continuador de lo que en las diversas aptitudes de Goethe hay de mayor vigor y vitalidad; de todos los autores alemanes que sobrevivieron á Goethe, sobre Heine se extendió indudablemente mayor jirón de su manto. No doy al olvido que cuando Mr. Carlyle se ocupaba de la literatura alemana, Heine, destacándose claramente en el horizonte, no brillaba en todo su esplendor; no olvido, asimismo, que después de diez ó veinte años se aclaran muchas cosas ante el crítico que antes le hubiera sido difícil discernir; y nadie de seguro pensaría en atribuir á

Carlyle como una falta el que años atrás equivocase la corriente central de la literatura alemana, desdeñando la aparición de Heine, y concediendo indebida importancia á esa escuela romántica que Heine iba á destronar; puede más bien señalarse como una desventura enviada quizá en ligero castigo á un crítico que—hombre de talento como es, y nadie reconoce su talento con más admiración que yo—para ejercer las funciones de crítico tiene la obstinación y excentricidad algo excesivas, de un verdadero hijo de la Gran Bretaña.

Heine es digno de atención, porque es el alemán sucesor y continuador de Goethe, más notable en la vía de mayor importancia de su ingenio y actividad. ¿Y qué derivación es esta? Su actividad enérgica como «soldado en la guerra liberal de la humanidad».

Con dificultad hubiera aceptado el mismo Heine esta filiación, aunque

era hombre de un entendimiento demasiado elevado para denigrar las prendas de Goethe, como algunos vulgares liberales de Alemania. «El aire de la Revolución de París», escribe después de los tres días de 1830, «revivó algo las luces en la oscura noche de mi patria, y prendió fuego á los purpúreos doseles de uno ó dos tronos alemanes; pero los anticuados serenos que vigilan los reinos alemanes, están acudiendo ya con las bombas de incendios, y cuidarán en adelante de tener las velas con los pábilos más cortos. ¡Pobre pueblo alemán, no desmayes del todo en tus cadenas! La cota de hielo que se estila, se derrite con el calor de mi corazón; mi alma se estremece y arden mis ojos; esta es una situación desfavorable para un escritor que debiera dominar el asunto de que trata, conservándose perfectamente objetivo como la escuela artística lo quiere y como hizo Goethe; por este medio

ha llegado á cumplir ochenta años, á ser ministro y á estar considerado. ¡Pobre pueblo alemán! ¡Ese es tu más grande hombre! Pero oid á Goethe mismo: «Si fuese á decir lo que yo he sido para los alemanes en general y para los poetas jóvenes de Alemania en particular, diría que he sido su *libertador*.»

Los tiempos modernos se encuentran con un vasto sistema instituido, hechos establecidos, dogmas acreditados, usos, costumbres y reglas que les han venido de antiguo. En esta situación se desliza su vida, aunque tienen la sensación de que este orden de cosas no es creación suya, y bajo ningún concepto responde convenientemente en á lascesidades de su vida actual, que tiene para ellos la fuerza del hábito pero no la de la razón. Despierta esta sensación, es el grito de alerta del espíritu moderno. En casi todas partes está al presente despierto el espíritu

moderno. La sensación de que no hay correspondencia entre las formas de la Europa moderna y su espíritu nuevo, entre el espumoso vino de los siglos XVIII y XIX y las viejas botellas de los siglos XI y XII, y aun del XVI y XVII, casi todos lo reconocen en la actualidad; ya no es peligroso afirmar que existe esa falta de correspondencia; ya las gentes comienzan á tener rebozo en negarlo. Todos los que tenemos facultades para trabajar, debemos tratar de disolver el antiguo orden de cosas europeo en sus ideas y hechos dominantes; lo que tenemos que estudiar es no emplear acres disolventes para conseguirlo.

Y cómo lo hizo Goethe, ese gran disolvente, en un tiempo en que había muchos menos que ahora, cómo progresó en su tarea de relajar y libertar á la Europa moderna de la antigua rutina, el mismo nos lo dirá: «Por mi influjo, los poetas alemanes se han

hecho cargo de que, así como el hombre vive del interior al exterior, así el artista debe trabajar del interior al exterior, con la mira de que, haga los rodeos que quiera, su propia individualidad salga á luz. Puedo notar con claridad dónde se ha hecho sentir esta influencia mía: brota de ella un género de poesía especial, y sólo por este camino es posible ser original.»

Mi voz nunca se unirá á los que declaman contra Goethe, y si se ha dicho que lo que antecede es defectuosa é impotente conclusión, á la declaración de Goethe de haber sido el libertador de los alemanes en general y de los jóvenes poetas alemanes en particular, yo digo que no lo es. El arraigado é imperturbable naturalismo de Goethe es en absoluto fatal á todo pensamiento de rutina; de una vez para siempre clavó la insignia en el interior de cada hombre, en lugar de hacerlo en su exterior: cuando él dijo,

tal cosa debe ser así, tenía inmensa autoridad y costumbre en su favor para que así sea — así ha sido por mil años — contesta con olimpica cortesía. ¿Pero *es* así? Lo es para *mí*? En realidad nada podía ser más subversivo para el fundamento del orden sobre el cual se asentaba la vieja Europa, y obsérvese que no hay personas tan radicalmente desligadas de este orden establecido, tan por completo modernizadas, como esas que han sentido más intensamente la influencia de Goethe. Si se ha dicho que Goethe declara haber influido en esta senda á pocas personas, y esas eran poetas, se puede responder que no podía al cabo haber tomado mejor camino para atraer la atención del mundo; pues la poesía es sencillamente el modo de decir las cosas más hermoso, más expresivo y de mayor efecto, y por esto tiene importancia. A pesar de eso, el progreso liberal como Goethe lo trabajaba, aunque

seguro, es sin duda lento; llegó, como dice Heine, á cumplir los ochenta años elaborándolo así, y al cabo de ese tiempo la antigua máquina de la Edad Media continuaba crujendo, las treinta cortes alemanas y sus chambelanes subsistían en todo su esplendor; el mismo Goethe era ministro, y el triunfo visible del espíritu moderno sobre la arbitrariedad y la rutina parecía tan lejano como siempre. Era el año de 1830; los soberanos alemanes habían pasado los precedentes quince años quebrantando las promesas de libertad que habían hecho á sus súbditos cuando necesitaron su auxilio en la lucha final con Napoleón. Graves sucesos acaecían en Francia; la revolución, derrotada en 1815, se había repuesto de su derrota y arrebatava el poder á sus adversarios. Enrique Heine, joven de talento nacido en Hamburgo, y con toda la cultura germánica, pero judío de raza; con vehementes simpatías por

Francia, cuya revolución concediera á su raza los derechos de ciudadanía y cuyo gobierno había sido, como es bien sabido, popular en las provincias del Rhin, donde pasara su juventud; con apasionada admiración por el gran emperador francés; con iracundo menosprecio hacía los soberanos que le habían degradado, por sus agentes, y por su política Enrique Heine no estaba de humor en 1830 para proceder en el expediente liberal contra el antiguo orden de cosas tan gradualmente como Goethe había procedido. Su consejo fué la guerra abierta. Tomando en la mano esa terrible arma moderna, la pluma, pasó el resto de su vida en feroz combate. ¿Qué batalla fué esa? preguntará el lector. Fué un combate á muerte con el filisteísmo. ¡El filisteísmo!... no tenemos esa expresión en inglés. Quizá no tenemos la palabra porque tenemos demasiado la cosa. Me figuro que en Solés no se hablaría de

solecismos; y aquí, en el mismo cuartel general de Goliat, nadie habla de filisteísmo. Los franceses han adoptado el apodo burgués de *épicier* (especiero) para designar el carácter á que los alemanes llaman filisteo; pero el vocablo francés, además de que echa un borrón sobre una clase respetable compuesta de vivos y susceptibles miembros, mientras los filisteos originales están muertos y sepultados largo tiempo hace, es en sí mismo, yo creo, mucho menos propio y expresivo, en realidad, que el apodo alemán. Se han hecho esfuerzos para obtener algún término en inglés equivalente á *filisteo* ó *especiero*; Mr. Carlyle hizo varios; «la respetabilidad con sus mil peones» —dice— el poseedor de cada uno de esos peones es, según significa Mr. Carlyle, un filisteo. Sin embargo, la palabra *respetable* tiene demasiado valor para ser pervertida con su propio significado. Si los ingleses han de tener

una palabra para la cosa de que estamos hablando— y tan prodigiosos son los cambios que introduce el espíritu moderno, que hasta los ingleses llegaremos quizá á necesitar algún día tal palabra — creo que mejor haríamos en adoptar el mismo término de *filisteo*.

En la imaginación de los que inventaron el apodo *filisteísmo*, debe haber significado originalmente un antagonista fuerte, tenaz, sin cultura intelectual, contra los escogidos, contra los hijos de la luz. El partido de innovación, los que querían ser renovadores del antiguo sistema tradicional en Europa, los que invocaban la razón contra lo establecido, los representantes del espíritu moderado en todas las esferas á que puede aplicarse, se consideraban, con la vigorosa confianza en sí mismos propia de reformadores como gentes escogidas, como hijos de la luz. Miraban á sus adversarios como gentes necias, esclavas de la rutina, enemigas

de la ilustración; estúpidas y torpes pero al mismo tiempo muy fuertes. Esto explica el amor que Heine, ese paladín del espíritu moderno, tiene por Francia, explica la preferencia que da á Francia sobre Alemania; «los franceses—dice—son el pueblo escogido de la nueva religión; sus primeros evangelios y dogmas han sido escritos en su idioma; París es la nueva Jerusalén y el Rhin es el Jordán que separa la Tierra Santa de la libertad de la tierra de los filisteos». Quiere significar que los franceses, como pueblo, se han mostrado más accesibles á las ideas que cualquiera otro pueblo; que las arbitrariedades y la rutina los han dominado menos que á otros; que se han manifestado más dispuestos á moverse y levantarse al mandato (real ó supuesto) de la razón. Esto explica también el odio que Heine sentía por los ingleses: «yo me establecería en Inglaterra—dice en su destierro—si

no hubiese de encontrar allí dos cosas: el humo del carbón y los ingleses; no puedo vivir con uno ni con otros». Lo que él aborrecía en los ingleses era la «ächtbrittische Beschränktheit», como él la llama—la natural rigidez británica.—A la verdad, aunque los ingleses han modificado profundamente el sistema medioeval, aunque es amplia la libertad que se han proporcionado, han procedido en todas sus transformaciones, usando una expresión familiar, á pulgaradas; lo que para ellos era inconveniente en absoluto lo suprimieron, y al suprimirlo no porque no fuese razonable, sino por ser inconveniente en la práctica, rara vez apelaron á la razón para derogarlo, pero si era posible, apoyándose en algún precedente, en alguna orden ó fórmula, que servía como instrumento adecuado á su propósito, les evitaba la necesidad de recurrir á los principios generales. De esta manera ha llegado á ser, en

cierto sentido, el pueblo más inaccesible á los ideales y el que más se inquieta de ellos; inaccesible porque no le son familiares, y le inquietan porque ha crecido tan perfectamente sin ellos, que desprecia á los que no habiéndose desarrollado tan bien, hacen tanto alboroto para alcanzar lo que ellos consiguieron sin ruido. Pero de esto, ciertamente, se ha originado en este país algún abatimiento general de buen concierto; hemos pensado que para nosotros la Filistea es la verdadera Tierra de Promisión, y nada más que eso; el que ha nacido amante de las ideas, execrador de vulgares principios generales, debe sentir en este país que el cielo sobre su cabeza es de bronce ó hierro. El, entusiasta del ideal y la razón, valúa la razón y las ideas, por lo que en sí son, las valúa sin considerar las prácticas conveniencias que su triunfo puede aportarle; y el hombre que contempla la posesión de las

conveniencias prácticas como algo suficiente en sí mismo, algo que le compensa de la ausencia y renunciación del ideal y la razón, es á sus ojos un filisteo. Por esto es por lo que Heine ataca á los liberales con tanta frecuencia y tanta saña; tanto como aborrece el régimen conservador, odia el filisteísmo, y todo el que ataca lo establecido con miramiento, y no como un hijo de la ilustración y progreso, no en el nombre de la idea, es un filisteo. Nuestro Cobbett, á pesar de sus ataques al clero y á la aristocracia, á los que él abomina tanto, es por esto un filisteo con seis dedos en cada mano y en cada pie, veinte y cuatro en junto; un filisteo, el arma cuya aguda lanza es igual al cilindro de un tejedor. Habla de él así:

«Al traducir las palabras de Cobbett, el hombre aparece corporalmente ante mi imaginación, como le vi en aquella tumultuosa comida en la taberna de

la Corona y el Ancora, con su roja cara regañona y su risa original, en la que un odio venenoso se mezcla al burlesco regocijo de la próxima y segura caída de sus enemigos. Es un mastin encadenado que se lanza con igual furia sobre todo lo que no conoce, que muerde con frecuencia las pantorrillas del mejor amigo de la casa, ladra sin cesar y precisamente por su eterno ladrar no se le atiende, aun cuando ladre á un verdadero ladrón. Por lo tanto, los distinguidos ladrones que saquean á Inglaterra no creen necesario arrojar un hueso á Cobbett para que deje de gruñir. Esto hace que el perro esté furioso y feroz, y muestra todos sus hambrientos dientes. ¡Pobre viejo Cobbett! ¡Es el perro de Inglaterra! Yo no te amo, porque mi alma aborrece toda naturaleza vulgar; pero me inspiras profunda lástima, porque veo que te esfuerzas en vano en soltarte y lanzarte á esos ladrones, que

pasan con su botín por delante de tus ojos, burlándose de tus saltos infructuosos y de tus impotentes gruñidos.»

Hay bálsamo de Filistea como lo hay de Gilead. Un círculo escogido de miembros del espíritu moderno perfectamente emancipados de preocupaciones y vulgaridades, considerando el lado ideal de las cosas en sus esfuerzos para el cambio desprecian con vehemencia las medidas graduales condescendiendo con la locura y obstinación humana, seguidos por una multitud descarriada, tímida, entorpecida, conducen un país al gobierno de Bismarck, el canciller de hierro. Una nación que mira el lado práctico de las cosas, el esforzarse en obtener un cambio, no ataca lo que es absurdo, sino lo que es de urgente inconveniencia; y atacándolo en masa, « moviéndose todos si al fin hay movimiento », y tratando á los hijos de la ilustración como á la más dura madrastra, llega á

la prosperidad y libertad de la moderna Inglaterra. Sin embargo, á pesar de todo eso, la Filistea (permítaseme decirlo otra vez) no es la verdadera tierra prometida, como los ingleses comúnmente imaginamos ser; y nuestra excesiva negligencia del ideal y consiguiente ineptitud para él, nos amenaza con serias vicisitudes futuras en el momento en que la idea comienza á ejercer verdadero poder en la sociedad humana, y entretanto nos elimina la simpatía de otras naciones que sienten su poder más que nosotros.

Pero en 1830 Heine halló muy pronto que las bombas matafuegos de los gobiernos alemanes eran ineficaces contra sus esfuerzos directos al incendio «¿Qué demonio me arrastró—exclama—á escribir mis *Cuadros de viaje*, á editar un periódico, atormentarme por los intereses de nuestra época y tratar de despertar la infeliz gleba alemana que duerme en su agujero

el sueño de mil años? ¿Qué conseguí con eso? La gleba sólo abrió los ojos para cerrarlos en seguida, sólo dió un bostezo para roncar de nuevo más alto que antes; estiró sus entumecidos y torpes miembros para quedar después más inmóvil y yacer como un cadáver en la antigua cama de sus habituales costumbres. Preciso es que yo descanse; ¿pero dónde he de hallar un lugar de reposo? No puedo permanecer por más tiempo en Alemania.»

Esta es la cuenta burlesca que Heine da de sus esfuerzos en sublevar á Alemania; veamos luego la patética relación que de ellos hace; por unir tanta viveza de imaginación á tanto sentimiento es un escritor notable: «El emperador Carlos V se encontraba en el Tirol, en dolorosos peligros, sitiado por sus enemigos. Todos sus caballeros y cortesanos le habían abandonado; ninguno fué en su ayuda. No sé si tenía entonces la cara redonda como

un queso con que Holbein nos lo ha pintado. Pero estoy seguro que su labio caído, en desprecio del género humano, acentuaba más el gesto que en sus retratos. ¿Cómo no despreciar la raza que en el esplendor de su prosperidad le había lisonjeado á porfía, y ahora, en su triste conflicto, le dejaba enteramente solo? De pronto se abrió la puerta y entró un hombre embozado, y cuando dejó caer la capa, el emperador reconoció á su fiel Conrado del Rosen, el bufón de la corte. Este hombre le traía consuelo y consejo, ¡y era el bufón de la corte!»

—«¡Oh, tierra natal alemana! ¡Querido pueblo alemán! Yo soy tu Conrado del Rosen. El hombre cuyo especial empleo era el de divertirte, y que en los buenos tiempos se desvivía por hacerte reír; viene á tu prisión en la hora de aflicción; bajo mi capa te traigo aquí cetro y corona; emperador mío, ¿no me reconoces? Si no puedo librar-

te, al menos te consolaré, y tendrás contigo una persona siquiera con quien charlar de tu aguda pena, y que te anime y te ame, y cuya mayor gracia y mejor sangre estará á tu servicio. Pues tú, pueblo mío eres el verdadero emperador, el verdadero señor de la tierra; tu voluntad es soberana, y más legítima que ese purpúreo *Tel est notre plaisir*, que invoca un derecho divino sin otra legalidad mejor que las unciones de afeitados y tonsurados juglares; tu voluntad, pueblo mío, es el único legítimo principio de poder. Aunque al presente estás encadenado, tu legítima causa prevalecerá al fin y al cabo; el día de la libertad se acerca, y comienza una nueva era. Emperador mío, la noche concluye, y aparece brillante el alba rojiza.

—»Conrado del Rosen, bufón mío, te equivocas; quizá tomas por el sol el brillo del hacha del verdugo, y sólo es sangre el rojo amanecer.

—»No, emperador mío, es el sol, aunque está saliendo por el Occidente; por espacio de mil años ha salido siempre por el Oriente; tiempo es ya de que haya un cambio.

—»Conrado del Rosen, mi bufón, has perdido las campanillas de tu rojo capuz, y ¡tiene ahora un aspecto tan extravagante ese rojo capuz!

—»¡Ah! Emperador mío, tu desgracia me hizo sacudir la cabeza con tanta fuerza y violencia, que las campanillas de bufón han saltado de mi capuz; pero no por eso está peor el gorro.

—»Conrado del Rosen, bufón mío, ¿qué ruido es ese ahí fuera, como de romper y estallar algo?

—»¡Calla! Eso es el hacha y la sierra del capintero, y pronto las puertas de tu prisión se abrirán con violencia, y serás libre, emperador mío.

—»¿Soy, pues, emperador en realidad? ¡Ah, olvidaba que es el tonto quien me lo dice!

—» ¡Oh, no suspires, mi querido amo! El aire de la prisión te hace tan desconfiado; cuando llegues á adquirir de nuevo tus derechos, volverás á sentir correr por tus venas la valiente sangre imperial, y serás altivo como un emperador, y violento, y majestuoso, injusto, risueño é ingrato, como son los príncipes.

—» Conrado del Rosen, bufón mío, ¿qué harás tú cuando yo esté en libertad?

—» Cosaré otra vez las campanillas á mi capuz.

—» Y ¿cómo recompensaré tu fidelidad?

—» ¡Ah, querido amo, no dejándome morir en una zanja!»

Deseo hacer notar el lugar que corresponde á Heine en la moderna literatura europea, el vuelo de su actividad, y su valimiento. No intento dar aquí detallada relación de su vida, ni una descripción de cada una de sus

obras. En Mayo de 1831 cruzó su Jordán, el Rhin, y se estableció en su nueva Jerusalén, París. Allí vivió en adelante, yendo, por lo regular, en el verano á algún pueblo de baños, pero no haciendo más que una ó dos breves visitas á Alemania durante el resto de su vida. Sus obras en verso y en prosa se sucedieron unas á otras sin interrupción; una completa edición, llenando siete volúmenes en octavo; cuidadosamente impresa, se ha publicado en América. Por fin apareció en Alemania una edición completa. En las ediciones completas de pocos autores hay tan pequeñas faltas. Los que sólo desean una buena muestra de él, que lean su primera obra de importancia, la obra que hizo su reputación, el *Reisebilder*, ó *Quadros de viaje*; la prosa y el verso, la viveza de ingenio y la seriedad, se confunden en ellos, y esa mezcla, rasgo característico de Heine, no se ha visto practicada con más naturali-

dad y soltura que en sus *Reisebilder*.

En 1847 su salud, que siempre había sido excelente, se quebrantó. Sufrió un ataque de parálisis. Su enfermedad provenía de una debilidad en la médula espinal; era incurable é hizo rápidos progresos. En Mayo de 1848, aun no cumplido el año de su primer ataque, salió á la calle por última vez; pero el mal tardó más de ocho años en matarle. Casi ocho años pasó inerte en un lecho sin poder hacer uso de sus miembros, consumido hasta el tamaño de un niño, tan flaco y consumido que una mujer podía llevarle en brazos; perdida la vista de un ojo, y oscurecida la del otro, necesitando para ver con él tener levantado con un dedo el párpado paralizado; y además de todo esto sufriendo á breves intervalos acci-
 dentes de agonía nerviosa. He dicho que no era notable por su valentía; pero la asombrosa fuerza de espíritu con que en medio de todos los sufri-

mientos conservó la actividad de entendimiento, la viveza de expresión, para continuar escribiendo con el mismo ardor hasta el fin, fué en realidad valerosa. Nada pudo aminorar esa aérea agudeza. «¿Puede V. soplar? *Pouvez vous siffler?*»—le preguntó un día su médico, cuando estaba ya casi sin aliento;—*siffler*, como todos saben, tiene el doble significado de *silbar* y *soplar*.—«¡Ay no! ¡*Helas! non*!»—respondió con voz extinguida; ni siquiera una comedia de M. Scribe: *pas même une comédie de M. Scribe!* M. Scribe es, ó era, el autor dramático de los filisteos franceses. «Mis nervios»—le decía á uno que le preguntaba por el estado de ellos en 1855, el año de la gran Exposición de París, «mis nervios son de una naturaleza tan notablemente desdichada, que estoy convencido de que obtendrían en la Exposición la gran medalla del dolor y desventura.» Leía todos los libros de medicina que trata-

ban de su dolencia. «Pero»—dijo á alguno que le encontró ocupado en eso, «no sé que provecho saco de esta lectura, excepto la de habilitarme para dar conferencias en el cielo sobre la ignorancia de los doctores de la tierra en las enfermedades de la medula espinal.»

Para la mayor parte de nosotros, ¡qué asunto de sombría seriedad son los propios padecimientos! Pero Heine trató de los suyos con esta gracia hasta el fin. Heine murió el 17 de Febrero de 1856, á los cincuenta y ocho años de edad. En su testamento prohibió que sus restos fuesen transportados á Alemania. Yace sepultado en París, en el cementerio de Montmartre.

Su directa acción política fué nula, y esto no hay que extrañarlo ni que sentirlo; la acción directa en la política no es la verdadera facultad de la literatura, y Heine había nacido literato. Aun en su favorita Francia, el giro

tomado en los asuntos públicos no era el que él deseaba, á pesar de que leía á los políticos franceses de otra manera de cómo la mayor parte de nosotros les interpretamos en Inglaterra. Se imaginaba que las cosas tendían allí al triunfo del comunismo; y para un campeón de la idea como Heine, era muy repulsivo lo que en el comunismo hay de grosero y ruín. «Todo es inútil»—exclamaba en su lecho de muerte, «el futuro pertenece á nuestros enemigos los comunistas, y Luis Napoleón es su precursor Juan Bautista.» «Y sin embargo»—añadía con todo su antiguo amor al pueblo francés, esa notable entidad de tanta atracción para él, y tan completamente desconocida en Inglaterra—«no creo que Dios permita que todo esto continúe simplemente como una gran comedia. Aunque en la actualidad los comisionistas lo niegan, El sabe mejor que ellos que vendrá un tiempo en que aprenderán á creer en

El.» Después de 1831 sus esperanzas de hacer zozobrar pronto los gobiernos alemanes se desvanecieron, y su propaganda tomó otro carácter más verdaderamente literario. Tomó el carácter de una vigorosa aplicación del espíritu moderno á la literatura. Dirigió todas sus facultades al asunto principal de sus ideas sobre las ardientes cuestiones de la vida moderna. Tocó todos los puntos importantes en el trascurso de la raza humana, y en esto siguió la tendencia de la extensa cultura germánica, pero los tocó con una varilla que los trajo á todos bajo la luz que á la moderna mirada interesa verlos, y en esto dió una lección á la cultura de Alemania—tan amplia, tan imparcial, que está en disposición de convertirse en floja é impotente, perdiendo sus demostraciones por falta de una rotunda idea céntrica á la cual se agrupan todas sus demás ideas. Por esto la escuela romántica y mística de Alema-

nia malgastándose en la Edad Media, fué sobrepujada por su influencia y llegó á la ruina por sus vanos sueños de renacimiento. Heine, con más honda percepción del encanto místico y romántico de la Edad Media, que Goewes ó Brentano, ó Armin. Heine, el principal poeta romántico de Alemania, es de mayor importancia que un poeta romántico, es un gran poeta moderno, no se deja conquistar por la Edad Media, porque tiene un talismán por medio del cual puede sentir—á la par, ya que no por cima del dominio de la fascinadora Edad Media—el poder de las ideas modernas.

Un crítico francés, al hablar de Heine, cree haber dicho bastante diciendo que Heine proclamó á golpes de tambor las ideas de 1879, en los países alemanes, y que al placentero ruido de su tambor huyeron los fantasmas de la Edad Media. Pero esto tiene un tono demasiado francés para tomarlo en

cuenta. Alemania, esa vasta mina de ideas, no necesita importarlas como tales de ningún país extranjero; y si Heine hubiera importado de Francia á Alemania semejantes ideas, sería como llevar carbones á Newcastle. Pero en lo que Francia, menos contemplativa que Alemania, es notable, es en la impetuosa, ardiente y práctica aplicación de una idea, cuando se apodera de ella, en todas las escalas de la actividad humana que la admite. Y lo que más falta en Alemania, y por echarse de menos, esa iniciativa aparece tan inerte é impotente, es precisamente la aplicación práctica de sus innumerables ideas. «Cuando Cándido — dice Heine — vino á Eldorado, vió en las calles un grupo de muchachos que jugaban con pedazos de oro en vez de guijarros, este grado de lujo le hizo imaginar que serían hijos de rey, y no fué pequeño su asombro cuando supo que en Eldorado los pedazos de oro no

tienen mayor valor que el de los guijarros para nosotros, y que los niños de la escuela jugaban con ellos. Una cosa parecida le sucedió á un amigo mio, extranjero, cuando llegó á Alemania y leyó los primeros libros alemanes. Estaba muy admirado de la riqueza de ideas que hallaba en ellos, pero pronto notó que las ideas en Alemania son tan abundantes como los pedazos de oro en Eldorado, y que aquellos escritores que había tomado por príncipes de la inteligencia, sólo eran en realidad muchachos de escuela.» Heine era, como él mismo se llamaba, un «Hijo de la Revolución Francesa», un «Iniciador», porque aseguró con vigor á los alemanes que las ideas no eran fichas ó guijarros, para jugar á su gusto; porque expuso en la literatura moderna ideas aplicadas con la mayor libertad, claridad y originalidad. Y por esto declaró que la gran tarea de su vida había sido el esfuerzo

en establecer una relación cordial entre Francia y Alemania. Tratando de conseguir una unión entre el espíritu francés y las ideas y cultura alemanas, es como cimenta algo nuevo, abre un periodo no trillado, y merece más la atención de la crítica que los poetas alemanes contemporáneos suyos, que simplemente continúan un antiguo periodo hasta que se extingue. Puede predecirse que también en la literatura de otros países, el espíritu francés está destinado á hacer sentir su influencia — como elemento de novedad y movimiento aliado á la viveza original — como ha influido en la literatura alemana; dentro de cincuenta años un crítico demostrará á nuestros nietos como se ha verificado este fenómeno.

En Inglaterra, en el gran impulso de nuestra literatura durante los primeros treinta años del siglo presente, no hubo manifestación del espíritu moderno tal como se manifiesta en las

obras de Goethe y de Heine. Y la razón no es difícil de buscar. Nosotros no tenemos la riqueza de ideas de los alemanes, ni el entusiasmo de los franceses para aplicarlas. En la masa de la nación reina esa inveterada inaccesibilidad á las ideas, ese filesteísmo — usando el apodo alemán — que las hace rechazar hasta en el talento individual exento de eso. En la época de nuestra más grandiosa literatura, la del siglo de Isabel, la sociedad inglesa en general fué accesible á las ideas, las acogió y se vivificó con ellas hasta un límite, que nunca volvió á alcanzarse en Inglaterra desde entonces. He ahí la única grandeza literaria inglesa de Shakespeare y sus contemporáneos. Fueron poderosamente sostenidos por la vida intelectual de su nación; aplicaron con libertad en la literatura las entonces modernas ideas — las ideas del Renacimiento y la Reforma. — Pocos años después, la importante clase me-

dia, la medula de la nación, la clase cuya inteligente simpatía había sostenido á Shakespeare, entró en la prisión del puritanismo y encerró en él bajo llave, su energía por espacio de doscientos años. «El ensanchó una nación — dice Job — y la estrechó otra vez.»

En el movimiento literario de los comienzos del siglo XIX la señal encaminada á aplicar con libertad el nuevo progreso fué hecha en Inglaterra por dos miembros de clase aristocrática, Byron y Shelley. Las aristocracias, como tales, son naturalmente refractarias á las ideas; pero sus individualidades tienen gran valor y acierto para romper ligaduras; y el hombre de talento, hijo del ideal, cuando nace en la clase aristocrática se irrita contra los obstáculos que le impiden desarrollarlo con libertad. Empero Byron y Shelley no tuvieron éxito en aplicar el progreso á la literatura inglesa, no po-

dian tenerlo: la resistencia para hundirlos, la falta de inteligente simpatía para guiarlos y sostenerlos, fueron demasiado fuertes. Su creación literaria comparada con la de Shakespeare y Spencer, y con la de Goethe y Heine, es una derrota. La más valiosa creación literaria de ese tiempo en Inglaterra dimanó de hombres que no hicieron la audaz tentativa de igual manera que Byron y Shelley. ¿Cuál fué en efecto, el camino recorrido por los principales literatos ingleses contemporáneos suyos? El más notable de ellos, Wordsworth, se retiró á un monasterio (según frase de la Edad Media). Es decir, se sumergió en una vida interna, apartándose voluntariamente del espíritu moderno. Coleridge se entregó al opio. Scott llegó á ser el verdadero cronista del feudalismo. Keats se dedicó con pasión al núnmen patético, á sus dones para interpretar la naturaleza; y murió de consunción á

los veinte y cinco años. Wordsworth, Scott, y Keats han dejado obras admirables; obras más sólidas y completas que las de Byron y Shelley. Pero tienen este defecto, que no pertenecen á la corriente principal de la literatura de las épocas modernas, que no aplican á la vida el progreso de las ideas; por lo tanto forman *corrientes menores* y cualquiera otra obra literaria de nuestros días que tenga el mismo defecto, aunque sea bien aceptada, sólo constituye una corriente de menor cuantía. Byron y Shelley, aunque lo defectuoso de su trabajo práctico está claramente reconocido, quedarán señalados por su esfuerzo ardiente y titánico en afluir al arroyo principal de la literatura moderna; sus nombres serán más ensalzados que sus escritos; *stat magni nominis umbra*.

La buena fortuna literaria de Heine fué superior á la de Byron y Shelley. Su teatro de operaciones era Alemania,

cuyo filisteísmo no consiste en falta de ideales, ni en que sea inaccesible á ellos, pues hierve en ideas y las ama, pero, como he dicho, con débil y vacilante aplicación del progreso moderno á la vida. El profundo modernismo de Heine, su libertad absoluta, su total recusamiento del acopio clásico y romántico, su manera de presentar las cosas bajo el punto de vista de este siglo, fueron comprendidas y escuchadas en Alemania, tanto en virtud de su vasta y tolerante ilustración, como en lo que la hería y afrentaba lo que Heine decía. Al ingenio espiritual y ardiente modernismo de Francia tenía Heine la cultura, el sentimiento y la meditación de Alemania. Esto es lo que le hace tan notable; su maravillosa ingenuidad, gracia é independenciam, unidas á un sentimiento tan profundo y elevado. En nada se encuentra una gracia más chispeante que en su historia del abad francés que era mentor

suyo, y pretendía que le dijese que *der Glaube* es en francés *la Religión*. «Seis veces me hizo la pregunta: Enrique ¿qué es *der Glaube* en francés? y seis veces le contesté con más fuertes sollozos: es *le crédit*. Y á la séptima, el enfurecido preguntón, con el rostro rojo de rabia, gritó: es la *religión*; y una lluvia de bofetones cayó sobre mí, y todos los demás muchachos soltaron á reír. Desde ese día nunca he sido capaz de oír mencionar la *religión* sin sentir correr por mi espalda un estremecimiento, y sin ponerme encarnado de vergüenza.» O en la manera de comentar el destino del catedrático Saalfeld, que había sido dado á escribir folletos contra Napoleón, y que estaba de profesor en Göttingan, gran residencia—según Heine—de pedantería y filisteísmo: «Es curioso—dice Heine—que los tres mayores adversarios de Napoleón hayan acabado todos miserablemente. Castlereagh se degolló; Luis XVIII se

podrió en el trono, y el catedrático Saalfeld está todavía en Göttingan de profesor». Es imposible ir más allá.

¡Cuánto ingenio hay también en ese dicho que todos saben: «El inglés ama la libertad como á su legítima esposa, el francés la adora como á su querida y el alemán la quiere como á su abuela.» Pero el giro que Heine da á este dicho incomparable no es tan conocido; y por ese giro se muestra verdadero poeta, lleno de ternura y delicadeza, de inextinguibles recursos de novedad y resonancia. «Y, sin embargo, á pesar de todo, nadie puede decir cómo resultarán las cosas. El áspero inglés, en una riña con su esposa, és capaz de ponerle cualquier día una sogá al cuello y llevarla á Smithfield para venderla. El inconstante francés puede llegar á ser infiel á su querida adorada, y vérsese revoloteando tras de otra en las cercanías de Palais Royal. Pero el alemán nunca abandonará

del todo á su anciana abuela; le guardará siempre un rincón al lado de la chimenea, donde pueda contar las historias de hadas á los niños que la escuchan.»

¿Es posible indicar con más delicadeza y gracia la debilidad y la fuerza de Alemania, de la admirable Alemania, pedante, ingenua, esclavizada, liberal y extravagante?

¿Y los versos de Heine, sus *Lieder*?
¡Oh, qué consuelo, después de tratar de ingenios franceses que irresistiblemente impelidos ensayan expresarse en verso, lanzándose á un piélagos que el destino ha sembrado de rocas para ellos, qué consuelo volver á un hombre de ingenio que halla en el verso su más franca y perfecta expresión, cuyo viaje sobre el piélagos de la poesía hace el destino suave! Después del ritmo,

¡Ah! ¿Qué me decís, y qué os dice mi alma?
¿Qué dice el cielo al alba y la llama á la llama?
¡Qué dicha llegar á ritmos como

Aparta, aparta esos labios
tan dulcemente perjuros.

ó

Muy pálida está tu cara,
pero regocíjate, estás en tu hogar.

en los cuales el alma de uno se embriaga! La forma poética de Heine es incomparable: usa principalmente la de la antigua poesía popular alemana, la de la balada; que tiene más viveza y gracia que ninguna de nuestras baladas, con la más exquisita soltura y facilidad, y, sin embargo, tiene al mismo tiempo la innata plenitud, la ternura elocuente y el encanto universal de todas las formas de la poesía popular. De este modo, á la poesía de Heine, también mezcla uno siempre la impresión del modernismo y brillantez de los franceses, con la del sentimiento y abundancia de los alemanes; y como he dicho, producir esta confundida impresión es el rasgo caracteris-

tico de Heine. Para sentirla debe uno leerlo; en el original está tanto en la forma como en el fondo, y al traducirlo sólo puede reproducirse el último. Pero el asunto de muchos de sus poemas da cierta sensación de ella. Por ejemplo, hay aquí un poema en el cual declara su profesión de fe á una inocente y hermosa criatura, una especie de Margarita, hija de unos humildes cavadores que tienen su choza entre los abetos al pié de las montañas de Hartz, quien le reprocha de no guardar los seculares artículos del credo cristiano.

«¡Ah, niña mía! Cuando yo era chiquito, y todavía dormía en el regazo de mi madre, creía en Dios Padre, bueno y poderoso, que creó el cielo, la hermosa tierra y en ella los hombres y las mujeres lindas; que dispuso el rumbo del sol, la luna y las estrellas.

»Cuando fui creciendo, niña mía, y

mi inteligencia fué desarrollándose, además de esto creía también en el Hijo, creí en el Hijo amado que nos amó y manifestó su amor por nosotros, y por recompensa, como siempre sucede, el pueblo lo crucificó.

»Ahora, que he crecido del todo, que he leído y viajado mucho, mi corazón se inflama y creo con toda el alma en el Espíritu Santo. Los milagros más grandes fueron obra suya, y todavía al presente los hace mayores; pues quebranta las cadenas del opresor y rompe el yugo del sirvo. Cura las antiguas heridas y restablece el derecho legítimo; todo el género humano es ante El una raza liberal de prójimos. Ahuyenta del espíritu las malas sombras y nubes que turbaban nuestro amor y alegría, que día y noche nos encapotaban el cielo.

»El Espíritu Santo tiene mil caballeros bien armados, escogidos para

cumplir su voluntad, y ha llenado sus almas de valor.

»Sus excelentes espadas relampaguean, sus vistosas banderas ondean al viento: ¡cuánto darías niña mía, por ver tan bizarros caballeros! Y bien, mírame á mí, niña mía, bésame y contéplame, ¡pues uno de esos caballeros del Espíritu Santo soy yo!»

No hay más que volver las páginas de su *Romancero*—colección de poemas escritos en los primeros años de su enfermedad, llenos aún de todo su vigor y encanto, y no como los postreros contagiados por el tono dolorido de su Matratzem-Grut, de su «colchón fosa»—para ver el alto vuelo de Heine; las figuras más variadas se suceden la una á la otra—Rhampsinitus, Edith la del cuello de cisne, Cárlos primero, María Antonieta, el Rey David, una herofna de Mabile, Melisandra de Trípoli, Ricardo Corazón de León, Pedro el Cruel, Firdusi, Cortés, el Doctor

Döllingen—pero Heine nunca procura ser «hermosamente objetivo» para convertirse espiritualmente en antiguo egipcio, ó hebreo, ó caballero de la Edad Media, ó aventurero español, ó realista inglés, siempre permanece como Enrique Heine, hijo del siglo XIX. Para dar una idea de su estilo, citaré algunas estrofas del final del *A tridac Español*, en el que relata bajo la forma de un visitador en la corte de Enrique de Trastámara, en Segovia, el trato que da Enrique á los hijos de su hermano, Pedro el Cruel. Su confidente, D. Diego de Albuquerque, recorre el castillo con él después de comer:

«En el pasadizo abovedado que conduce á las perreras donde están los galgos del rey, que desde lejos conocéis dónde están por sus ladridos y gruñidos, vi una celdilla á manera de jaula de fieras, construida en el muro, con fuerte reja al exterior.

»En ella estaban dos figuras humanas, dos muchachitos; encadenados por la pierna, echados en la sucia paja.

»Uno tendría apenas doce años, el otro era poco mayor; sus rostros eran hermosos y nobles, pero descoloridos y enfermizos.

»Estaban andrajosos, casi desnudos; y sus flacos cuerpos mostraban heridas y señales de maltratamiento, ambos temblaban con la fiebre.

»Desde el abismo de su miseria me miraron; horrorizado, pregunté á Don Diego: ¿Quiénes son esos retratos de la desventura?

»Don Diego parecía perplejo; echó una mirada al rededor para ver si alguien escuchaba; después dió un profundo suspiro, y al fin, tomando el tono ligero de un hombre de mundo, dijo:

—»Esos son dos hijos de rey que quedarón presto huérfanos; su padre se

llamaba el Rey Pedro, el nombre de su madre era María de Padilla.

»Después de la gran batalla de Navarrete, cuando Enrique de Trastamara hubo aliviado á su hermano, el rey Pedro, de la molesta carga de la corona,

»así como de esa carga aún más molesta que se llama la vida, la magnanimidad victoriosa de Don Enrique intervino en los hijos de su hermano.

»Los adoptó como un tío debiera hacer, y les ha alojado de balde en su castillo.

»El cuarto que les asignó es en verdad algo pequeño; pero es fresco en verano y no demasiado frío en invierno.

»Su alimento es pan de centeno, que tiene un sabor tan dulce como si la diosa Ceres lo hubiese cocido expresamente para su amada Proserpina.

»Además, con alguna frecuencia, les envía una marmita con garbanzos, y

entonces los jóvenes caballeros saben que es domingo en España.

» Pero no es domingo todos los días, y no les vienen los garbanzos á diario; y el guarda de los galgos les agasaja con su látigo.

» Pues el guardian de los galgos, que tiene á su cargo la superintendencia de las perreras y jaurías, y también la jaula de los sobrinos,

» es el infortunado marido de aquella mujer de cara avinagrada, con la gola blanca, que nos llamó la atención hoy en la comida, y ella riñe con tal acritud, que su marido coge el látigo, baja aquí corriendo, y pega á los perros y á los pobres muchachitos.

» Pero su majestad ha expresado su desaprobación á tales procedimientos, y ha dado órdenes para que en lo futuro sean tratados sus sobrinos de otro modo que los perros.

» Ha determinado no confiar por más tiempo á un extraño mercenario la dis-

ciplina de sus sobrinos, sino corregirlos él por sus propias manos.

» Don Diego se detuvo de repente; pues el gobernador senescal del castillo se unió á nosotros, expresando cortésmente su deseo de que hubiésemos comido á nuestra satisfacción. »

Observad cómo la ironía de todo eso, acabando en la torva y picante pulla de la última estrofa, es á la vez realmente magistral y nueva.

La apreciación de Heine no es completa no dando cuenta del elemento judaico que en él hay. Trató á su raza con la misma franqueza con que trataba todo, pues de eso derivaba un gran vigor, y nadie lo conocía mejor que él. Ha señalado primorosamente cómo hubo un doble Renacimiento en el siglo xvi — un Renacimiento helénico y otro hebreo — y cómo desde entonces han tenido ambos gran poder. El mismo poseía el espíritu de Grecia y el de Judea; ambos ingenios alcanzan á lo infinito,

que es la verdadera meta de toda poesía y de todo arte... el espíritu griego por la belleza, y el espíritu hebreo por la sublimidad. Por la perfección de su forma literaria, por su amor á la sinceridad y á la belleza, Heine es griego; por su profundidad, por su calidad indómita, por «el anhelo que no puede expresarse», es hebreo. No obstante, ¿qué hebreo trató jamás las cosas de los hebreos de esta manera?

«En Hamburgo, en una espaciosa casa del Baker's Walk, vive un hombre llamado Moisés Lump; toda la semana anda á la intemperie, con su fardo á la espalda, para ganar algunos marcos; pero cuando al volver á casa, en la noche del viernes, encuentra encendido el candelabro de siete luces y la mesa cubierta con fino y blanco mantel, pone á un lado su fardo, olvida sus zozobras y cuidados, y se sienta á la mesa con su bisoja esposa y su hija, aún más bizca, y come con ellas el

pescado bien aderezado con sustanciosa salsa de ajo blanco, canta después los sublimes salmos del rey David, se regocija de todo corazón por la salvación de los hijos de Israel fuera de Egipto, se alegra también de que todos los perversos que han hecho daño á los hijos de Israel hayan concluido por quitarse del medio; de que el rey Faraón, Nabucodonosor, Hamán, Antíoco, Tito y otras tales gentes están ya muertas, mientras él, Moisés Lump, vive todavía y come pescado con su esposa é hija; y os digo, doctor, que el pescado está excelente y el hombre es dichoso, sin pretensión á atormentarse por la cultura, se halla contento con su religión; en su túnica verde, como Diógenes en la cuba; contempla con satisfacción las luces del candelabro que de ninguna manera quiere despabilar por sí mismo, y puedo deciros, que si las velas arden algo oscurecidas y la despabiladera que tiene la obliga-

ción de despabilarlas no está á la mano, y en aquel momento entrase el poderoso Rothschild con todos sus hermanos, letras de cambio, agentes de negocios y dependientes mayores, con que conquistó el mundo, y Rothschild dijese: «Moisés Lump, pedidme el favor que queráis y os será concedido»; doctor, estoy convencido de que Moisés Lump contestaría tranquilamente: «¡Despabiladme esas luces!», y Rothschild, el poderoso, exclamaría con admiración: «Si yo no fuese Rothschild, querría ser Moisés Lump.»

Heine nos muestra así su pueblo por el lado cómico; en el poema de la *Princesa Sabbath* nos lo enseña por un lado más serio. La princesa Sabbath, «la suave princesa, flor y perla de toda la belleza; hermosa como la reina de Sabá, la íntima amiga de Salomón, esa *bas-bleu* de la Etiopía, que quiso brillar por su *sprit*, y con sus doctos enigmas se hizo á la larga insufrible»

(la agudeza sarcástica de Heine nunca se aleja); esta princesa tiene por novio un príncipe á quien un hechizo ha transformado en un animal de raza inferior; el príncipe Israel.

«Es un perro con los instintos de perro, y pasa toda la semana revolcándose en el fango y desperdicios de la vida, entre la befa de los muchachos de la calle.

» Pero todos los viernes por la tarde, á la hora del crepúsculo, la magia se desvanece y el perro vuelve á ser otra vez un ser humano.

» Es un hombre con los sentimientos de hombre, con la cabeza y el corazón erguidos, en traje festivo, con traje casi nuevo, entra en los pórticos de su padre.

» ¡Salve, amados pórticos de mi augusto Padre! ¡Tiendas de Jacob, mis labios besan las jambas de vuestras santas puertas!»

También nos muestra este lado gra-

ve en su hermoso poema de Jehuda ben Halevy, poeta perteneciente «al gran siglo de oro de la arábica, española antigua, y judaica escuela de poetas», contemporáneo de los trovadores:

«El también — el héroe que cantamos — Jehuda ben Halevy, tenía su dama, pero era de un género especial.

»No era Laura, cuyos ojos, estrellas mortales, encendían aquella renombrada llama en la catedral el día de Viernes Santo.

»No era noble castellana, que en el floreciente esplendor de la juventud presidía en los torneos, adjudicando la corona al victorioso.

»No era contendiente en gaya ciencia, no era dama *doctrinaria*, que discutía sus oráculos en el tribunal de una corte de amor.

»Aquella á quien el Rabbi amaba, era una pobre querida consumida por

el infortunio, triste cuadro de desolación... y se llamaba Jerusalén.»

Jehuda ben Halevy, como los Cruzados, hace una peregrinación á Jerusalén; y allí entre las ruinas canta el canto de Sión que ha llegado á ser famoso entre su pueblo:

«Ese canto de aljofaradas lágrimas es la renombrada lamentación, que se canta en todas las tiendas de Jacob esparcidas por todo el mundo.

»En el noveno día del mes que se llamaba Ab, aniversario de la destrucción de Jerusalén por Tito Vespasiano.

»Sí, ese es el canto de Sión que Jehuda ben Halevy cantaba con voz moribunda entre las santas ruinas de Jerusalén.

»Descalzo, y con sayo penitencial, se sentó sobre el fragmento de una caída columna, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

»Su cabello como una selva gris; sombreaba el rostro que se entreveía—

descolorido y turbado—con ojos que expresaban fervor religioso.

»Así estaba y cantaba como considerando y prediciendo el porvenir: parecía haber resurgido de su sepulcro el anciano Jeremías.

»Pero llegó un audaz sarraceno cabalgando en un caballo berberisco, erigido en la silla y blandiendo preparada jabalina.

»En el pecho del pobre cantor sumergió su mortal saeta, y se lanzó á la carrera como una sombra alada.

»Suavemente manaba la sangre del Rabbi, jugo de la vida, y suavemente cantó él su canto hasta el fin; ¡y su último suspiro moribundo fué el nombre de Jerusalén!»

Pero sobre todo nos muestra este lado en un raro poema, describiendo una controversia pública ante el rey Pedro y su corte, entre un campeón judío y otro cristiano, sobre sus respectivas creencias. En la argumentación del ju-

dio hay la fiereza del antiguo numen hebreo; aparece todo su inflexible reto deísta:

«Nuestro Dios no ha muerto por el linaje humano como un pobre é inocente cordero; no es un filántropo elocuente, no es un declamador.

»El nuestro, no es un Dios de amor, el halago no es su fuerte, pero es el Dios del trueno y es el Dios de la venganza.

»Los rayos de su ira abrasan inexorablemente á todo pecador, y los pecados de los padres recaen y son purgados hasta su remota posteridad.

»Nuestro Dios está vivo, y en el pórtico del paraíso continúa existiendo á través de todos los siglos.

»Además, nuestro Dios, es de salud robusta, y no fantástico, incoloro y delgado como las hostias del sacrificio, ó como las nebulosidades de Cócito.

»Nuestro Dios es poderoso. En su mano sostiene el sol, la luna y las es-

trellas. Cuando arruga el ceño caen los tronos y vacilan las naciones.

»Nuestro Dios ama la música, los acordes del arpa y el canto del festin, pero detesta el tañido de las campanas, como aborrece el gruñido de los cerdos.»

No debe ser desatendida la nota más dulce de Heine, su nota quejumbrosa de melancolía. Aquí está una composición que hizo en noche de invierno cuando estaba en París, postrado en su «colchón fosa» y sus pensamientos vagaban á su hogar germánico «la grande niña regocijándose con el árbol de Navidad». «Tú huiste—le dice al deserrado alemán—tomaste el vuelo hacia la ventura y felicidad; desnudo y pobre has vuelto. La constancia y las vestiduras alemanas se gastan y rasgan en jirones en países extranjeros.»

«¡Muy pálido está tu rostro, pero animate, estás en la patria! En tierra alemana se temple uno y caliente co-

mo al lado del agradable hogar de otro tiempo.

»Uno más ¡ay! se ha quedado baldado, y no puede volver nunca al hogar; con anhelo vehemente tiende hacia allá sus brazos; ¡Dios tenga misericordia de él!»

»¡Dios tenga misericordia de él!, pues el resto de sus años de vida es corto y desgraciado. «¿Se puede decir que existe actualmente? Mi cuerpo está tan consumido que apenas queda de mí más que la voz, y mi cama me hace pensar en el sepulcro melodioso del mago Merlín, que está en la selva de Broceliand, en Bretaña, bajo elevados robles cuyas cimas brillan como verdes llamaradas tocando el cielo. ¡Ah, yo te envidio esos árboles, hermano Merlín, y su dulcísimo rumor!, pues aquí, en París, no hay verdes hojas rumorosas sobre mi «colchón-fosa»; y á todas horas no oigo más que el rodar de los carruajes, los martilleos, las ri-

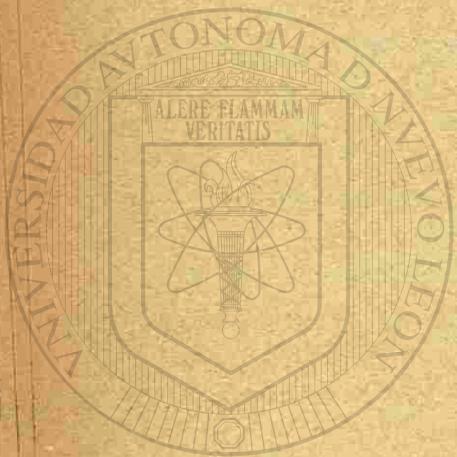
ñas y el agudo teclear del piano. Es una fosa sin descanso, la muerte sin el privilegio del fallecido que ya no tiene necesidad de gastar dinero, ni de escribir cartas, ni de componer libros. ¡Qué melancólica situación!»

Murió, y ha dejado un nombre manchado; con sus enormes faltas, su destemplada susceptibilidad, sus inconcebibles ataques á sus enemigos y los todavía más inconcebibles á sus amigos, su falta de generosidad, su indecidez de conciencia en la cólera, su sensualidad é incesante sarcasmo, ¿cómo podía ser de otra manera? No solamente no era una de las gentes respetables de Mr. Carlyle, sino que era hondamente irreverente, irrespetable; y ni el mérito de no ser un filisteo disculpa á un hombre de eso. A su facilidad intelectual faltaba en adición otra cosa, y muy importante, la de antigua hechura y difícil, pero siempre indispensable reflexión moral. Goethe dice

que era deficiente en el *amor*; para mí su flaco no parece ser tanto una deficiencia en amor, como una falta de respeto de si mismo, de verdadera dignidad de carácter. Pero yo por mi parte, al hacer la crítica de un hombre de gran talento, cuando he observado este punto de vista repulsivo y lo dejo anotado sin reserva, no me complazco en insistir sobre él. Prefiero decir de Heine algo positivo. No es un adecuado intérprete del mundo moderno. Es únicamente un bizarro soldado en la guerra de libertad de la humanidad. Pero tal como es (y estoy seguro de que la posteridad dirá también esto), en la poesía europea de ese cuarto de siglo que sigue á la muerte de Goethe, es sin comparación la más importante figura. ¡Qué derrochadora es la Naturaleza!, está uno tentado á exclamar. ¡Con qué prodigalidad emplea el poder humano en la marcha de las generaciones, contentándose en recoger poco

resultado casi siempre, y á veces ninguno? Contemplad á Byron, ese Byron á quien los ingleses de la presente generación dan al olvido; Byron, la facultad natural más vigorosa, el elemento más enérgico de eficacia, no puedo pensar sino en que apareció en nuestra literatura después de Shakespeare. ¿Y en qué vino á parar esta maravillosa producción de la naturaleza? Se estrelló, inevitablemente se estrelló haciéndose pedazos contra el interminable precipicio, inmenso, sombrío y encubierto del filisteísmo británico. Pero de Byron puede decirse que sólo era eminente por su talento, por su innata fuerza y ardor; no tenía el acopio intelectual de un supremo poeta moderno; exceptuando su ingenio, era un caballero inglés del siglo xix como otro cualquiera, con poca cultura y sin ideas. Ahora bien; contemplad después á Heine. Heine poseía toda la cultura de Alemania; en su cabeza fermenta-

ban todas las ideas de la Europa moderna. ¿Y qué hemos obtenido de Heine? Un resultado á medias, por falta de equilibrio moral, y de nobleza de alma y de carácter. Por lo mismo que hay tanta potencia, tantos que parecen capaces de correr bien, tantos que prometen correr velozmente; tan pocos alcanzan la meta, tan escasos son los elegidos. *Muchos son los llamados, pocos los escogidos.*



SENTIMIENTO RELIGIOSO

PAGANO Y MEDIO-EVAL

En la *Revista de Dublín* leí yo el otro día: «Los católicos somos dados a intimidarnos y atemorizarnos con la opresión imperiosa de la opinión pública, y no nos sostenemos como hombres a la faz de la sociedad anti-católica de Inglaterra. Conviene tener un conocimiento usual de que la opinión pública de la Europa católica mira a la Inglaterra protestante con una mezcla de impaciencia y compasión que contrabalancea en mucho la arrogancia del pueblo inglés, de estos países hacia la Iglesia católica.»

La santa Iglesia católica, apostólica y romana, puede muy bien cuidar de sí misma; y no voy á defenderla contra los desprecios del Exeter Halb. El catolicismo no es una fuerza muy visible en este país, y la masa del género humano siempre tratará con ligereza las cosas más venerables, si no se presentan ante sus ojos como fuerzas visibles. En los países católicos, como dice la *Revista de Dublín* en tono de triunfo, hacen muy poco caso de la grandeza del Exeter Halb. La mayoría sólo fija los ojos en las cosas de la mayoría, y en Inglaterra la mayor parte es protestante. Y á pesar de eso, á despecho de todas las desazonones que el sentimiento de un buen católico como el escritor de la *Revista de Dublín* tiene que sufrir inevitablemente en este país protestante; á pesar de la insensibilidad desdeñosa para la grandeza de Roma, que halla tan general y tan dura de soportar, ¡cuánto tienen que conso-

larle los muchos actos de homenaje hacia la sublimidad de su religión, que puede ver si observa bien! Le hablaré de uno de ellos. Que vaya á Londres, á ese delicioso sitio, esa isla dichosa de Bloomsburg, el salón de lectura del Museo Británico. Que revise su esquina sagrada, la región donde están colocados los libros teológicos. Casi temo decir lo que encontrará allí, de miedo de que Mr. Spurgeon, como un segundo califa Omar, entregue la librería á las llamas. Hallará una inmensa labor católica: la colección del abad Migne, dominando toda esa región y reduciendo á la insignificancia las débiles fuerzas protestantes que allí hay. El protestantismo está, por cierto, bien representado; el bibliotecario conoce demasiado bien su negocio para permitirlo de otro modo; todas las variedades del protestantismo están allí; la biblioteca de la teología anglo-católica, científica, decorosa, ejemplar, pero

de poco interés; allí están las obras de Calvino, rígidas, militantes, amenazadoras; las del doctor Chalmers, el cardo escocés cumpliendo con valentía su deber, como la rosa de Sharon, pero conservándose siempre muy escocés; las del doctor Channing, última palabra de la filosofía religiosa en un país donde cada persona tiene alguna cultura y las superioridades son mal acogidas, la flor de la medianía moral inteligente. ¡Pero qué divididos están unos contra otros, y aunque estuviesen todos unidos, qué empequeñecidos por el Leviatán católico que tienen á su lado! Majestuoso en su unidad de azul y oro, llena este estante tras estante y compartimento tras compartimento, su derecho, subiendo al cielo con los blancos folios del *Acta Sanctorum*; su izquierdo, sumergiéndose hasta el infierno con los octavos amarillos de la *Ley Digesto*. Todo está allí, en esa inmensa *Patrologia cursus completus* y

en esa *Enciclopedia teológica*, la *Nueva Enciclopedia teológica* y la *Tercera Enciclopedia teológica*; religión, filosofía, historia, biografía, artes, ciencias, bibliografía y chismografía. El trabajo abraza toda la extensión de los intereses humanos, como una de las grandiosas *catedrales medio-evaes* es un estudio para una vida entera. Como la red de la Escritura, arrastra todo á tierra, malo y bueno, seglar y eclesiástico, sagrado y profano, como sea concierne en algo á la humanidad. De amplia extensión como el poder que la produce, poder eminente desde luego para la historia de la *Iglesia*; no quizá para la Iglesia del futuro, pero indudablemente para la Iglesia del pasado, y en el pasado, la Iglesia de la multitud. Por esto es por lo que no sólo el hombre de imaginación, sino también el filósofo, tienen siempre afición á la Iglesia católica, á pesar de la propensión de ella á hacer-

les quemar, por causa de los ricos tesoros de la vida humana que han sido acumulados en su opinión.

La mención de otras congregaciones religiosas, ó de sus jefes, nos recuerda á la vez hombres de un tipo definido como sus parciales; la mención del catolicismo no sugiere nada especial. El anglicanismo trae á la memoria al episcopado inglés; el nombre de Calvino recuerda al doctor Canalisk; el de Chalmers al duque de Argyll, el de Channing la sociedad de Boston; pero el catolicismo sugiere—¿qué diré?—todo el *pell-mell* de los hombres y mujeres de las piezas de Shakespeare. Esta abundancia la refleja fielmente la colección del abad Migne. Las gentes hablan de esta ó esa obra que elegirían, si fuesen á pasar su vida con una; por mi parte, creo que escogería la colección del abad Migne. *Quidquid agunt homines*, como he dicho, todo está allí. No hay que buscar brillantez de forma ni per-

fección de edición; su papel es ordinario, el tipo feo, la edición indiferente, la impresión descuidada, la mayor y más desordenada confusión de erratas que encontré en mi vida está en una página muy importante de la introducción al *Diccionario de los Apócrifos*. Pero esto es precisamente lo que se encuentra en el mundo, más bien cantidad que calidad. No busquéis imparcialidad y espíritu crítico; al leerlo debéis hacer vos mismo la crítica; pues gusto tan poco de la crítica, como le gusta al mundo. Lo mismo que él prefiere las cosas á su manera, ultraja á sus adversarios, justifica sus ideas atropellando por todo, poniendo en evidencia todos los *pros* que le favorecen y suprimiendo todos los *contras*; que es precisamente lo que hace el mundo, y la crítica evita. Abrid el *Diccionario de los errores sociales*: «Las persecuciones religiosas del tiempo de Enrique VIII y Eduardo VI, disminuyeron un poco

en el reinado de María, para estallar otra vez con nueva furia en el reinado de Isabel.» ¡Ahí está un resumen de la historia de la persecución religiosa bajo los Tudores! Pero poco razonable sería reprochar la falta de crítica al trabajo del abad Migne, que, por la naturaleza de las cosas no puede tener, en vez de estarle agradecido por su abundancia, variedad, sugestión infinita y feliz adopción en muchas circunstancias delicadas del tono cortés y moderado del hombre de mundo, ¡en lugar del tono y temple acre del fanático!

Sin embargo, á pesar de sus fascinaciones, el contenido de esta colección despierta algunas veces en nuestro interior el espíritu crítico. Recientemente me ha sucedido, que después de haber estado pensando mucho en Marco Aurelio y sus tiempos, tomé el *Diccionario de los orígenes del cristianismo*, para ver lo que tenía que decir

acerca del paganismo y de los paganos. Encontré mucho de lo que esperaba. Lei el artículo *Revelación evangélica, su necesidad*. Allí encontré qué sentina de iniquidad fué todo el mundo pagano; cómo un romano alimentaba sus ostras con sus esclavos; cómo otro dió la muerte á un esclavo para que un amigo curioso viese cómo se moría; cómo la madre de Galeno arañaba y mordía á sus camareras cuando se encolerizaba con ellas. Allí se daba esta cuenta de la religión del paganismo. «El paganismo inventó una multitud de divinidades con el carácter más odioso, atribuyéndoles los crímenes más abominables y más monstruosos. Personificaba en ellos la embriaguez, el incesto, el ladronicio, adulterio, sensualidad, bellaquería, crueldad y furor.» Y descubrí que de esta religión seguía tal práctica como podía esperarse: «¿Qué debe haber sido el estado de moralidad bajo la influencia de se-

mejante religión, que penetraba con su espíritu peculiar la vida pública, la de la familia y la vida individual de la antigüedad?»

Los colores en esta pintura son de brocha gorda, y por mi parte no puedo creer que sociedades humanas, con una religión y práctica como las descritas, puedan haber sufrido como las de Grecia y Roma, y todavía menos haber hecho lo que hicieron éstas. No nos persuaden las descripciones de los vicios de las grandes ciudades, ni tampoco los de individuos enloquecidos por ilimitados medios de entregarse á los goces. La vida feudal y aristocrática en la cristiandad ha producido horrores de egoísmo y crueldad que no fueron sobrepujados por la pompa de la Roma pagana; y además, en la antigüedad hay la madre de Marco Aurelio que oponer contra la de Galeno. Ejemplos eminentes de vicios y virtudes individuales poco prueban cuanto al estado de las

sociedades. ¿Cuál era la condición del pobre romano en el Aventino bajo los primeros emperadores, comparada con la de nuestros pobres en Spitalfields y Bethnal Green? ¿Cómo estaba en comodidades, moralidad y felicidad la población rural del campo de la Sabina con el gobierno de Augusto, comparada con la población rural del condado de Hertford y del de Buckingham con el gobierno de la reina Vitoria?

Pero no voy á ocuparme ahora de estas grandes cuestiones. Sin tratar de responderlas, cuando leo una declamación como la antedicha, me pregunto á mí mismo si hallaré algo que me dé una percepción distintiva y aproximada de una diferencia real en el espíritu y sentimiento entre el paganismo y el cristianismo, y del efecto natural de esta diferencia sobre el pueblo en general. Tomo un poema religioso representable del paganismo, del paganismo que todo el mundo tiene en la imagi-

nación cuando se le nombra. Para ser un poema representable, debió ser de uso popular para que la multitud lo escuchase. Ese poema religioso puede buscarse al fin de uno de los mejores y más felices idilios de Teócrito, el quinto. Para que el lector pueda seguirme en la dirección de pensamientos en que estoy, lo traduciré; y para que pueda ver el medio en que está creada esta poesía religiosa, la sociedad en la cual se compuso, las gentes que lo formaron y son formadas por ella, lo traduciré por completo ó casi todo (pues no es largo el idilio en el que se desarrolla el poema).

El idilio es dramático. Unos doscientos ochenta años antes de la Era Cristiana, dos mujeres de Siracusa, que paraban en Alejandría en la ocasión de una gran solemnidad religiosa—la fiesta de Adonis—convinieron en ir juntas al palacio del rey Tolomeo Filadelfus para ver la estatua de Adonis, que la

reina Arsinoe, esposa de Tolomeo, había adornado con magnificencia especial. Se iba á recitar junto á la estatua un himno de un afamado compositor. Los nombres de las dos mujeres son Gorgó y Praxinoe; sus doncellas, mencionadas en el poema, se llaman Eunoe y Eutyches. Gorgó viene citada á la casa de Praxinoe para reunirse con ella, y empieza el diálogo:

GORGÓ.—¿Está en casa Praxinoe?

PRAXINOE.—Mi querida Gorgó, ¡por fin! Si, aquí estoy. Eunoe, acerca una silla; pon un almohadón.

GORGÓ.—Así está bien.

PRAXINOE.—Sentaos.

GORGÓ.—¡Oh, qué espíritu vagabundo corre por ahí! Con dificultad he llegado hasta vos, Praxinoe, por medio de tanto gentío y tantos carruajes. No se ven más que hombres de uniforme y botas altas. ¡Y es un viaje! Mi querida niña, vivis *demasiado* lejos en realidad.

PRAXINOE.—Cosas de mi loco mari-

do, que ha elegido venir aquí, al fin del mundo, y tomar un agujero para vivir—pues esta no es una casa—con el propósito de que vos y yo no este-mos vecinas. El siempre es lo mismo: ¡dando motivo para una riña, para causar enojo!

GORGÓ.—Querida mía, no habléis así delante del niño; ya veis cómo os mira asombrado. No hagáis caso, Zofirio, vidita mía; no habla de papá.

PRAXINOE.—¡Cielos! El niño com-prende.

GORGÓ.—¡Papá es bonito!

PRAXINOE.—Ese bonito papá suyo, el otro día, cuando le envié á una tienda á comprar jabón y coloreté, me trajo en su lugar sal (aunque de ante-mano le habia dicho que pensase en lo que iba á hacer). ¡Animal, estúpido!

GORGÓ.—El mío es precisamente igual á él... Pero ahora no hay que pensar en eso; arreglaos, y vámonos al palacio á ver al Adonis. Yo oí que las

decoraciones de la reina son esplén-didas.

PRAXINOE.—En las casas de las gen-tes de alto copete todo es grande. ¡Qué cosas habéis visto en Alejandría! ¡Cuán-to tenéis que contar á las personas que nunca han estado aquí!

GORGÓ.—Vamos, tenemos que mar-char.

PRAXINOE.—Todos los días son de fiesta para las gentes que no tienen nada que hacer. Eunoe, recoged vues-tra labor, y tened cuidado de cómo la dejáis, perezosa, pues al gato le gusta hacer de ella una cama. ¡Vamos, mo-veos, traedme agua, vivo! Necesitaba primero el agua, y la muchacha me trae jabón. No importa, dádmelo. ¡No echéis toda esa, extravagante! ¡Derra-mad el agua, estúpida! ¿Por qué no tenéis cuidado de mi vestido? Basta ya; mis manos van lavadas como Dios quie-re. ¿Dónde está la llave de mi guar-darropa ancho? ¡Traedla aquí, vivo!

GORGÓ.—Praxinoe, no podéis pensar qué bien hecho está ese vestido y qué bien os sienta. Decidme, ¿os costó mucho? el vestido solo, digo.

PRAXINOE.—No habléis de eso, Gorgó; más de ocho guineas de buen dinero contante. Y cuanto al trabajo, he gastado casi mi vida en hacerlo.

GORGÓ.—Y bien; pero no podíais haberlo hecho mejor.

PRAXINOE.—Gracias. Traedme el chal, y ponedme bien el sombrero; muy bien. No, niño (*Al pequeño*), no os llevo; hay un coco á caballo que muerde á los niños. Llorad todo lo que queráis; no quiero que quedéis lisiado para toda la vida. Salgamos. Muchacha, ten al niño y entreténle; llama al perro á dentro, y cierra la puerta de la calle. (*Ellas salen.*) ¡Cielos! ¡Qué tumulto! ¿Cómo vamos á atravesar por medio de todo esto? Están como hormigas; no se pueden contar; ¿que será de nosotras, querida Gorgó? Aquí están

los guardias reales de á caballo. Buen hombre, ¡no echéis el caballo sobre mí! Mirad ese caballo apretado entre el gentío, cómo se levanta derecho; ¡qué brioso es! Eunoe, ¡tened cuidado, tonta! Ese caballo, de seguro causará la muerte del hombre que lo monta. ¡Qué contenta estoy ahora de haber dejado al niño en casa!

GORGÓ.—Muy bien, Praxinoe; ahora estamos seguras, porque han llegado adonde han de quedar apostados.

PRAXINOE.—Sí; ya vuelvo á revivir. Desde el tiempo en que era una niña he tenido más horror á los caballos y á las serpientes que á cualquiera otra cosa del mundo. Sigamos; aquí viene un pelotón de gente hacia nosotras.

GORGÓ (*á una anciana*).—Madre, ¿sois de palacio?

ANCIANA.—Sí, querida mía.

GORGÓ.—¿Hay alguna probabilidad de llegar allá?

ANCIANA.—Los griegos llegaron á

Troya á fuerza de intentarlo, linda señora; el poner los medios siempre conseguirá algo en este mundo.

GORGÓ.—La vieja ha dicho el oráculo, y desapareció.

PRAXINOE.—Las mujeres pueden decir todo acerca de todo, sin exceptuar el casamiento de Júpiter con Juno.

GORGÓ.—¡Mirad, Praxinoe, qué apretón hay á las puertas del palacio!

PRAXINOE.—¡Grandísimo! ¡Cogeos á mí, Gorgó, y vos, Eunoie, cogeos á Eutyches! Bien agarradas, si no os perderéis; sigamos todas juntas. ¡Sostenednos firmes junto á nosotras, Eunoie! ¡Ay, querida! ¡ay, querida! Gorgó, ya mi chal se ha rasgado en dos pedazos. ¡Por amor del cielo, buen hombre, por vuestra esperanza de salvación, tened cuidado de mi vestido!

TRANSEUNTE.—Haré lo que pueda, pero eso no depende de mí.

PRAXINOE.—¡Qué pelotones de gente! Empujan como una piara de cerdos.

TRANSEUNTE.—No os asustéis, señora; ya estamos bien.

PRAXINOE.—Mi querido señor, ¡ojalá estéis bien hasta el último día de vuestra vida, por el cuidado que habéis tomado por nosotras! ¡Qué hombre tan bueno y considerado! Ya está Eunoie estrujada en un apretón. ¡Empujad, gansa, empujad! ¡Muy bien! Ya estamos todas al buen lado de la puerta, como dijo el novio cuando se vió encerrado dentro del cuarto con la novia.

GORGÓ.—Praxinoe, venid por aquí. ¡Mirad este bordado qué delicado es! ¡Qué precioso! Podrían usarlo en el cielo.

PRAXINOE.—Patrona celestial de las bordadoras, ¿qué manos se emplearon para hacer ese trabajo? ¿Quién dibujó esos bellos modelos? Parece que se destacan y se mueven como si fuesen de bulto, como seres vivientes y no obra de aguja. ¡Pues el hombre es una criatura maravillosa! ¡Y mirad, mirad qué

encantador yace en su lecho de plata ese amado Adonis, con un vello suave en las mejillas; ¡Adonis á quien una ama á pesar de estar muerto!

OTRO CONCURRENTE.—Parad vuestra incesante charla, ¡desdichadas! Como las tórtolas, no cesáis un momento. Bastan ellas para matarle á uno con su algarabía de acento abierto; no se entiende sino a, a, a.

GORGÓ.—Señor, ¿de dónde viene el hombre? ¿Qué os importa si *somos* parlanchinas? ¡Dad órdenes á vuestras sirvientas! ¿Queréis darlas á mujeres de Siracusa? Habéis de saber que somos originarias de Corinto, como lo fué Belerophon; hablamos como en el Peloponeso. Supongo que á las mujeres de Doria les será permitido tener el acento dórico.

PRAXINOE.—¡Oh Proserpina dulcísima, no tengamos más dueños que el que nos hemos dado! Nosotros no cuidamos de *vos* para nada; os ruego que

no os molestéis vos tampoco gratuitamente.

GORGÓ.—¡Sosegaos, Praxinoe! Esa eminente cantatriz, hija de la Orgive, va á cantar el himno á *Adonis*. Es la misma que ha sido elegida el año pasado para cantar la endecha. Estamos seguras de oír de *ella* algo magistral. Está tomando su aire gracioso, disponiéndose á empezar.

Así continúa el diálogo; y tal como está en el original no puede ser demasiado elogiado. Es una página acabada de arrancar del libro de la vida humana. ¡Qué facilidad! ¡Qué animación! ¡Qué alegría! ¡Qué naturalidad! Se ha dicho que Teócrito, al componer este poema, plagió una obra de Sofrón, poeta de un tiempo mejor y más remoto; pero aunque esto sea así, la forma es la propia de Teócrito, y ¡cuán excelente es esa forma, cuán magistral! ¡Y este es un poema de la decadencia griega! Pues la poesía de Teócrito es, después de

todo, poesía de la decadencia. Cuando es así la poesía de la decadencia, ¿cómo debió ser la de su apogeo? Luego, la cantatriz comienza el himno:

«Señora que ama las grutas de Golgi é Ydaliun, y las cumbres de Eryx, Afrodita que juegas con el oro, ¿cómo, después de doce meses, las rápidas Horas te han traído á tu Adonis, desde el caudaloso Acheron? Las generosas Horas son las más negligentes inmortales, pero toda la humanidad espera con ansia su llegada, pues siempre traen algo con ellas. ¡Oh Cypris, hija de Dionisia! Tú cambiaste— así se dice entre los hombres— á Berenice, de mortal á inmortal, dejando caer en su hermoso pecho gotas de ambrosía; y agradecida á esto, ¡oh tú, que tienes muchos nombres y templos! Arsinoe, hija de Berenice, imagen viviente de la hermosa Elena, muestra su gratitud festejando á Adonis con toda suerte de magnificencias.

» Ante él se depositan en canastillas de plata todas las frutas que producen los árboles, y en vasos de alabastro, con incrustaciones de oro, el bálsamo de Siria, y todas las confituras hechas por habilidosas mujeres en sus artesas, amasando con harina blanca todo género de flores, y todas las figurillas aladas y rastreras formadas con dulce miel y aceite refinado, están colocadas delante de él. Para él se levantaron arcos y bóvedas frondosos con profusión de fresco anís, y los cupidillos las recorren tocando las flautas, como tiernos ruiseñores que ensayan sus alitas volando en el árbol, de rama en rama. ¡Oh, el ébano, el oro, el águila de marfil blanco que sostiene en lo alto á su escanciador Zeus! ¡Y mirad allá! hay un segundo lecho tendido para Adonis, las colchas de grana son más suaves que el sueño (así Miletus y Samián el pañero lo dirán); Cypris tiene la suya, y el hermoso Adonis, ese no-

vio de diez y ocho ó diez y nueve años coronado de rosas, tiene otra. Sus besos no ofenderán, el bozo sobre su boca es todavía ligero.

» Ahora, Cypris, buenas noches, te dejamos con tu novio; pero mañana por la mañana vendremos con el primer rocío y lo llevaremos adonde las olas salpican con sus espumas la costa, y cada una de nosotras con el cabello suelto y dejando caer las túnicas, con el seno desnudo, cantaremos esto en tono melodioso:

» ¡Amado Adonis, entre los semidioses sólo tú (así dicen los hombres) tienes permiso para visitarnos á nosotras y al Acherón! Esta suerte no la tienen ni Agamenón, ni el poderoso lunático héroe Ajax, ni Héctor, el primogénito de los veinte hijos de Hécuba, ni Patroclo, ni Pyrró, el que volvió de Troya, ni esos aún más madrugadores Lapithae y los hijos de Deucalión, ni los pelagianos fundadores de Argos y

de la isla de Pelop. Sednos propicio actualmente y favorable en todo el año. ¡Caro para nosotras has sido en esta venida, y querido serás cuando vuelvas!»

El poema concluye con un discurso característico de Gorgó.

«Praxinoe, ciertamente que las mujeres son seres admirables. ¡Saber todo eso esa afortunada mujer! ¡y más afortunada todavía en tener una voz tan magnífica!, y ahora debemos tratar de volver á casa. Mi marido no ha comido. Ese hombre es todo vinagre; y si le hacéis esperar por la comida, es peligroso acercarse á él. ¡Adiós, precioso Adonis, y ojalá nos halléis á todos bien cuando volváis el año próximo.»

Así decía la incorregible Gorgó, con el himno resonando todavía en sus oídos.

¿Pero qué himno es ese? De emoción religiosa y del consuelo que de esa emoción se origina en el significado

que damos á estas palabras, no hay ni una mínima impresión. Y á pesar de eso, la bella historia de Adonis contiene muchos elementos de emoción religiosa. Simbólicamente tratada como la trataría el hombre meditabundo, como los misterios griegos lo hicieron sin duda, esta historia era capaz de una aplicación noble y conmovedora, y podía guiar el alma á pensamientos elevados y consoladores. Adonis era el sol en su carrera de verano y de invierno, en su tiempo de triunfo y en el de la derrota; pero en el tiempo del triunfo se movía hacia la derrota, y en el de la derrota volvía hacia el triunfo. De este modo llegó á ser un emblema del poder de la vida y la flor de la belleza, una cosa y otra corriendo inevitablemente á disminuir y decaer, y hallando, sin embargo, esa decadencia.

«La esperanza, y una renovación sin fin».

Pero nada de esto aparece en la his-

toria preparada para el uso popular religioso. No está desprovisto de gracia y belleza su arreglo, pero no tiene nada de lo que es elevado y consolador, de lo que es en nuestro sentido la palabra religiosa. Las ceremonias religiosas de la cristiandad, aun en las ocasiones más alegres y de asuntos mundanos, se presentan á la multitud con tonos de carácter profundamente religioso, tales como el *Kirie eleison* y el *Te Deum*. Pero este himno griego á Adonis se adapta exactamente al tono y temple de una regocijada multitud—amante del placer—gentes de humor ligero, como Gorgó y Praxinoe; cuya naturaleza moral tiene el mismo peso que la de Filina en el *Wilhelm Meister* de Goethe, gentes que parecen no haber estado nunca serias, ni enfermas ó apesadumbradas. Y si por casualidad están enfermas ó apenadas, ¿qué harán entonces? pero eso no tenemos derecho á preguntarlo. Filina, dentro de los en-

cantados límites de la novela de Goethe, Gorgó y Praxinoe, dentro de los encantados límites del poema de Teócrito, nunca estarán enfermas ni tristes; no pueden estarlo. El ideal alegre y sensual de la vida pagana, no está enfermo ni apesadumbrado. No; aunque su fin natural está en la suerte de vida que Pompeya y Herculano traen ante nosotros tan vivamente—vida que de ningún modo sugiere el pensamiento de horror y miseria que aún satisface de muchas maneras los sentidos y el entendimiento; pero por la misma intensidad y perseverancia de apelar á ella, por no estimular más que un solo lado sensible en absoluto, acaba por fatigarnos y sublevarnos; dejándonos una sensación de restricción y opresión—con el deseo de un cambio exterior de nubes, tormentas, efusión y alivio.

Al principio del siglo XIII, cuando las nubes y tormentas habían llegado, cuando la vida pagana, alegre y sen-

sual se había ido, cuando los hombres no vivían por los sentidos y el entendimiento, cuando estaban esperando por la pronta venida del Antecristo, apareció en Italia, al Norte de Roma, en el bello país de Umbría, al pie de los Apeninos, una figura del más mágico dominio y encanto: San Francisco. A mi modo de ver, su centuria es la más interesante en la historia de la Cristiandad, después de su edad primitiva; aún más interesante que la del siglo de la Reforma, y una de las figuras principales, y acaso la principal, al que este interés se liga es San Francisco. ¿Y por qué? Por causa del profundo instinto popular que le habilitó más que á cualquiera otro hombre desde la edad primitiva á adaptar la religión al uso popular. El trajo la religión al pueblo. Fundó una congregación de ministros de la religión, la más popular que ha existido en la Iglesia. Transformó el monacato desarraigando al monje es-

tacionario, librándole de la servidumbre de la propiedad y enviándole como fraile mendicante, para ser un extraño y residente temporario, no en el desierto, sino en los parajes más concurridos de hombres, para consolarles y hacerles bien. Este instinto popular suyo está en el fondo de su famoso matrimonio con la pobreza. La pobreza y el sufrimiento son la condición del pueblo, de la multitud, de la inmensa mayoría de la humanidad, y hacia este *pueblo* se inclinaba su alma compasiva. «Escucha, se decía de él, á esos á quienes Dios no quiere escuchar.»

Como natural consecuencia de eso, fué escuchado como á ningún otro hombre se escuchó jamás. Cuando una ciudad ó aldea de Umbria tenía noticia de su venida, toda la población salía en alegre procesión á recibirle, con verdes ramos, banderas, música y cantos de alegría. El maestro, que empezó con dos discípulos, pudo reunir en vida (y

murió á los cuarenta y cuatro años), para celebrar la Pascua de Pentecostés con él, en presencia de una inmensa multitud, cinco mil Menores de su orden. Y de este modo halló cumplimiento su grito profético: «Oiré en mis oídos el sonido de las lenguas de todas las naciones que vendrán á unírseos: franceses, españoles, alemanes, ingleses. El Señor hará de nosotros un gran pueblo, que llegará á los confines de la tierra.»

La prosa no podía satisfacer á esta alma ardiente, é hizo poesía. El latín era demasiado sabio para naturaleza tan sencilla, y compuso en su idioma materno: en italiano. Los comienzos de la poesía mundana de los italianos están en Sicilia, en la corte de los reyes. Los de su poesía religiosa están en Umbria, con San Francisco. Sus versos son las humildes aguas que rebosan de un poderoso torrente; al principio del siglo XIII, San Francisco

completa al Dante. Sucede, pues, que San Francisco, como la cantatriz de Alejandría, tiene también su himno para el sol, para Adonis. *Cántico del sol, Cántico de las criaturas*—el poema lleva ambos nombres.—Como el himno alejandrino, está designado para el uso popular, pero no para uso del pueblo del rey Tolomeo; sin arte en el estilo, irregular en el ritmo, se ajusta al ingenio infantil que lo produjo y á las naturalezas sencillas que lo aman y lo repiten:

« ¡Oh Señor Dios, el más excelso y todopoderoso, á Ti sean dadas gloria, alabanza, honor y todas las bendiciones!

» Alabado sea mi Señor Dios con todas sus criaturas, y especialmente nuestro hermano el sol, que nos trae el día y la luz; es hermoso y brilla con gran esplendor: ¡Oh Señor, él te representa á nuestros ojos!

» Alabado sea mi Señor por nuestras

hermanas la luna y las estrellas, á las que ha colocado claras y hermosas en el cielo.

» Alabado sea mi Señor por nuestro hermano el viento, y por el aire y la nube, la calma y toda clase de tiempo, por el cual sostienes en la vida á todas las criaturas.

» Alabado sea mi Señor por nuestra hermana el agua, que es humilde, preciosa y limpia, y nos hace mucho servicio.

» Alabado sea mi Señor por nuestro hermano el fuego, el cual nos da luz en la oscuridad, y es brillante, agradable, poderoso y fuerte.

» Alabado sea mi Señor por nuestra hermana la tierra, que nos sostiene y nos guarda, y produce diversas frutas, y flores de muchos colores, y las hierbas.

» Alabado sea mi Señor por todos los que se perdonan uno al otro por su amor y sufren debilidad y tribulación;

benditos son los que sufren con mansedumbre, pues tú, ¡oh el más Excelso!, les darás una corona.

»Alabado sea mi Señor por nuestra hermana la muerte del cuerpo, á la que ningún hombre escapa. Desgraciado el que muere en pecado mortal. Benditos los que siguen su senda según tu voluntad, pues la segunda muerte no podrá hacerles daño.

»Alabad y bendecid al Señor, y dadle gracias, y servidle con mucha humildad.»

Es natural que el hombre goce con sus sentidos, pero también es natural que en la infelicidad tenga un refugio en su corazón é imaginación. Y cuando uno piensa lo que es la vida para la mayor parte de la humanidad, cuán poco goce puede haber para sus sentidos, comprende el encanto que tenga para ellos un refugio ofrecido en el corazón é imaginación. Sobre todo, cuando uno recuerda lo que era la vida hu-

mana en la Edad Media, comprende bien el encanto de tal refugio.

Pues la poesía del himno de Teócrito trata al mundo conforme á lo que piden los sentidos; la poesía del himno de San Francisco lo trata según lo que piden el corazón y la imaginación. El primero toma el lado sensible y exterior; el segundo el interior y simbólico. El primero admite del mundo cuanto da placer; el segundo admite todo lo que el mundo da de sí, lo escabroso y lo llano, lo penoso y lo placentero, todo al igual; pero transfigurado por el dominio de una emoción espiritual, traído á una ley de amor puro, teniendo su asiento en el alma. Así, puede decirse: «Alabado sea mi Señor por *nuestra hermana la muerte corporal.*»

Pero estas mismas palabras son quizá un indicio de que tocamos á un extremo. Cuando vemos á Pompeya, podemos poner el dedo sobre el sentimiento pagano en su extremidad. Y cuando

leemos lo de Monte Alverno y el *Stigmata*; cuando leemos los sufrimientos del final de la vida de San Francisco, repulsivos por ser causados por él; cuando le hallamos diciendo, «he pecado contra mi hermano el asno», dando á entender con estas palabras que había sido demasiado inhumano con su propio cuerpo; cuando le hallamos asaltado por la duda de «si el que se había aniquilado á sí mismo por la severidad de sus penitencias encontraría misericordia en la eternidad», podemos señalar el extremo del sentimiento cristiano medio-evil. La naturaleza humana no se compone toda de sensaciones y entendimiento, ni es toda corazón é imaginación. Pompeya fué la señal de que la medida del sensualismo había sido sobrepujada por la humanidad en general; la duda de San Francisco lo fué de que la medida del espiritualismo se había traspasado con exceso. La humanidad, en su violenta

repercusión de uno al otro extremo, había vibrado de Pompeya á Monte Alverno, pero estaba segura de no parar allí.

El Renacimiento es, en parte, un retorno hacia el espíritu pagano, en el sentido especial en que yo usé la palabra pagano; una vuelta hacia la vida de los sentidos y la comprensión. Por otra parte, la Reforma es lo opuesto á esto; en Lutero no hay nada griego ni pagano; aunque atacó con vehemencia la adoración de San Francisco, había en su estofa mucho de este santo; tenía mil veces más afinidad con San Francisco que con Teócrito ó Voltaire. La Reforma—yo no aludo á la comedia inferior dada con ese nombre por Enrique VIII y una compañía de segunda clase en esta isla, sino la verdadera Reforma, la alemana, la Reforma de Lutero—fué una reacción del sentido moral y espiritual contra el carnal y pagano; fué una restauración

religiosa como la de San Francisco, pero esta vez contra la Iglesia romana, no dentro de ella; pues el sentido carnal y pagano tenían en la actualidad su principal representación en el gobierno de la Iglesia romana. Pero la gran reacción contra la norma del corazón é imaginación, la impetuosa vuelta hacia el dominio de los sentidos é inteligencia, está en el siglo XVIII. Y esta reacción no ha tenido un campeón más brillante que un hombre del XIX, de quien ya he hablado; hombre que podía sentir, no sólo el deleite, sino también la poesía de la vida de los sentidos (que tiene su honda poesía); hombre que, en su último poema, dividía todo el mundo en «bárbaros y griegos»—Enrique Heine.—Nadie ha censurado la extremidad del sentimiento en Monte Albernia, el extremo cristiano, el corazón y la imaginación subyugando á los sentidos é inteligencia, con más amargura que

Heine; nadie aplaudió con mayor transporte el sentido de Pompeya, el sentido pagano.

«Estos sufrimientos, esta fiebre y tirantez, duraron toda la Edad Media; y nosotros los modernos, todavía sentimos en todos nuestros miembros el dolor y la debilidad de ellos. Aun los que no hemos curado, tenemos que vivir rodeados de una atmósfera de hospital, y encontrarnos en ella tan desdichados como un hombre sano entre los enfermos. Cualquiera día, cuando la humanidad se haya puesto otra vez enteramente bien; cuando el cuerpo y el alma hayan firmado la paz, las riñas ficticias que la cristiandad ha puesto entre ellas, parecerán una cosa muy incomprensible. Las generaciones más felices y más hermosas, descendientes de uniones libres que nacerán y florecerán en la atmósfera de una religión de placer, se sonreirán tristemente cuando piensen en sus pobres

antecesoros, cuya vida se pasó en melancólica abstinencia de los goces de esta hermosa tierra, marchitándose y enflaqueciéndose como espectros por la mortal compresión que opusieron á las ardorosas y vehementes emociones de la sensación. Sí, lo digo con seguridad; nuestros descendientes serán más hermosos y más dichosos que nosotros; pues soy un creyente del progreso, y juzgo á Dios como un ser bueno que desea que el hombre sea feliz.»

Ese es el sentir de Heine, en la flor de la vida, en el ardor de la actividad, entre el brillante remolino de París. No lo censuraré más de lo que he censurado el sentir del himno griego «Adonis». No quiero decidir nada por mí mismo; el verdadero arte de la crítica, es ponerse uno aparte y dejar que la humanidad decida. Ahora bien; el sentimiento de la «religión del placer», tiene tanto de natural en sí, que la humanidad lo aceptará con gusto si

puede vivir con él; para eso es preciso que uno nunca esté enfermo ni afligido, y el antiguo mundo pagano, ideal y limitado, nunca, como he dicho, *estaba* enfermo ni afligido, al menos nunca se nos mostró así:

¡Qué flautas y panderos, qué arrebatado éxtasis!

En nuestra imaginación, Gorgó y Praxinoe cruzan la escena humana, charlando con su alegre acento dórico, como *tórtolas*, según dijo el malhumorado concurrente, y siguen charlando risueñamente hasta que desaparecen. Pero en el mundo real, que vino después del pagano—en el mundo bárbaro—el choque de accidentes es incesante; la serenidad de la existencia está turbada perpetuamente; ni aun un griego como Heine puede atravesar la escena mortal sin amarga calamidad. ¿Para qué le sirve entonces la «religión del placer?» ¿Qué apoyo le da,

qué consuelo? ¿Puede un hombre vivir con ella? Heine contestará otra vez; Heine, que tiene veinte años más, que está herido de enfermedad incurable, esperando la muerte: «La gran marmita está humeando delante de mí, pero no tengo cuchara que me ayude á servirme de ella. ¿De qué me sirve que en los banquetes se beban á mi salud los más exquisitos vinos en copas de oro, si yo, á quien se dedican esos brindis, estoy abandonado y privado de los placeres del mundo, y sólo puedo mojar los labios en agua de cebada? ¿Qué bien me produce el que todas las rosas de Shiraz abran sus hojas y ardan por mí con ternura apasionada? ¡Ay! ¿Shiraz está á unas dos mil leguas de la calle de Amsterdam, donde en la soledad de mi cuarto de enfermo sólo percibo el perfume de las toallas calientes? ¡Ay, la mofa de Dios pesa sobre mí! El excelso autor del universo, el Aristófanes del cielo, ha decidi-

do hacer sentir hasta lo profundo del corazón al mimado autor de la tierra, al llamado Aristófanes de Alemania, cuán despreciables picaduras de aguja han sido sus más ingeniosos sarcasmos, comparados con los rayos que su divino mal humor puede lanzar contra los míseros mortales!...

La Crónica de Limburgo, dice que en el año de 1340, todas las gentes en Alemania cantaban y elogiaban ciertas canciones más alegres y deliciosas que cuantas hasta entonces se habían conocido allí; y todo el pueblo, viejos y jóvenes, particularmente las mujeres, se entusiasmaban con ellas, tanto, que desde por la mañana hasta la noche no se oía otra cosa. Lo raro del caso es, añade *La Crónica*, que el autor de estos cantos resulta ser un joven estudiante atacado de lepra, que vive separado de todo el mundo en un lugar desierto. El buen lector no necesita que se le diga cuán horrible mal era la

lepra en la Edad Media, y que los pobres desdichados que padecían esta plaga inclurable estaban desterrados de la sociedad y tenían que vivir lejos de todo ser humano. Como cadáveres vivientes, con una túnica gris hasta los pies y la capucha echado sobre la cara, andaban por los contornos llevando en la mano una gran matraca, llamada la matraca de San Lázaro. Con ésta avisaban su aproximación para que cualquiera persona tuviese tiempo de apartarse de su camino. Este pobre estudiante, cuyo don poético ensalzaba la *Crónica de Limburgo*, era pues, un leproso, y vivía abatido en el horrible yermo de su infortunio, mientras en toda Alemania se elogiaban sus cantos alegres y melodiosos.

«Algunas veces, en las sombrías visiones de la noche, imagino ver delante de mí al infeliz estudiante atacado de lepra de que habla *La Crónica*, y que por debajo de su capuz, sus ojos

afigidos se fijan en mí de un modo extraño; pero de allí á un instante desaparece, y oigo desvanecerse á lo lejos, como el eco de un sueño, el triste crujido de la matraca de San Lázaro.»

¿Hemos andado largo camino desde Teócrito hasta ahí? La expresión de eso no tiene nada del carácter pagano, feliz y positivo; se parece más á una pantomima grotesca del sufrimiento en la Edad Media. Tiene profundidad y vigor, aunque al mismo tiempo no es genuinamente poético; no tiene la naturaleza suficiente para serlo; hay demasiada petulancia y baladronada. Pero como condición de sentimiento para ser popular—para ser un consuelo para la mayor parte de la humanidad, padeciendo la presión de alguna calamidad, y que sirva para la vida—¡qué falta tan manifiesta es esta última palabra de la religión del placer! Entre muchos millones de hombres, sólo un Heine puede consolarse y conservarse

audaz con una gran ironía de esta clase en medio del sufrimiento, envolviendo su personalidad y el universo en el rojo fuego de este siniestro sarcasmo; pero los demás hombres no pueden, aunque quieran no pueden.

Por eso la religión del pesar tiene mucha ventaja sobre el sentimiento que le falta á la religión del placer; tiene la eficacia de ser un sentimiento general y popular, un apoyo para la masa de la humanidad, cuyas vidas están llenas de fatigas y penas. Consigue en realidad transmitir más goce á esa muchedumbre, que no los disfruta sin esa religión que el que se obtiene con su rival. No significa únicamente goce en perspectiva, sino en posesión; felicidad actual en el mundo. La cristiandad medio-eval ha sido reprochada por su tristeza y austeridades; Heine dice que cede el mundo material al diablo. Pero no obstante, ¡qué plenitud de delicias extrae y dirige San Francisco

de este mundo material y de sus elementos más comunes, y que más universalmente se goza—el sol, el aire, la tierra, el agua, las plantas!—Su himno expresa una sensación más cordial de felicidad, aun en lo material, que el himno de Teócrito. Esto es lo que hace la fortuna de la cristiandad—su contento, no su pesar, no el transferir el mundo espiritual á Cristo y el material al diablo, sino el sacar del espiritual un manantial de goce tan abundante, que se derrama sobre el material y lo transforma.

He dicho mucho mal del paganismo; y, significando un estado de cosas como comúnmente se piensa que significa, no lo he retratado peor de lo que merece. Sin embargo, no debo concluir sin recordar al lector que antes que este estado de cosas apareciese, hubo una época en la vida griega—en la pagana—de la mayor belleza y valor posibles. Esa época constituye por sí misma la Gre-

cia á que nos referimos cuando hablamos de Grecia, país poco menos importante á la humanidad que fué la Judea. La poesía del paganismo vivió por los sentidos y el entendimiento; la de la cristiandad medio-eval vivió por el corazón y la imaginación. Pero el principal elemento de vida del espíritu moderno no son los sentidos y el entendimiento, ni el corazón é imaginación; es la razón imaginativa. Y hay una centuria en la vida griega—la que precede á la guerra del Peloponeso, desde el año 530 hasta el año 430,—en la cual, á mi modo de ver, la poesía realizó el esfuerzo más noble, de más éxito que realizara nunca como sacerdotisa de la razón imaginativa, del elemento por el cual el espíritu moderno tiene que vivir en primer término, si ha de vivir razonablemente. De este esfuerzo, en el cual brillan cuatro esclarecidos nombres Simónides, Píndaro, Esquilo, Sófocles, no debo ahora intentar más

que una ligera mención; pero después de todo lo que he dicho, es justo y necesario indicarlo. No dudo que el esfuerzo fué imperfecto; quizá toda cosa, tomándola en el punto de existencia que queráis, lleva en sí la ley fatal de su desarrollo ulterior. Quizá, aun en el tiempo de Píndaro, Pompeyo fué el término inevitable. Acaso la vida de la hermosa Grecia no proporcionó á sus poetas toda esa plenitud de experiencia variada, toda esa facultad de conmoción que

»...el fuerte y abrumador peso
de todo este mundo ininteligible»

da á los poetas de los tiempos venideros. Quizá en Sófocles la potencia pensadora contrabalancea algo la sensación religiosa, como en Dante el sentimiento religioso prepondera en la facultad mental. El tiempo presente tiene que producir su poesía propia, y Sófocles y sus colegas, lo mismo que Dante y Shakespeare, no bastan para

eso. No lo discutiré; ni ensalzaré á los poetas griegos desde Píndaro á Sófocles como objetos de ciega adoración. Pero ningunos otros señalan tan claro el camino á la poesía del presente; ningún otro poeta ha vivido tanto por la razón imaginativa; ningún otro ha hecho su obra tan bien equilibrada; ningún otro ha satisfecho la facultad mental y el sentimiento religioso con tal perfección.

«¡Oh! Que mi destino me guíe por la senda de la santa inocencia en palabra y obra, la que ordenan las augustas leyes, esas leyes que tienen su origen en el excelso emperio, y de las que sólo el cielo es padre, que ninguno de los mortales las engendra, ni jamás caerán en el olvido. El poderoso Dios muestra en ellas su grandeza, y no se quedan antiguas.» ¡Que San Francisco—ó Lutero, cualquiera de los dos—refuten eso!

SPINOZA Y LA BIBLIA

Por la sentencia de los ángeles, por el decreto de los santos, anatematizamos, separamos, maldecimos y execramos á Baruch Spinoza, en presencia de estos libros sagrados con los ciento trece preceptos que están escritos en ellos, con el anatema con que Josué anatematizó á Jericó; con la maldición con la que Eliseo maldijo á los hijos; y con todas las maldiciones que están escritas en el Libro de la Ley; maldito sea de día, y de noche; maldito cuando se levante, y cuando se acueste; maldito cuando salga, y cuando entre; el Señor no le perdone nunca; la cólera é indigna-

eso. No lo discutiré; ni ensalzaré á los poetas griegos desde Píndaro á Sófocles como objetos de ciega adoración. Pero ningunos otros señalan tan claro el camino á la poesía del presente; ningún otro poeta ha vivido tanto por la razón imaginativa; ningún otro ha hecho su obra tan bien equilibrada; ningún otro ha satisfecho la facultad mental y el sentimiento religioso con tal perfección.

«¡Oh! Que mi destino me guíe por la senda de la santa inocencia en palabra y obra, la que ordenan las augustas leyes, esas leyes que tienen su origen en el excelso emperio, y de las que sólo el cielo es padre, que ninguno de los mortales las engendra, ni jamás caerán en el olvido. El poderoso Dios muestra en ellas su grandeza, y no se quedan antiguas.» ¡Que San Francisco—ó Lutero, cualquiera de los dos—refuten eso!

SPINOZA Y LA BIBLIA

Por la sentencia de los ángeles, por el decreto de los santos, anatematizamos, separamos, maldecimos y execramos á Baruch Spinoza, en presencia de estos libros sagrados con los ciento trece preceptos que están escritos en ellos, con el anatema con que Josué anatematizó á Jericó; con la maldición con la que Eliseo maldijo á los hijos; y con todas las maldiciones que están escritas en el Libro de la Ley; maldito sea de día, y de noche; maldito cuando se levante, y cuando se acueste; maldito cuando salga, y cuando entre; el Señor no le perdone nunca; la cólera é indigna-

ción del Señor arda sobre este hombre y atraiga sobre él todas las maldiciones que están escritas en el Libro de la Ley. El Señor borre su nombre del cielo. El Señor le deje de su mano á causa de la desolación de todas las tribus de Israel, con todas las maldiciones del firmamento que están escritas en el Libro de esta Ley... Ningún hombre le hablará, ni le escribirá, ni le mostrará ninguna bondad, ni permanecerá bajo el mismo techo que él, ni se le acercará.»

Con estas amenidades, cumplimientos corrientes de la separación teológica, los judíos de la sinagoga portuguesa en Amsterdam despidieron en 1656 (y no en 1660 como hasta aquí se supuso comúnmente) á su extraviado hermano Baruch ó Benito Benedicto Spinoza. Ellos continuaron siendo hijos de Israel y él quedó hecho hijo de la Europa moderna.

Eso pasó en 1656, y Spinoza murió

en 1677, á la temprana edad de cuarenta y cuatro años. La gloria no había dado con él. Su corta vida de infatigable actividad, bondad y pureza, la pasó en el retiro. Pero á pesar de esa reclusión, de la brevedad de su carrera, de la hostilidad de los dispensadores del renombre en el siglo xviii—de la mofa de Voltaire, y de la maledicencia de Bayle—á pesar de la forma repelente que ha dado á su obra principal, y de la apariencia exterior de un rígido dogmatismo contrario á las tendencias más esenciales de la filosofía moderna, y, por último, á despecho del peso inmenso de descrédito lanzado sobre él por el repetido cargo de ateísmo, el nombre de Spinoza ha crecido silenciosamente en importancia, el hombre y su labor han atraído la atención, destacándose cada vez más y llegando á ser lo que merecían—el punto central de interés en la historia de la filosofía moderna.—Una traducción declarada de

una de sus obras—su *Tratado teológico-político*—apareció por fin en inglés. Es la obra principal que Spinoza publicó en vida; su libro sobre ética, obra en la cual reposa su fama, es póstumo.

El traductor inglés no ha desempeñado bien su tarea. Temo que no quede duda del carácter de su versión; un pasaje como el siguiente es decisivo:

« Confieso que, mientras estuve con ellos (los teólogos) nunca he sido suficientemente capaz de admirar los insondables misterios de la Escritura, no hallé que diesen expresión á nada, sino á teorías aristotélicas y platónicas, ajustadas artificiosamente y acomodadas con sutileza á la Santa Escritura de miedo de que los oradores manifestasen con harta ingenuidad que pertenecían á la secta de los paganos griegos. *No era bastante para estos hombres disertar con los griegos; además de eso se han ocupado en desvariar con los profetas hebreos.*»

Esto quiere ser una traducción de es-

tas palabras de Spinoza: *Fateor, eos nunquam satis mirari potuisse Scripturae profundissima mysteria; attamen praeter aristotelicorum vel platoniorum speculationis nihil docuisse video atque his ne gentiles sectari viderentur Scripturam accommodaverunt. Non satis his fuit eum Graecis insanire sed prophetas cum iisdem delitrovisse voluerunt.* Después de tal muestra de la fuerza de un traductor, el lector experimentado tiene una especie de instinto de que puede cerrar en seguida el libro, con un suspiro ó una sonrisa, según que sea partidario del llanto ó filósofo risueño. Si á pesar de esta inspiración persiste en continuar con la versión inglesa del *Tratado teológico-político*, encontrará muchas muestras semejantes. No obstante, mi intención no es llenar con éstas el espacio, ni con reflexiones sobre su autor. Prefiero observar, que rinde un servicio á la historia literaria, indicando, en su prefacio, cómo puede

atribuirse á Bayle el disfavor en que el nombre de Spinoza fué tenido por tan largo tiempo; que en sus observaciones sobre el sistema de la iglesia de Inglaterra demuestra una laudable libertad de las preocupaciones ordinarias de los liberales ingleses en esa escuela avanzada á la cual claramente pertenece; y, por último, que, aunque él manifiesta poca familiaridad con el latín, parece tenerla considerable con la filosofía, y ser muy capaz de seguir y comprender el razonamiento teórico. Permitame aconsejarle que una sus fuerzas con las de alguno que tenga ese conocimiento cabal del latín que á él le falta, y entonces quizá una buena traducción de Spinoza será el resultado de esa unión. Y habiéndole dado este consejo, permitaseme volver otra vez, por un rato, al *Tratado teológico-político*.

Esta obra es, como ya he dicho, sobre la interpretación de la Escritura,

trata de la Biblia. ¿Qué fué con exactitud lo que Spinoza pensó acerca de la Biblia y su inspiración? En el momento presente, ese será el punto central de interés para los lectores ingleses de su *Tratado*. Ahora, pues, hay que observar, que precisamente en este punto el *Tratado* interesante y notable como es, dejará de satisfacer al lector. Es importante acoger esta idea con firmeza y no dejarla mientras se lee el trabajo de Spinoza. El designio de la obra es éste. Spinoza observa que la vida y práctica de las naciones cristianas que profesan la religión de la Biblia no sacan los debidos frutos de ella; sólo ve odio, amargura y lucha, donde podría esperar ver amor, alegría y paz en la creencia; y se pregunta á sí mismo la razón de esto. El dice que la razón es porque estos pueblos no comprenden su Biblia. Pues entonces es su conclusión; escribiré un *Tratado teológico-político*. Demostraré á estos pueblos

que, tomando á la Biblia por lo que es, asintiendo á todo lo que asegura ser, concediéndole toda la autoridad que pretende, no es lo que ellos imaginan, ni dice lo que ellos se figuran. Yo les demostraré lo que en realidad dice, y que harán bien en aceptar esta verdadera enseñanza de la Biblia, en lugar del fantasma con el que han sido engañados por tanto tiempo. Demostraré á sus gobiernos que harán perfectamente en reorganizar las iglesias nacionales, haciéndolas instituciones informadas con el espíritu de la verdadera Biblia, en lugar de serlo con el espíritu de este falso fantasma.

Los comentarios de los hombres—dice Spinoza—han sido falseados en la religión cristiana, se ha perdido de vista la pura enseñanza de Dios. Determinó, pues, volver á la Biblia, leerla una y otra vez con un espíritu perfectamente despreocupado, y no aceptar nada como enseñanza que claramente no enseñe.

Comenzó por señalar un método ó establecer condiciones indispensables para la adecuada interpretación de la Escritura. Estas condiciones son tales, que indican que una interpretación bien adecuada es ahora imposible. Por ejemplo, para comprender enteramente á cualquier profeta, debemos conocer su vida, carácter y objeto que se propuso, en qué circunstancias fué compuesto su libro, y en qué estado y por medio de qué manos ha llegado hasta nosotros; y, en general, la mayor parte de esto no puede saberse. Sin embargo, el sentido principal de los Libros de la Escritura puede ser aclarado por nosotros. Spinoza mismo, siendo judío, con todo el saber de su nación, y siendo hombre de esclarecido talento natural, ha tenido en la dificultosa tarea de interpretar este sentido toda la ayuda que un especial conocimiento ó facultades preeminentes podían darle.

¿En qué, pues, pregunta, la Escri-

tura interpretada con su auxilio y no con el de las tradiciones rabínicas ó de la filosofía griega, hace constar el argumento de su propia divinidad? En una revelación dada por Dios á los profetas. Todo el conocimiento, pues, es una revelación divina; pero la profecía, tal como se representa en la Escritura, es cosa de que las leyes de la naturaleza humana, consideradas por sí mismas, no pueden ser la causa. Por tanto, nada debe asegurarse acerca de eso, excepto lo que está declarado evidentemente por los profetas, pues ellos son nuestro único recurso de saber en una materia que no cae en la jurisdicción de nuestras facultades mentales usuales. Pero las gentes ignorantes, sin conocer el genio y fraseología hebreos, y sin atender á las circunstancias del que habla, imaginan con frecuencia que los profetas afirman cosas que no afirman.

Los profetas declaran positivamente

haber recibido la revelación de Dios por medio de palabras é imágenes; no como Cristo, por medio de comunicación inmediata del espíritu con el espíritu de Dios. Por lo cual aventajan á otros hombres por el dominio y viveza de su facultad representativa é imaginativa, pero no por la perfección de su espíritu. Por esto es por lo que ellos perciben casi todo por medio de figuras, y se expresan tan diversa é impropriamente en lo que concierne á la naturaleza de Dios. Moisés imagina que puede verse á Dios y atribuirsele pasiones de ira y cólera; Micaiah le imagina sentado en un trono con las huestes del cielo á derecha é izquierda; Daniel, como un anciano de túnica blanca y cabello blanco; Ezequiel como una llama; los discípulos de Cristo pensaron que veían el espíritu de Dios en la forma de una paloma; los apóstoles, en la forma de lenguas de fuego.

¿Por qué, pues, los profetas podían estar seguros de la verdad de una revelación que recibían por medio de la imaginación y no por un trámite mental? Pues sólo una idea puede llevar consigo la sensación de su propia certidumbre, no una fantasía. Para hacerles seguros de la verdad de lo que se les revelaba, procedía un razonamiento; tenían que apoyarlo en el testimonio de una señal, y sobre todo en el testimonio de su propia conciencia, de que eran hombres buenos, y hablaban por amor de Dios. Un testimonio era incompleto sin el otro. Hasta el buen profeta necesitaba, para darsu informe, la confirmación de un signo; pero un mal profeta, el divulgador de una doctrina inmoral no tenía certidumbre ni verdad en ella, aunque la confirmase por un signo. Por esta razón, el mayor principio de certeza para el profeta era el testimonio de una buena conciencia. No obstante, aun ésta era solamente

una certidumbre moral y no matemática, porque ningún hombre puede tener seguridad perfecta de su propia bondad.

La facultad de imaginar, de sentir lo que es la bondad, y la costumbre de practicarla eran, por tanto, las únicas cualidades esenciales de un verdadero profeta. Pero para el propósito de dar informe de la revelación que Dios le designaba para transmitir, bastaban esas cualidades.

La sustancia y resumen de esta revelación era sencillamente: *Cree en Dios y haz buena vida*. Ser el órgano de esta revelación no hace más sabio á un hombre; le deja su conocimiento científico tal como lo halló. Esto explica las opiniones acerca de Dios, contradictorias y teóricamente falsas con las leyes de la naturaleza, que los patriarcas, apóstoles y profetas admiten. Abraham y los patriarcas conocían sólo á Dios como *El Sadai*, el poder que da

á cada hombre lo que necesita; Moisés le conocía como *Jehovah*, un ser existente, pero le imaginaba con las pasiones de un hombre. Samuel se figuraba que Dios no podía arrepentirse de sus sentencias; Jeremías que sí podía. Josué, en un día de gran victoria, estando el terreno blanco de granizo, vió que la luz del día duraba más tiempo que de costumbre, y apoderándose de esto su imaginación como de una señal especial de apoyo divino que le prometiesen, declaró que el sol estaba parado. El ser obedientes á Dios, y guías inspirados de otros para la obediencia y la vida ejemplar, no hizo á Abraham y á Moisés metafísicos, ni á Josué filósofo natural. El iracundo Eliseo, requirió el calmante natural de la música, antes de ser mensajero de la buena fortuna para Gehoran. Los ilustrados Isaías y Nahum tienen el estilo adecuado á su condición, y los rústicos Ezequiel y Amós su estilo propio. No

estamos, pues, obligados á atender á las opiniones teóricas de este ó aquel profeta, pues al pronunciarlas hablaron sólo como hombres: únicamente al exhortar á sus oyentes á obedecer á Dios y á conducirse bien en la vida eran órgano de una revelación divina.

Conocer y amar á Dios es la felicidad más sublime del hombre, y de todos los hombres igualmente; á esto está llamada toda la humanidad y no una nación cualquiera en particular.

La ley divina, llamada propiamente así, es el método de vida para alcanzar esta altura de beatitud humana; esta ley es universal, escrita en el corazón, y única para todos. La ley humana es el método de vida para alcanzar y conservar la seguridad y prosperidad temporales: esta ley está dictada por un legislador, y cada nación tiene la suya. En el caso de los judíos, esta ley fué dictada por revelación de los profetas; su precepto fundamental era obedecer

á Dios y guardar sus mandamientos, y, por tanto, se llamó divina en un sentido secundario; pero fué, sin embargo, formada en consideración solamente de las cosas temporales. Aun el precepto verdaderamente moral y divino de esta ley, de prácticas por amor de Dios, justicia y misericordia hacia el prójimo, significó para el hebreo del Antiguo Testamento únicamente su prójimo hebreo, y tenía relación con la concordia y estabilidad de la república hebrea. Los judíos obedecían á Dios y guardaban sus mandamientos para poder continuar por largo tiempo en la tierra que les había dado, y para poder estar bien allí. Su predestinación era temporal y sólo duraba por tanto tiempo como su Estado. Ahora ya se acabó; y la única elección que tienen es que de los *piadosos* el *remanente* que queda toma y siempre ha tomado lugar en cualquiera otra nación. La Escritura enseña que hay una divina ley uni-

versal que es común igualmente á todas las naciones, y esta es la que verdaderamente da la felicidad eterna. Salomón, el más sabio de los judíos, conocía esta ley como pocos hombres sabios de todas las naciones la conocieron; pero para la mayoría de los judíos, como para la mayoría del linaje humano de todas partes, esta ley estaba oculta, y no tenían idea de su acción moral, su *vera vita* que conduce á la beatitud eterna, excepto hasta donde esta acción les estaba mandada por las prescripciones de su ley temporal. Cuando la ruina del Estado trajo consigo la ruina de la ley temporal, hubiera perdido enteramente su única clave á la felicidad eterna.

Cristo vino cuando ese edificio del Estado judío, por el que existía la Ley judaica, estaba á punto de caer; y él proclamó la universal Ley divina. Por esta Ley está prescrita cierta acción moral como estaba prescrita por la ley ju-

daica: pero el que verdaderamente concibe la divina ley universal concibe los decretos de Dios igualmente como verdades eternas, y para él la acción moral tiene libre albedrío, mientras los profetas de la ley judaica concebían imperfectamente los derechos de Dios como reglas y mandatos, y para ellos la acción moral no tenía libertad ni criterio propio. Cristo, que consideraba los decretos de Dios como Dios los considera — como verdades eternas — proclamó el amor de Dios y de nuestro prójimo como *mandamientos* únicamente á causa de la ignorancia de la multitud: aquellos á quienes era «dado conocer los misterios del reino de Dios» se los anunciaba como él los percibía, como verdades eternas. Y los apóstoles hablaban á muchos de sus oyentes como lo hacía Cristo, «como á gente carnal y no espiritual»; presentándoles, lo que es amor de Dios y su prójimo, como un mandato divino hecho

auténtico por la vida y muerte de Cristo, no como una vida eterna de la razón llevando en sí misma su testimonio. La representación de esta última, los que le escuchaban «no eran capaces de comprenderla». Los apóstoles, por otra parte, aunque predicaban y confirmaban su doctrina por signos como los profetas, escribían sus epístolas, no como profetas, sino como doctores y razonadores. No tomaban de la razón la esencia de su doctrina, sino, como los profetas, del hecho y la revelación; predicaban la creencia en Dios y la bondad de la vida como una religión católica, existiendo por la virtud de la pasión de Cristo, como los profetas habían predicado la creencia en Dios y en la bondad de la vida como una religión nacional, existiendo por virtud de la alianza mosaica; pero mientras los profetas anunciaban su mensaje en una forma puramente dogmática, los após-

toles desarrollaban el suyo con las formas del razonamiento y argumentación, según la capacidad y modo de pensar de cada apóstol, y según podían recomendarlo mejor á sus oyentes; y no pretendían tener autoridad divina para sus razonamientos, sometiéndoles al criterio de sus oyentes. De este modo cada apóstol erigió una religión esencial sobre un fundamento que no era esencia suya, y, como dice San Pablo, evitando dar los fundamentos de otro apóstol, que podrían ser enteramente diferentes al suyo. De aquí las discrepancias entre la doctrina de un apóstol y la de otro, entre la de San Pablo, por ejemplo, y la de Santiago; pero estas diferencias no están en lo esencial dado á ellos por revelación, sino en lo que no es esencial. Las iglesias humanas, apoderándose de estas diferencias no esenciales como si lo fueran, sosteniendo una lo de una de ellas, otra lo de otra, han llenado el mundo

de controversias vanas, han «convertido á la Iglesia en una academia, y á la religión en una ciencia, ó más bien en una contienda», y han caído en un cisma sin fin.

¿Cuáles son, pues, los puntos principales de la religión según el Antiguo y el Nuevo Testamento? Muy pocos y muy sencillos. El precepto de amar á Dios y á nuestro prójimo. Los preceptos del primer capítulo de Isaías: «Lavaos, purificaos; separad de mi vista el mal de vuestros hechos; cesad de hacer mal; aprended á hacer bien; buscad la justicia; aliviad al oprimido; proteged al huérfano; abogad por la viuda»: los preceptos del Sermón en el Monte, que añaden á lo antedicho la recomendación de que cesemos de hacer mal y aprendamos á hacer bien, no es sólo á nuestros hermanos en religión y á nuestros conciudadanos, sino á toda la humanidad. Siguiendo estos preceptos es como se demuestra la

creencia en Dios : si creemos en El, guardaremos su mandato; y éste es que nos amemos unos á otros. Por contener estos preceptos es por lo que la Biblia se llama con propiedad la Palabra de Dios, á pesar de que contiene mucho que es mera historia, y, como toda historia, algunas veces es verdad y otras no; á pesar de que en su contenido hay mucho razonamiento, y como todo razonamiento, algunas veces es sólido y otras vacío. Estos preceptos lo son también de la divina ley universal escrita en nuestros corazones; y sólo por esto está establecida la divinidad de la Escritura: por contener especialmente preceptos idénticos á los de esta Escritura interna y ley experimentada. Esta ley estaba en el mundo, según dice San Juan, antes de la doctrina de Moisés ó de la doctrina de Cristo. ¿Y qué necesidad había, pues, de estas doctrinas? Por causa de que el mundo en general no conocía esta ori-

ginal ley divina, en la cual los preceptos son ideas, y la creencia en Dios su conocimiento y contemplación. La razón nos da esta ley, la razón nos dice que guía á la felicidad eterna, y que los que la siguen no necesitan otra. Pero la razón no podía habernos dicho que la acción moral de la divina ley universal no se sigue por un sentido de su intrínseca bondad, verdad y necesidad, sino simplemente en prueba de obediencia (pues el Viejo y el Nuevo Testamento no son sino una larga disciplina de obediencia), sencillamente porque así está mandado por Moisés en virtud de la alianza; sencillamente porque así está mandado por Cristo en virtud de su vida y pasión, para que pueda guiar á la felicidad eterna, lo cual significa, por la razón, á la sabiduría eterna. La razón no podía decirnos esto, y por eso nos lo dice la Biblia. Esta es esa «cosa que ha sido guardada en secreto desde la fundación del mundo». Así es

como por medio de la tontería del mundo Dios confunde á los sabios, y con las cosas que no son, trae á la nada las cosas que son. De la verdad de la promesa hecha así á la obediencia sin el conocimiento, no podemos tener certeza matemática, pues sólo podemos tenerla de cosas deducidas por razón de elementos que en sí posee. Pero podemos tener una certeza moral, tal como la tenían los profetas, originada en la bondad y pureza de aquellos á quien esta revelación ha sido hecha, y se nos hace posible porque no la contradicen principios de razón. Es un gran consuelo creerla; porque «como sólo una muy pequeña minoría puede seguir una vida virtuosa con la única guía de la razón, si no tuviésemos este testimonio de la Escritura, estaríamos en duda respecto á la salvación de casi toda la raza humana».

De esto se sigue que la filosofía tiene su esfera independiente, y la teología

la suya propia, y que ninguna de ellas tiene derecho á invadir y tratar de subyugar la otra. La teología pide obediencia perfecta, la filosofía perfecto conocimiento; la obediencia pedida por la teología y el saber pedido por la filosofía son igualmente salvadores. La teología requiere opiniones teóricas acerca de Dios, únicamente tales como son indispensables á la realidad de esta obediencia: la creencia de que Dios recompensa á los que le buscan y que la prueba de buscarlo es hacer una vida virtuosa. Estos son los fundamentos de la fe, tan claros y sencillos, que ninguna de las negligencias manifestadas en la narración de la Biblia les afectan en nada, y han venido hasta nosotros indudablemente sin corrupción. El que los sostiene puede hacer otras meditaciones acerca de Dios, como las hicieron los patriarcas y profetas, lo más erróneas, y, sin embargo, su fe es completa y salvadora. Más

allá de estos fundamentos, las opiniones teóricas son pías ó impías, no según son verdaderas ó falsas, sino según confirman ó hacen vacilar al creyente en la práctica de la obediencia. La opinión teórica más verdadera de la naturaleza de Dios es impía si hace rebelde al que la tiene; la más falsa es piadosa si le hace obediente. Los gobiernos nunca debieran hacerse juguetes de la ambición eclesiástica, promulgando como fundamentos de la Iglesia nacional otra fe que éstas, y debieran conceder la más amplia libertad de teoría.

Pero la multitud, que sólo respeta lo que la asombra, aterroriza y sobrecoge, no mira su religión por tan sencillo punto de vista. Para la multitud sólo parece imponente la religión cuando está reñida con la razón, confirmada por milagros, transmitida en documentos materialmente sagrados é infalibles, y sentenciando á la con-

denación á todos los que no están en su gremio. Pero esta religión de la multitud no es la que una verdadera interpretación de la Escritura encuentra en ella. La razón nos dice que un milagro —comprendiendo por milagro una infracción de las leyes de la naturaleza— es imposible, y que pensarlo posible, es hacer deshonor á Dios; pues las leyes de la naturaleza son las de Dios, y dice que Dios las quebranta, es decir, que viola su propia naturaleza. La razón ve, además, que los milagros nunca pueden obtener su objeto principal, el de traernos á un conocimiento más elevado de Dios; puesto que nuestro conocimiento de Dios sólo se eleva perfeccionando y aclarando nuestras concepciones, y el argumento de los milagros las confunde. Pero la Escritura en ninguna parte asevera como verdad general que los milagros son posibles. A la verdad, afirma lo contrario; pues Jeremías declara que la Naturaleza si-

que un orden invariable. No obstante, la Escritura, como la Naturaleza, no sostiene proposiciones teóricas. *Scriptura de definitionis non tradit, ut nec etiam natura*. Relata las materias en tal orden y con tal fraseología como uno que habla (sin ser muy instruído) lo emplearía deseando imprimir en los que le escuchan un sentido eficaz de la grandeza y bondad de Dios; como Moisés, por ejemplo, cuenta á los israelitas el pasaje del Mar Rojo sin hacer mención del viento del Este que le seguía, y que lo pone en nuestro conocimiento accidentalmente en otro lugar. Así, que para saber con exactitud, lo que da á entender la Escritura en la relación de los que parecen milagros, debemos conocer (además de los tropos y frases del idioma hebreo) las circunstancias—y también, puesto que cada uno se inclina á sus opiniones preconcebidas en la manera de presentar los hechos, y hemos visto cómo eran las de los pro-

fetas—las opiniones preconcebidas de cada uno que habla. Pero este modo de interpretar la Escritura es fatal á la noción vulgar de su inspiración verbal, de una santidad y verdad absolutas, en todas las palabras y sentencias de que se compone. Esta idea vulgar es, á la verdad, un error palpable. Del intrínseco testimonio de las mismas Escrituras se demuestra que los libros desde el primero del Pentateuco hasta el último de los Reyes, fueron recopilados después de la primera destrucción de Jerusalén por un compilador (Ezra probablemente), que se proponía narrar la historia del pueblo judío desde su origen hasta esa destrucción; por lo tanto, se demuestra que el compilador no concluyó el trabajo, sino que lo dejó con sus extractos de diversos y confluentes orígenes, reñidos á veces, y con errores de texto y lecturas sin concluir. Los libros proféticos son meros fragmentos de los profetas, colec-

cionados por los rabinos dondequiera que los hallaban, é incluidos en el Canon á su discreción. Al principio, se propusieron no admitir en el Canon los Libros de los Proverbios ni el Libro de Eclesiásticos, y sólo los admitieron porque se encontraban en ellos pasajes que recomendaban la ley de Moisés. También habían determinado excluir á Ezequiel; pero uno de ellos lo arregló para procurar su admisión. Los libros de Ezra, Nehemiah, Ester y Daniel, son obras de un solo autor, y no fueron escritos hasta después que Judas Macabeo restauró el culto del Templo. El Libro de los Salmos fué reunido y arreglado al mismo tiempo. Antes de esto no hubo Canon de Escrituras Sagradas, y la gran sinagoga, para la cual se fijó el Canon, se congregó por primera vez después de la conquista Macedoniana de Asia. Ninguno de los profetas fué miembro de esa sinagoga; los hombres eruditos que la componían se

guiaron por su propio discernimiento falible. De igual manera el fallo sin inspiración divina de los concilios humanos decidieron el Canon del Nuevo Testamento.

Tal es la doctrina del tratado de Spinoza sobre la interpretación de la Escritura, reducido á los términos más breves y sencillos posibles, despojado de las manifestaciones y pruebas con que lo dice, y desposeído del estilo metafísico que en gran parte lo envuelve. Por todo el vuelo é impulso de su argumento, por el espíritu en que está tratado el tema, es innegable que su obra es lo más interesante é incitante para la cultura general de Europa. Hay errores y contradicciones en la Escritura; y la pregunta que la gente culta de Europa, sabedora de esto, hace con verdadero interés es simplemente: ¿Y qué? ¿Qué resulta de todo esto? Si es verdad, ¿qué cambio habrá de producir en las relaciones del linaje humano

con la religión Cristiana? Si la antigua teoría de inspiración de la Escritura se ha de abandonar, ¿qué lugar habrá de ocupar la Biblia de aquí en adelante entre los libros? ¿Cómo va á ser el nuevo Cristianismo. ¿Cómo han de entenderse los gobiernos con las iglesias nacionales fundadas para sostener una concepción muy diferente del Cristianismo? Spinoza se hace estas preguntas. Todos los puntos de crítica secundaria los toca con la mayor brevedad posible. Indica que Moisés nunca pudo haber escrito: «Y los cananitas estaban entonces en el país», por que los cananitas estaban en el país todavía á la muerte de Moisés. Indica que Moisés nunca pudo haber escrito: «No se alzó un profeta en Israel semejante á Moisés.» Señala como un pasaje tal como «Estos son los reyes que reinaban en Edón *antes de que reinase ningún rey sobre los hijos de Israel*», indica claramente un autor que no escribe

antes de los tiempos de los Reyes. Como la relación del catre de hierro de Og: «Únicamente Og, rey de Baschan, quedó del resto de los gigantes; mira, su cama era un catre de hierro; ¿no lo tienen en Rabbath los hijos de Ammón?», indica probablemente un autor escribiendo después que David hubo tomado á Rabbath y encontró allí «abundancia de botín», entre él este catre de hierro, reliquia gigantesca de otra edad. Señala como él estilo de este pasaje, y de tal pasaje como ese del Libro de Samuel: «En otro tiempo en Israel, cuando un hombre iba á informarse de Dios, hablaba así: «Ven y vamos al veedor; pues el que ahora se llama profeta, se llamaba antes de ahora veedor» es ciertamente el estilo de un escritor describiendo los sucesos de un tiempo muy lejano y no el de un contemporáneo. Pero no consagra á todo esto más espacio del absolutamente necesario. Se disculpa por detenerse

mucho en tales materias: *non est cur circa hac diu detinear—nolo tedious lectorem detinere*. Para él la cuestión interesante es, no si el santurrón fanático de la letra ha de continuar por mucho ó poco tiempo, creyendo que Moisés sentado en la tierra de Moab, escribió la descripción de su muerte, sino lo que ha de creer cuando no crea esto. Ha de tomar por guía de su vida un sublime comentario hecho sobre la Biblia por teólogos que, «no contentos con enloquecerse con Platón y Aristóteles, quieren también enloquecer con ella á Cristo y á los profetas», ó á la misma Biblia? ¿Van á serle presentados por su iglesia nacional, formularios metafísicos para su credo, ó los fundamentos verdaderos del Cristianismo? Con los primeros, la religión no producirá nunca el debido fruto. Algunos elegidos se salvarán; pero la mayoría de la humanidad restará sin gracia y sin buenas obras, aborrecida y aborre-

ciéndose unos á otros. Por esta razón, pide con urgencia á los gobiernos que formen la iglesia nacional como deba ser. Este es para él resumen de todo el asunto; una apelación ferviente al Estado para que nos salve de la porfiada progenie de escritores de artículos metafísicos. Y por tanto, anticipándose á Mr. Gladstone, intitula su libro *La Iglesia en sus relaciones con el Estado*.

Tal es, en realidad, el objeto de la obra de Spinoza. Adopta un designio sublime, y lo sigue con notable capacidad. Pero importa observar que en ninguna parte da su opinión claramente acerca del carácter fundamental de la Biblia. Toma la Biblia como está, como podría tomar los fenómenos de la naturaleza, y la discute según la encuentra. La revelación difiere de la ciencia natural, dice, no por ser más divina ó más cierta que la ciencia natural, sino por ser transmitida de diferente manera; difiere de ella, porque

es un conocimiento «para el que las leyes de la Naturaleza humana, consideradas en sí mismas, no pueden ser la única causa». Lo que es, en realidad, su causa, dice, no necesitamos inquirirlo aquí. *Serum nec nobis jam opus et propheticae cognitiones causam scire*, pues tomamos la Escritura, que contiene esta revelación como está, y no preguntamos cómo se formó *documentorum causas nihil curamus*.

Procediendo por este principio, Spinoza deja al atento lector algo perplejo y contrariado, á pesar del claro modo de tratar su asunto, y de lo notables que son las conclusiones que nos presenta. Conocemos que él parte de lo que es para él una hipótesis, y necesitamos saber lo que piensa en realidad acerca de esta hipótesis. Sus mayores novedades están todas fijadas por él dentro de estos límites. Dice que la voz que llamó á Samuel, fué imaginaria; que las aguas del Mar Rojo se retiraron

por un viento fuerte; que el hijo de la Sulamita revivió por el calor natural del cuerpo de Eliseo; que el arcoiris que fué hecho señal por Noé, apareció por el curso ordinario de la Naturaleza. La Escritura, afirma él, interpretada fielmente, dice todo esto. Pero asegura que la voz divina que pronunció los mandamientos en el Monte Sinaí, era una voz verdadera *vera vox*. Dice, en verdad, que esta voz, no pudo dar á los israelitas esa prueba que ellos se imaginaban les daba de la existencia de Dios, y que Dios en el Sinaí trataba con los israelitas, según su imperfecta inteligencia. Pero afirma que la voz divina ha sido verdadera, y que por esta razón violamos la Escritura si no la admitimos como verdadera *nise Scripturae vim inferre vellimus, omnino concedendum est, Israëlitas veram vocem audivisse*. El atento lector necesita saber lo que pensaba Spinoza acerca de esta *vera vox* y su posibilidad; está

mucho más interesado en saber esto que en conocer lo que Spinoza consideraba que la Escritura afirmaba en la materia.

El sentimiento de perplejidad causado por esto no está disminuido por el lenguaje del capítulo sobre los milagros. En éste afirma Spinoza ampliamente que un milagro es imposible. Pero se reduce al método de demostración *à priori*, por el cual pretende haber establecido esta definición, como con el método que ha seguido al tratar de la revelación profética. «Esta revelación—dice—es una materia fuera del alcance humano, y, por tanto, estaba obligado á tomarla como la encontré: *Monere volo, me alià prorsus methodo circa miracula processisse, quam circa prophetiam... quod etiam consulto feci, quia de prophetià, quandoquidem ipsa captum humanum superat et quaestio mere theologica est nihil affirmare, neque etiam scire poteram in quo ipsa po-*

tissimum constiterit, nisi ex fundamentis revelatis.» El lector siente que Spinoza, procediendo sobre una hipótesis, se la ha presentado con la afirmación de un milagro, y después, procediendo *à priori*, con la afirmación de que un milagro es imposible. Comprende que Spinoza no reconcilia perfectamente estos dos asertos declarando que cualquier suceso realmente milagroso, si se halla recordado en la Escritura, debe ser «una adición adulterada, hecha por hombres sacrílegos». ¿Es, pues, pregunta, en la opinión de Spinoza, la *vera vox* del monte Sinaí una edición falsa hecha de la Escritura por hombres sacrílegos, ó si no lo es, cómo no es milagrosa?

Spinoza consideró la Biblia en su imaginación como una vasta colección de documentos misceláneos, muchos de ellos muy diferentes, y que no se armonizaban unos con otros, de valor desigual y de diversa aplicación, tras-

mitiendo algunos de ellos ideas saludables para un tiempo, y otras para otro. Pero en el *Tratado teológico político*, de ningún modo procede siempre con esta libertad de espíritu. A veces trata á la Biblia con el espíritu del más sincero adorador de la letra; otras veces, como si todas sus partes fuesen, por decirlo así, equivalentes, apoderándose de un texto aislado que conviene á su propósito, sin cuidar de si está anulado por el contexto, por la intención general de la Escritura, ó por otros pasajes de más peso y autoridad. La mejor crítica llega á ser de este modo caprichoso, una crítica tan mal hecha como la de Exeter Hall. Al epicúreo Salomón, cuyos *Eclesiásticos* los doctores hebreos prohibieron leer á los jóvenes y á los de entendimiento débil de su comunidad, aun después que lo hubieron recibido en el canon, Spinoza lo cita como autoridad igual á la del severo Moisés; usa confusamente,

como documentos de idéntica fuerza, sin discernir entre su carácter esencialmente diferente, las cosmopolitas enseñanzas suavizadas de los profetas de la cautividad, y la rígida enseñanza nacional de los instructores de la juventud de Israel. Es capaz de extraer de una expresión casual de Jeremías el aserto de una idea teórica, que de seguro Jeremías jamás concibió, y de la que hubiera retrocedido horrorizado, á saber: la idea de que los milagros son imposibles; precisamente como un inglés cualquiera puede deducir de las palabras de Dios á Noé: *Sed fecundos y multiplicaos*, una exhortación para que tenga él una larga familia. Spinoza, repito, conocía perfectamente bien el valor que tenía este modo verbal de proceder con la Biblia, pero algunas veces lo usa por causa de la hipótesis de que partió: á causa de su convenio «de tomar la Escritura como está y no preguntar cómo se formó».

No hay duda de que la sagacidad de las reglas de Spinoza para la interpretación bíblica, el poder de análisis de su contenido, el interés de sus reflexiones sobre la historia judaica, son, á pesar de esto, muy notables, y tienen de suyo un valor absoluto, independiente del silencio ó ambigüedad de su autor, sobre un punto de primera importancia. Pocas gentes cándidas leerán sus reglas de interpretación sin exclamar que están dictadas con el mismo buen sentido que siempre creyeron en ellas, y sin añadir, después de reflexionar un momento, que han pasado sus vidas violándolas. ¿Y qué puede haber más interesante, que descubrir quizá la causa principal de la decadencia de la política judaica fué una (de la que nuestra Biblia inglesa, que tradujo muy mal el versículo xxvi del capítulo xx de Ezequiel, no nos enteró) la reconvencción continua de impureza y desprecio lanzada sobre el sacerdocio de

la tribu de Leví? ¿Puede haber algo más sugestivo, después de haber estado diciéndonos Mr. Mill y el Dr. Stanley que la institución de los profetas fué un poderoso elemento de vigor para la nación hebrea, que oír del más experto de los hebreos que á él le parece que esta institución ha sido para su nación uno de los elementos principales de flaqueza? Ningún hombre inteligente puede leer el *Tratado teológico-político* sin quedar profundamente instruído; pero tampoco puede dejar de comprender que, como obra teórica, está, usando una expresión militar francesa, *en el aire*; que, en cierto sentido, le falta base y apoyo; que esta base y apoyo no se hallan de ningún modo en la obra, y, si existen, deben buscarse en otros trabajos del autor.

Las verdaderas opiniones teóricas de Spinoza, que en el *Tratado teológico-político* sólo se revelan imperfectamente, pueden encontrarse con clari-

dad en su *Ética* y en su carta. Sin embargo, la tarea de la crítica es tratar cada obra como un todo independiente, y, en lugar de establecer una relación entre el *Tratado teológico-político* y las *Éticas* de Spinoza que él mismo no estableció, hacer notar, al hablar de este tratado, el hecho importante de que esta obra tiene su origen, no en los axiomas y definiciones de las *Éticas*, sino en una hipótesis. Las *Éticas* todavía no están traducidas al inglés y no tengo para qué hablar de ellas. Cuando ese libro esté traducido será el tiempo oportuno para que la crítica trate de señalar el carácter y tendencias especiales de ese notable trabajo. La crítica de la *Ética* es una tarea demasiado seria para ser emprendida incidentalmente y como un suplemento á la crítica del *Tratado teológico-político*. No obstante, tengo que decir una ó dos palabras sobre ciertas ideas dominantes en Spinoza, que reciben, á la verdad, en la

Ética, su expresión sistemática y sobre las cuales no está formalmente basado el tratado, pero que como nunca están ausentes de la mente de Spinoza en la composición de cualquier trabajo, transpiran en todas sus obras y les dan un efecto y eficacia peculiares.

El dominio verdadero de un filósofo sobre la humanidad, no reside en sus fórmulas metafísicas, sino en el espíritu y tendencias que le han guiado á adoptarlas. Por tanto, la crítica de Spinoza tiene más bien que traer á luz ese espíritu y esas tendencias de su autor, que exhibir sus fórmulas metafísicas. Las definiciones acerca de la naturaleza de las cosas pasan de largo por los hombres, como el viento ocioso á que los hombres no atienden; no escucharán estas proposiciones si no saben primero qué objeto lleva con ellos el autor, y no hallan qué les es simpático y que, en algún modo, reclame su atención. Y la humanidad es muy exi-

gente en que este objeto del autor sea en realidad como se le ha dicho, de la mayor importancia, y el móvil de toda su obra, y que es el secreto de su atracción para otros entendimientos que por diferentes medios persiguen el mismo objeto.

Mad. Maurice, buscando la causa de la gran admiración de Goethe por Spinoza, cree encontrarla en su don hebreo. «Habla de Dios—dice Mad. Maurice—como de un ser existente, á esos que le habían imaginado como un nombre en un libro. El Hijo de la Circuncisión ha tenido un mensaje para Lessing y Goethe, que la escuela pagana de la filosofía no pudo traerles.» Confieso que esto me parece imaginario. No hay duda que Spinoza tiene una intensidad y eficacia que le viene de su condición hebrea, pero las dos cosas que son en él más notables, y por las cuales, á mi entender, hacia impresión en Goethe, no me parece que

le vienen del todo de su natural hebreo—quiero decir su negación de las causas finales y su estoicismo, que no era pasivo, sino activo.—Para un entendimiento como el de Goethe, profundamente imparcial y aspirando apasionadamente á la ciencia, no sólo de los hombres, sino de la Naturaleza universal, la filosofía popular que explica todas las cosas con referencia al hombre y mira á la Naturaleza universal como existiendo en consideración al hombre, y aun en ciertas clases de hombres, tenía que serle muy repulsiva. Esta filosofía sin restricción sostendría alegremente que existe el asno para que el cristiano enfermo pueda tomar leche de pollina antes del almuerzo; y tales maneras de ver la naturaleza, eran precisamente las que Goethe aborrecía con toda el alma. Su pensamiento era que la creación debería ser hecha de materia más resistente; deseaba apoyar la existencia del

asno en terrenos más sólidos. Spinoza le satisfacía en esto más que cualquiera otro filósofo de los que han existido. En la *Ética* se encuentra la plena exposición de la controversia á la doctrina popular de las causas finales; pero esta denegación era un elemento tan esencial en todo pensamiento de Spinoza, que, como ya se ha dicho, lo hallamos en la obra de que aquí tratamos, el *Tratado teológico-político*, y traspirando en todos los demás. Del *tratado* puede uno tomar una exposición general de esta negación tan buena como cualquiera otra que se encuentre en la *Ética*:

«Dios dirige la naturaleza, según sus leyes universales, y no según lo requieren las leyes particulares de la naturaleza humana, y así Dios atiende, no sólo á la raza humana, sino á toda la naturaleza.»

Y, como apéndice á esta negación de Spinoza de las razones decisivas, viene

su estoicismo: «Nuestro deseo no es que la naturaleza nos obedezca, sino, por el contrario, que nosotros obedezcamos á la naturaleza.»

Aquí está el segundo manantial de su atractivo para Goethe, y Goethe es el eminente representante de toda una pléyade de talentos cuya admiración ha hecho la fama de Spinoza. Este hace primero impresión en Goethe y en otros semejantes á él, y después les tranquiliza; primero llena y satisface su imaginación por la amplitud y majestad de su modo de considerar la naturaleza, y luego fortifica y serena su móvil temperamento apasionado y poético con la lección moral que procede del examen de ella. Y no es una lección moral de mera conformidad resignada, de melancólico quietismo, sino de gozosa actividad dentro de los límites de la verdadera condición del hombre.

Lo esencial del hombre es el es-

fuerzo con que cada uno lucha para sostener su existencia... La virtud del hombre es esta misma esencia, hasta donde está definida por este individual esfuerzo en sostener la propia existencia... La alegría es un paso en el hombre á la mayor perfección... La tristeza es el paso del hombre á una menor perfección.»

Me parece que por ninguna de estas sublimes doctrinas, características de Spinoza, es sinceramente hebreo ó verdaderamente cristiano. Su negación de las causas finales es esencialmente ajeno al espíritu del Antiguo Testamento, y su placentero estoicismo presumiendo de sus fuerzas es ajeno en esencia al espíritu del Nuevo. La doctrina de que «Dios no dirige la naturaleza en acorde á las leyes particulares de la humanidad, sino á los que requieren las leyes de la naturaleza universal», está en total discordancia con el modo hebreo de representar las hechuras de

Dios, que hace caer el azote de la langosta sobre Egipto para castigar la dureza de corazón de Faraón, y que el rocío caiga separado del esquiland rebano de Gedeón. La doctrina de que «toda pesadumbre es un paso á la disminución de la perfección», está en completa oposición al acto cristiano de reconocer la bendición de la aflicción ó procurando «la contricción y el arrepentimiento para la salvación»; del dolor que, según las palabras de Dante, «nos une de nuevo á Dios».

Las afirmaciones repetidas y vehementes de Spinoza de que el amor de Dios es el *summum bonum* del hombre no desvanecen la disparidad fundamental de su doctrina y las doctrinas hebrea y cristiana. Al hablar del amor de Dios no significa lo mismo que las religiones hebrea y cristiana dan á entender. El hace consistir ese amor en el conocimiento de Dios; y como nosotros sólo conocemos á Dios por medio de su

manifestación en las leyes de toda la naturaleza, amamos á Dios conociendo estas leyes, y cuanto mejor las conocemos más le amamos. Esto puede ser verdad, pero no es lo que el cristiano da á entender por amor de Dios. El ideal de Spinoza es la vida intelectual; el ideal del cristiano es la vida religiosa. Hay entre las dos condiciones la diferencia que existe entre el ser enamorado, y el que sigue con deleitosa comprensión un razonamiento de Platón. Para Spinoza, el complemento de la vida intelectual es, indudablemente, un éxtasis, como para el santo el premio de la vida religiosa también lo es; pero los dos arrobamientos del espíritu no son iguales.

Esto es verdad; como también lo es que completando así la vida intelectual con un arrobamiento sagrado, y reteniendo en la filosofía el nombre de Dios entre los murmullos de descontento de todas las huestes del ateísmo,

Spinoza sostiene una afinidad profunda con lo que en la religión es más verdadera é inspira un interés indestructible. Uno de sus admiradores, M. Van Vloten, ha publicado recientemente en Amsterdam un volumen suplementario á las obras de Spinoza, conteniendo el interesante documento de la sentencia de excomunión de Spinoza, que ya he citado, y conteniendo, además, varios trabajos hallados últimamente que afirma son de Spinoza, y me parecen ser de autenticidad dudosa, y, aunque sean auténticos, no tienen gran importancia. M. Van Vloten (que, sea dicho de paso, escribe en latín que le haría á uno creer el arte de escribir latín debe haberse perdido en el país de Leipzig), muestra ansiedad cuanto á que la memoria del nombre de Dios que hace Spinoza no aflija á sus lectores con algunas dudas sobre la perfección de su ortodoxia científica:

«Es una gran equivocación, exclá-

ma, injuriar á Spinoza comparándolo simplemente como uno de los dogmáticos anteriores á Kant. Guardando el nombre de Dios, mientras borraba su personalidad y carácter se ha hecho á sí mismo una injusticia. Los que buscan el fondo de las cosas veían que, mientras vivió, alcanzó el punto que la filosofía hegeliana y el estudio de la ciencia natural acaba de traer á nuestros tiempos. Leibnitz expresó su aprensión de que esos que borran las causas finales harían lo mismo con Dios. Pero es en su manera de tratar las causas finales, *y á Dios con ellas*, en lo que consiste el verdadero mérito de Spinoza.

Debe, pues, observarse que usar la negación de las causas finales de Spinoza para identificarle con el corifeo del ateísmo, es hacer un falseado uso de su negación, como usando su aseveración de toda la importancia de amar á Dios para identificarle con los santos,

sería hacer un falso uso de su aserto. Ni puede ser identificado con los filósofos hegelianos ni con San Agustín. Los escritos de Spinoza, en verdad que no tienen unción; ese nombre no se acomoda con cualquiera cualidad de las que exhiben. Y, sin embargo, todo lo que tiene importancia en la esfera del pensamiento religioso tiene eficacia edificadora y una gran fama como la de Spinoza nunca puede fundarse sin ella en tal esfera. Un tribunal de literatura nunca puede ser muy severo para Voltaire, que, con su ingenio inimitable y su clara inteligencia, no puede escribir una página en la que la cabeza mejor organizada no halle alguna cosa sugestiva; pero como el tratar de ideas religiosas, á pesar de toda su agudeza y claro talento las maneja sin el poder de edificación, su fama como hombre ilustre es equívoca. Strauss ha tratado la cuestión de los milagros de la Escritura con una vi-

veza de ingenio y una amplitud que es instructiva hasta para los entendimientos mejor informados; pero por haberla tratado sin el poder de edificación, su fama como pensador profundo es equívoca. En Spinoza no hay huella de la pasión por el sarcasmo de Voltaire, ni de la pasión demoleadora de Strauss. Toda su alma estaba llena de deseo del amor y conocimiento de Dios, y únicamente de eso. La filosofía siempre se proclama estar en el camino del *summum bonum*, pero con frecuencia parece olvidarse del fin á donde va, y permite á sus oyentes que también lo olviden. Spinoza nunca olvida á donde se dirige. «El amor de Dios es la mayor felicidad y bendición, y la conclusión final y aspiración de todas las acciones humanas.» «La recompensa suprema de guardar la palabra de Dios es la misma palabra, á saber, conocerle: y con libre voluntad y corazón puro y constante amarle»: estas sentencias son la clave

de todo lo que se escribió y fueron la inspiración de toda su labor. Por esto es por lo que se vuelve tan severamente á los adoradores de la letra—los editores de la *Mazora*, el editor del *Record*—porque su doctrina pone en riesgo nuestro amor y conocimiento de Dios. «¡Qué! — exclama — nuestro conocimiento de Dios depende de estas cosas perecederas, que Moisés puede echar por tierra y romper en pedazos como las primeras tablas de piedra, ó de los que pueden perderse los originales como el libro original del Nuevo Testamento como el de la Ley de Dios y el de las guerras de Dios!... que pueden llegar á nosotros confusos, imperfectos, mal escritos por copistas, barajados por doctores! ¡Y acusáis á otros de impiedad! ¡Vosotros sois los impíos creyendo que Dios encomendaría el tesoro de su verdadera memoria á alguna materia de menor aguante que el corazón!» Y la vida de Spinoza no fué indigna

de este elevado estilo. Un filósofo que profesaba que la sabiduría era su propia recompensa, un devoto que profesaba ser el amor de Dios su premio, este filósofo y este devoto creía en lo que decía. Spinoza llevó una vida lo más inmaculada que puede hallarse quizá entre las vidas de los filósofos; vivía con sencillez, con un carácter igual, bondadoso y dedicado al estudio, rehusando honores, riquezas y notoriedad. Era pobre, y su admirador Simón de Pries le envió dos mil florines; él los rehusó. El mismo amigo le dejó al morir su fortuna, y él se la devolvió al heredero. Se le pidió que dedicase una de sus obras al protector espléndido de las letras en su centuria, á Luis XIV, y lo rehusó. Su obra sublime, la *Ética*, publicada después de su muerte, había dado órdenes severas á sus amigos para que se publicase anónimamente, por temor de que diese su nombre á una escuela. Pensaba

que la verdad no debiera llevar el nombre de ningún hombre. Y, últimamente, «si no fuese—dijo—que yo conocía que mis escritos harían, en conclusión, progresar la causa de la verdadera religión, los hubiera suprimido, *tacuissem.*» En este espíritu vivió, y este espíritu dió á todo lo que escribió, que no es exactamente de unción—ya lo he dicho así—sino de una especie de solemnidad sagrada. No es del mismo orden que la de los santos, y, sin embargo, resulta del mismo servicio. *Sin duda tú eres nuestro Padre, aunque Abraham nos ignore é Israel no nos reconozca.*

Por esta razón ha sido edificante en cierto orden y ha inspirado en muchos entendimientos vigorosos un interés y una admiración tales como ningún otro filósofo ha inspirado desde Platón. El abandonado precursor de la filosofía alemana todavía resplandece cuando el brillo de sus sucesores se oscurece;

ellos tenían celebridad, Spinoza tiene fama. No porque su sistema peculiar de filosofía ha tenido más parciales que el de ellos; por el contrario, ha tenido menos. Pero las escuelas de filosofía se levantaron y caen; los discípulos de sus sectas degeneran inevitablemente, ningún maestro puede persuadir por largo tiempo á una gran masa de discípulos que se dan cuenta del mundo lo mismo que él; hasta los más jóvenes y los más entusiastas se creen seguros de poseer todo el entendimiento de Platón ó Spinoza ó Hegel. La misma madurez y modestia pueden creer con dificultad que estos filósofos no poseían bastante para ponerlo en todas sus obras y hacernos conocer del todo, como les parecía, el mundo. Lo que un filósofo notable hace en realidad para el pensamiento humano es poner en circulación cierto número de ideas y expresiones nuevas de efecto, estimulando con ellas el pensamiento é imaginación

de su centuria ó de tiempos venideros. Así, hizo Spinoza de su distinción entre las ideas adecuadas é inadecuadas una noción corriente para la Europa ilustrada. Así, Hegel se apoderó de una sola sentencia fecunda de Heráclito, lanzándola al mundo del criterio moderno, con mil aplicaciones sorprendentes. Pero esto, que basta para hacer á un filósofo digno de nota, no es suficiente para hacerlo sublime. Para ser sublime debe tener en sí lo que da influencia al carácter, lo que es edificante; en breve, debe tener un carácter noble y elevado—recurriendo á esa expresión mia tan criticada—un carácter *de gran estilo*. Esto es lo que tenía Spinoza, y porque lo tenía se alza entre la multitud de los filósofos, y ha sido capaz de inspirar en los talentos enérgicos un sentimiento que los filósofos más notables no han podido inspirar sin este magnánimo carácter. « No hay manera posible de considerar la vida sino con

la manera de ver de Spinoza», dice Lessing. Goethe nos ha dicho que en su juventud le calmaba y edificaba, y que en su madurez recurrió otra vez á él como sostén. Heine, el hombre que, á pesar de sus faltas, es el talento más verdadero que Alemania ha producido después de Goethe—hombre con faltas, como he dicho, inmensas, y la mayor de ellas lo poco que respetaba—reverenció á Spinoza. La influencia de Hegel se escurrió de él como el agua. «He visto á Hegel—exclamaba—sentado con su aire doliente de gallina clueca sobre sus mezquinos huevos, y he oído su horrible cloqueo. ¡Cuán fácilmente puede uno engañarse á sí mismo pensando que todo lo comprende, cuando tiene que aprender la manera de hacer fórmulas dialécticas!» Pero de Spinoza dice Heine: «Su vida fué una copia de la de su divino pariente, Jesucristo.»

Y por lo tanto, cuando M. Van Vloten extrema violentamente el paralelo

con los hegelianos, siente uno que el paralelo con San Agustín es mucho más exacto. Spinoza es religioso, comparado con el soldado del ateísmo como le representa M. Van Vloten. «Es verdad, puede uno decir al devoto y prudente cristiano, que la concepción de beatitud de Spinoza no es la vuestra, y no puede satisfaceros; pero ¿cuál es la concepción de beatitud que aceptaríais como satisfactoria? Ni aun la del más devoto de vuestros cofrades cristianos. Fray Angélico, el más tierno y más inspirado de las almas devotas, nos ha dado su concepción de la beatitud en su grandioso cuadro del *Juicio Final*. Los elegidos andan alrededor de un círculo, sobre la crecida hierba, bajo los árboles cargados de fruta; dos de ellos, más inquietos que los otros, corren á una plataforma almenada por una calle solitaria y desierta con todo el aburrimiento de la Edad Media. En el medio hay una cavidad donde se ve,

para recreo de los santos, un caldero lleno de llamas en el que Belcebú está chapuzando á los condenados. Esta no será para vos una concepción de beatitud superior á la de Spinoza. Pero en la casa de mi Padre hay muchas moradas, sólo que para alcanzar alguna de estas moradas se necesitan las alas de un genuino raptó sagrado, de un inmortal anhelo. Spinoza tenía estas alas, y por eso su lenguaje, sus aspiraciones y su género de vida, son puros: su pie está en la *vera vita*, su mirada en la visión beatífica.»

ÍNDICE

	Págs.
La Crítica en la actualidad.....	5
La Influencia literaria de las Academias.....	75
Enrique Heine.....	141
Sentimiento religioso pagano y medioeval.....	209
Spinoza y la Biblia.....	258

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



para recreo de los santos, un caldero lleno de llamas en el que Belcebú está chapuzando á los condenados. Esta no será para vos una concepción de beatitud superior á la de Spinoza. Pero en la casa de mi Padre hay muchas moradas, sólo que para alcanzar alguna de estas moradas se necesitan las alas de un genuino raptó sagrado, de un inmortal anhelo. Spinoza tenía estas alas, y por eso su lenguaje, sus aspiraciones y su género de vida, son puros: su pie está en la *vera vita*, su mirada en la visión beatífica.»

ÍNDICE

	Págs.
La Crítica en la actualidad.....	5
La Influencia literaria de las Academias.....	75
Enrique Heine.....	141
Sentimiento religioso pagano y medioeval.....	209
Spinoza y la Biblia.....	258

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA ESPAÑA MODERNA

A partir del 1.º de Enero de 1894, en esta publicación sólo verán la luz escritos de los más ilustres publicistas españoles, ó de extranjeros que se ocupen de asuntos de España, Portugal ó América española.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

Cada tomo formará un grueso volumen en cuarto mayor, de muchísima lectura.

PRECIOS: En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.

En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben partir de Enero ó Julio de cada año. Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

DIRECTOR: J. LÁZARO

REVISTA INTERNACIONAL

Esta nueva publicación verá la luz el 15 de cada mes, á partir del año 1894.

El objeto que nos proponemos al publicarla es el dar á conocer en correctas traducciones castellanas las obras más notables que produzca el ingenio humano de ambos mundos.

Las novelas de mayor interés que vayan apareciendo, los estudios de crítica, de filosofía, de jurisprudencia, de bellas artes, historia, ciencia, etc., verán la luz en esta publicación.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

Cada número formará un grueso volumen que contenga tanta cantidad de lectura como cuatro tomos de los que en Francia suelen venderse á 3,50 francos.

PRECIOS: En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.

En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, cuarenta francos, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben partir de Enero ó Julio de cada año. Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

DIRECTOR: J. LÁZARO

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

La Nueva Ciencia Jurídica, por varios autores, dos grandes volúmenes con grabados, 15 pesetas.

La Génesis y la evolución del Derecho civil, por D'Aguanno, 15 pesetas.

La Criminología, por Garofalo, 10 pesetas.

Indemnización á las víctimas del delito, por Garofalo, 10 pesetas.

Derecho administrativo, por Meyer y Posada, dos volúmenes, 10 pesetas.

La Justicia, por Spencer, 7 pesetas.

La Moral, por Spencer, 7 pesetas.

La Beneficencia, por Spencer, 6 pesetas.

Las Instituciones eclesiásticas, por Spencer, 6 pesetas.

Derecho internacional público, por Neumann, 6 pesetas.

Derecho internacional privado, por Asser y Rivier, 6 pesetas.

Las Transformaciones del Derecho, por Tarde, 6 pesetas.

El Dueso y el delito político, por Tarde, 3 pesetas.

La Criminalidad comparada, por Tarde, 3 pesetas.

Estudios penales y sociales, por Tarde, 3 pesetas.

Antropología y psiquiatría, por Lombroso, 3 pesetas.

El Hipnotismo, por Lombroso, 3 pesetas.

Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, por Lombroso, 3 pesetas.

Antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.

Nuevos estudios de antropología criminal, por Ferry, 3 pesetas.

El Visitador del preso, por C. Arenal, 3 pesetas.

El Derecho de gracia, por C. Arenal, 3 pesetas.

El Delito colectivo, por C. Arenal, 1,50 pesetas.
Estudios jurídicos, por Macaulay, dos tomos, 6 pesetas.
La Pena de muerte, por Carnevale, 3 pesetas.
La Casa de los muertos (La cárcel), por Dostoyusky, 3 pesetas.
La Novela del presidio (La vida penal), por Dostoyusky, 2 pesetas.
El Suicidio y la civilización, por Caro, 3 pesetas.
Mi infancia y mi juventud, por Renán, 3 pesetas.
Memorias íntimas, por Renán, dos tomos, 6 pesetas.
Mis memorias, por Stuart Mill, 3 pesetas.
El Pesimismo en el siglo XIX: Leopardi, Schopenhauer, Hartman, por Caro, 3 pesetas.
Filosofía del arte, por Taine, 3 pesetas.
La Pintura en los Países Bajos, por Taine, 3 pesetas.
El Arte en Grecia, por Taine, 3 pesetas.
El Ideal en el arte, por Taine, 3 pesetas.
Viaje á Italia, por Taine, tres tomos, 9 pesetas.
Historia de América, por Campe, dos tomos, 6 pesetas.
Pinzón, por Asensio, 3 pesetas.
Estudios escogidos, por Schopenhauer, 3 pesetas.
La Conquista del pan, por Kropotkin, 3 pesetas.
La Vida dichosa, por Lubbock, 3 pesetas.
Placeres victoriosos, por Tolstoy, 3 pesetas.
El Dinero y el trabajo, por Tolstoy, 3 pesetas.
El Trabajo, por Tolstoy, 3 pesetas.
Mi confesión, por Tolstoy, 3 pesetas.
Los Hambrientos, por Tolstoy, 3 pesetas.
¿Qué hacer?, por Tolstoy, 3 pesetas.
Lo que debe hacerse, por Tolstoy, 3 pesetas.

NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene lo siguiente:
 Sopas de ajo (cuento), por el **Doctor Thebussem**.—
 El collar de perlas (cuento), por **Manuel del Palacio**.—
 Virtudes premiadas (novela), por **J. Octavio Picón**.—
 El poder de la ilusión (poema), por **Ramón de Campoamor**.—
 El mechón blanco (cuento), por **Emilia Pardo Bazán**.—
 Tisis poética (leyenda), por **José Zorrilla**.—
 Chucho (cuento), por **A. Palacio Valdés**.—
 La risa del payaso (cuento), por **Emilio Ferrari**.—
 El novenario de ánimas (cuento), por **Narciso Oller**.—
 Placidez (cuento), por **Eugenio Selles**.—
 La condesa de Palenzuela (cuento), por **Antonio de Valbuena**.

GRABADOS

Historias mudas.—Tomando el baño, Destreza de un bombero, Se paró el carro, El tigre y la suegra, Serenata romántico-naturalista, Dicha breve, De la novia á la suegra, Culpa y castigo, El fotógrafo, El que mucho abarca, Cambio de sacos, El perrillo amaestrado, Sueño interrumpido, El telescopio, En el circo, El pescador inglés, Desequilibrio, El viajero, Quien con perros se mete, El perrillo juguetero.

Autógrafos.—Del P. Luis Coloma, Ayala, Alarcón, Núñez de Arce, Hartzzenbusch, Ventura Ruiz Aguilera, Zapata, Fernández y González, Selgas.

Retratos.—De Juan Eugenio Hartzzenbusch, Núñez de Arce, P. Luis Coloma, Ventura de la Vega, Avellaneda, Wagner, Fernán-Caballero y Tolstoy.

Caricaturas.—Napoleón I en Austerlitz y en Waterloo, Napoleón III, Federico el Grande, Ricardo Wagner, Listz, Wagner y Bülow, Ricardo Wagner en «El anillo de los Nibelungos».

Sombras.—Bismarck, Crispi.

Grabados sueltos.—Transformación de una cafetera, Estudio de Fernán-Caballero, Un descanso, Un niño artista, Teatro de Bayreuth, Retrato de familia, Wagner llevando la batuta, El Mesías de los judíos, Caricatura.

Este precioso libro ha sido unánimemente ensalzado por la prensa de ambos mundos, y es por su tamaño, lectura y los 300 grabados que contiene, sumamente barato.

Difícil, si no imposible, sería encontrar otro más ameno y bonito en lengua castellana.

Precio: tres pesetas.

COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS
a tres pesetas tomo.

- 1.—LA SONATA DE KREUTZER, por Tolstoy.
- 2.—EL CARECILLA, por Barbey d'Aurevilly.
- 3.—MARIDO Y MUJER, por Tolstoy.
- 4.—RECUERDOS DE MI VIDA, por Wagner.
- 5.—DOS GENERACIONES, por Tolstoy.
- 6.—QUERIDA, por Goncourt.
- 7.—EL AHORCADO, por Tolstoy.
- 8.—HIJO, por Turguenef.
- 9.—LAS VELADAS DE MEDAN, por Zola.
- 10.—EL PRÍNCIPE NEKHLI, por Tolstoy.
- 11.—RENATA MAUPERRIN, por Goncourt.
- 12.—EL DANDISMO, por Barbey d'Aurevilly.
- 13 y 14.—JACK, por Daudet.
- 15.—EN EL CÁUCASO, por Tolstoy.
- 16.—NIDO DE HIDALGOS, por Turguenef.
- 17.—ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 18.—MISS ROVEL, por Cherbulez.
- 19.—MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, por Renán.
- 20.—LA MUERTE, por Tolstoy.
- 21.—GERMINIA LACERTRUX, por Goncourt.
- 22.—LA EVANGELISTA, por Daudet.
- 23.—LA NOVELA EXPERIMENTAL, por Zola.
- 24.—UN CORAZÓN SENCILLO, por Flaubert.
- 25.—EL JUDÍO, por Turguenef.
- 26.—LA TEMA DE JUAN TOZUDO, por Cherbulez.
- 27.—MIS MEMORIAS, por Stuart Mill.
- 28 y 29.—ESTUDIOS JURÍDICOS, por Macaulay.
- 30.—MIS ODIOS, por Zola.
- 31.—LA CASA DE LOS MUERTOS, por Dostoyuski.
- 32.—NUEVOS ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 33.—LA NOVELA DEL PRESIDIO, por Dostoyuski.
- 34.—EL SITIO DE SEBASTOPOL, por Tolstoy.
- 35.—ESTUDIOS CRÍTICOS, por Zola.
- 36 y 37.—HISTORIA DE AMÉRICA, por Campes.
- 38.—EL SITIO DE PARÍS, por Daudet.
- 39.—MARTÍN ALONSO PINZÓN, por José María Asensio.
- 40.—AMORES FRÁGILES, por Cherbulez.
- 41.—MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE.
- 42.—ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por E. Ferri.
- 43.—CASA DE MUÑECA, por Enrique Ibsen.
- 44.—LA ELISA, por E. Goncourt.
- 45.—ANTROPOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA, por Lombroso.
- 46.—NOVIAS DEL LUNES, por Alfonso Daudet.
- 47.—EL REY LEAR DE LA ESTEPA, por Turguenef.
- 48.—LOS COSACOS, por el Conde León Tolstoy.
- 49.—TRES MUJERES, por Sainte-Beuve.
- 50 y 51.—EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por Zola.
- 52.—IVÁN EL IMBÉCIL, por Tolstoy.
- 53.—LOS APARECIDOS Y HEDDA GABLER, por Ibsen.
- 54.—EUGENIA GRANDBT, por H. Balzac.

- 55.—RAMILLETE DE CUENTOS, por varios autores.
- 56 y 57.—MEMORIAS ÍNTIMAS, por Ernesto Renán.
- 58.—EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, por E. Caro.
- 59.—CARTAS DE MI MOLINO, por Alfonso Daudet.
- 60.—UN DESESPERADO, por Iván Turguenef.
- 61.—LA FAUSTIN, por E. de Goncourt.
- 62.—PAPA GORIOT, por H. de Balzac.
- 63.—EL CANTO DEL CISNE, por Tolstoy.
- 64.—UN IDILIO DURANTE EL SITIO, por Francisco Coppée.
- 65.—EL SUICIDIO Y LA CIVILIZACIÓN, por E. Caro.
- 66.—FILOSOFÍA DEL ARTE (La pintura en Italia).
- 67 y 68.—LOS NOVELISTAS NATURALISTAS, por Zola.
- 69.—TERNEZAS Y FLORES —AYES DEL ALMA.—FÁBULAS, por Campoamor (tomo I de sus obras completas).
- 70.—SALONES CÉLEBRES, por Sofia Gay.
- 71.—EL CAMINO DE LA VIDA, por Tolstoy.
- 72.—EL HIPNOTISMO, por Lombroso.
- 73.—NERVIOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por Lombroso.
- 74.—LA PINTURA EN LOS PAÍSES BAJOS, por Taine.
- 75.—PLACERES VICIOSOS, por Tolstoy.
- 76.—URSULA MIROUET, por Balzac.
- 77.—EL DINERO Y EL TRABAJO, por Tolstoy.
- 78.—ESTUDIOS ESCOGIDOS, por Arturo Schopenhauer.
- 79.—DOLORAS, CANTARES Y HUMORADAS, por Campoamor (tomo II de sus obras completas).
- 80.—PRIMER AMOR, por Turguenef.
- 81.—EL TRABAJO, por Tolstoy.
- 82.—TESORO DE CUENTOS, por varios autores.
- 83.—APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS, por César Lombroso.
- 84.—LA PERLA NEGRA, por V. Sardou.
- 85.—MI CONFESIÓN, por Tolstoy.
- 86 y 87.—EL DOCTOR PASCUAL, por E. Zola.
- 88.—LA CONQUISTA DEL PAN, por Kropotkin.
- 89.—AGUAS PRIMAVERALES, por Turguenef.
- 90.—LOS HAMBRIENTOS, por Tolstoy.
- 91.—PAULA MERE, por Cherbulez.
- 92.—OBRAS COMPLETAS, de Augusto Ferrán.
- 93.—MÉTA HOLDENIS, por Cherbulez.
- 94.—¿QUE HACER? por Tolstoy.
- 95.—LO QUE DEBE HACERSE, por Tolstoy.
- 96.—EL ARTE EN GRECIA, por Taine.
- 97.—BAJO LAS FOMBAS PRUSIANAS (el sitio de París), por Teófilo Gautier.
- 98.—DEMETRIO RUDÍN, por Turguenef.
- 99.—LA VIDA DICHOSA, por Lubbock.
- 100.—TARTARIN EN LOS ALPES, por Daudet.
- 101.—EL IDEAL EN EL ARTE, por Taine.
- 102.—COSTUMBRES LITERARIAS, por Caro.
- 103.—VIAJE A ITALIA, NAPOLÉS, por Taine.
- 104 y 105.—VIAJE A ITALIA, ROMA, por Taine.
- 106.—VIAJE A ITALIA, FLORENCIA, por Taine.
- 107.—VIAJE A ITALIA, VENECIA, por Taine.

- 108.—VIAJE A ITALIA, MILÁN, por Taine.
 109.—ESTUDIOS PENALES Y SOCIALES, por Tarde.
 110.—VENGANZA DE UNA MUJER, por Barbey d'Aureville.
 111.—CÉSAR BIROTTEAU, por Balzac.
 112.—LA QUIEBRA DE CÉSAR BIROTTEAU, por Balzac.
 113.—MI INFANCIA, por Tolstoy.
 114.—LA CRÍTICA EN LA ACTUALIDAD, por Mateo Arnold.

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por E. Zola.....	1 pts.
Victor Hugo, por id.....	1 »
Balzac, por id.....	1 »
Daudet, por id.....	1 »
Sardou, por id.....	1 »
Dumas (hijo), por id.....	1 »
Flaubert, por id.....	1 »
Chateaubriand, por id.....	1 »
Goncourt, por id.....	1 »
Musset, por id.....	1 »
El P. Coloma, por E. Pardo Bazán.....	2 »
Nuñez de Arce, por M. Menéndez y Pelayo.	1 »
Ventura de la Vega, por Valera.....	1 »
Gautier, por Zola.....	1 »
Hartzenbusch, por A. Fernández-Guerra.	1 »
Cánovas, por Campoamor.....	1 »
Alarcón, por E. Pardo Bazán.....	1 »
Zorrilla, por I. Fernández Flórez.....	1 »
Stendhal, por E. Zola.....	1 »
Martínez de la Rosa, por M. Menéndez y Pelayo.....	1 »
Ayala, por Jacinto Octavio Picón.....	1 »
Tamayo, por I. Fernández Flórez.....	1 »
Trueba, por Becerro de Bengoa.....	1 »

Lord Macaulay, por Gladstone.....	1 »
Sainte-Beuve, por Zola.....	1 »
Concepción Arenal, por P. Dorado.....	1 »
Enrique Heine, por Gautier.....	1 »
Ibsen, por L. Passarge.....	1 »
Taine, por Bourget.....	0,50
Bretón de los Herreros, por el marqués de Molins.....	1 »
Campoamor, por E. Pardo Bazán.....	1 »
Fernán-Caballero, por Asensio.....	1 »
Zola, por Maupassant y Alexis.....	1 »
Eugenio Mouton (<i>Merinos</i>), por Gastón Bergeret.....	1 »

LA CRIMINOLOGÍA

ESTUDIO SOBRE EL DELITO
 Y SOBRE LA TEORÍA DE LA REPRESIÓN

POR

R. GAROFALO

Profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles, Presidente del Tribunal civil de Pisa, con un apéndice sobre «Los Términos del problema penal», por Luis Carelli.—Única edición española con multitud de adiciones y reformas hechas por su autor, y no comprendidas en las ediciones italianas.—Traducción por

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca: Precio, diez pesetas.

INDEMNIZACIÓN
Á LAS
VÍCTIMAS DEL DELITO
POR
R. GAROFALO

profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles
y Magistrado de Audiencia

TRADUCCIÓN Y ESTUDIO CRÍTICO

POR
P. DORADO MONTERO
Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca.
Segunda parte de *La Criminología*.

Se vende al precio de Cuatro pesetas en las principales librerías.

GÉNESIS Y EVOLUCIÓN
DEL
DERECHO CIVIL

según las ciencias antropológicas é histórico-sociales

POR
JOSÉ D'AGUANNO

TRADUCCIÓN DE

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de la Universidad de Salamanca.

Ha visto la luz este gran libro, que representa los últimos adelantos y la marcha nueva del Derecho civil.

El autor ha hecho grandes estudios en los dos años que lleva de publicada su obra, y nos los ha remitido á fin de que figuren en la traducción española, de modo que ésta es más extensa y completa que la obra original y que las traducciones en francés, alemán, inglés y ruso.

De venta en las principales librerías al precio de 15 pesetas.

LA JUSTICIA

FOR

H. SPENCER

Un volumen grande, siete pesetas.

DERECHO ADMINISTRATIVO

LA ADMINISTRACIÓN

Y LA

ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA

en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria

FOR

J. MEYER

Véase, acerca de esta obra, el siguiente suelto que ha visto la luz en *El Liberal*:

«Este libro, que tanta resonancia ha tenido en las cuatro naciones de cuya administración se ocupa, pasa por ser el mejor tratado de Derecho administrativo publicado hasta hoy; la traducción está hecha directamente del alemán por el catedrático de la asignatura en la Universidad de Oviedo, Sr. Posada, quien ha agregado á la obra famosa un nuevo tratado que comprende la Administración y la organización administrativa en España.

Este libro, de tanto interés para los abogados y políticos, ha sido esmeradamente impreso en buen papel, y forma un grueso volumen que se vende á cinco pesetas en las principales librerías.

TOMO SEGUNDO Y ULTIMO

La Administración política y la Administración social

EXPOSICIÓN CRÍTICA

DE LAS TEORÍAS Y LEGISLACIONES ADMINISTRATIVAS

MODERNAS MÁS IMPORTANTES

POR

ADOLFO POSADA

*profesor de Derecho político y administrativo
en la Universidad de Oviedo.*

Esta obra constituye el necesario complemento de la de Meyer y Posada sobre Organización administrativa.

Forma un hermoso volumen de quinientas páginas.—Cinco pesetas en las principales librerías.

DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO

POR

L. VON NEUMANN

Estudio preliminar, traducción del alemán y notas de

A. SELA

Catedrático de esta asignatura en la Universidad de Oviedo.

Un volumen grande, seis pesetas.

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO

POR

T. M. C. ASSER Y A. RIVIER

ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOAQUIN FERNANDEZ PRIDA

Catedrático de esta asignatura en la Universidad de Sevilla.

Un volumen grande, seis pesetas.

ECONOMÍA POLITICA

Monografías de Neumann, Kleinwachter, Nasse,
Wagner, Mithof y Lexis.

*Versión española del alemán precedida de un estudio
sobre el concepto y relaciones de la Ciencia económica.*

POR

ADOLFO A. BUYLLA Y G. ALEGRE

Profesor y Decano en la Universidad de Oviedo.

DERECHO PENAL

POR

A. MERKEL

Estudio preliminar, traducción del alemán y notas de

JERÓNIMO VIDA

Catedrático de Derecho en la Universidad de Granada.

De venta en las principales librerías.

DERECHO POLÍTICO FILOSÓFICO

POR

LUIS GUMPOWICZ

Profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN PRÓLOGO Y NOTAS POR

PEDRO DORADO MONTERO

Profesor en la Universidad de Salamanca.

LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS

POR

H. SPENCER

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, PRÓLOGO Y NOTAS

POR

ADOLFO POSADA

Catedrático de Derecho en la Universidad de Oviedo.

Un volumen grande, seis pesetas.

DE MUY PRÓXIMA PUBLICACIÓN

LAS TRANSFORMACIONES DEL DERECHO

POR

G. TARDE

Estudio preliminar, traducción y 120 notas por

ADOLFO POSADA

Catedrático de Derecho en la Universidad de Oviedo.

PEQUENECES...

DIR. CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

Precioso folleto escrito por D. Juan Valera.
Precio, una peseta.

PR4022

C78

R.C.

86328

AUTOR

ARNOLD, Matthew

TITULO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS

